

PUBLICACIONES DE LA ESCUELA MODERNA

PSICOLOGÍA ÉTNICA

POR

CH. LETOURNEAU

Profesor de la Escuela de Antropología

Traducción de

Anselmo Lorenzo

PRIMERA PARTE

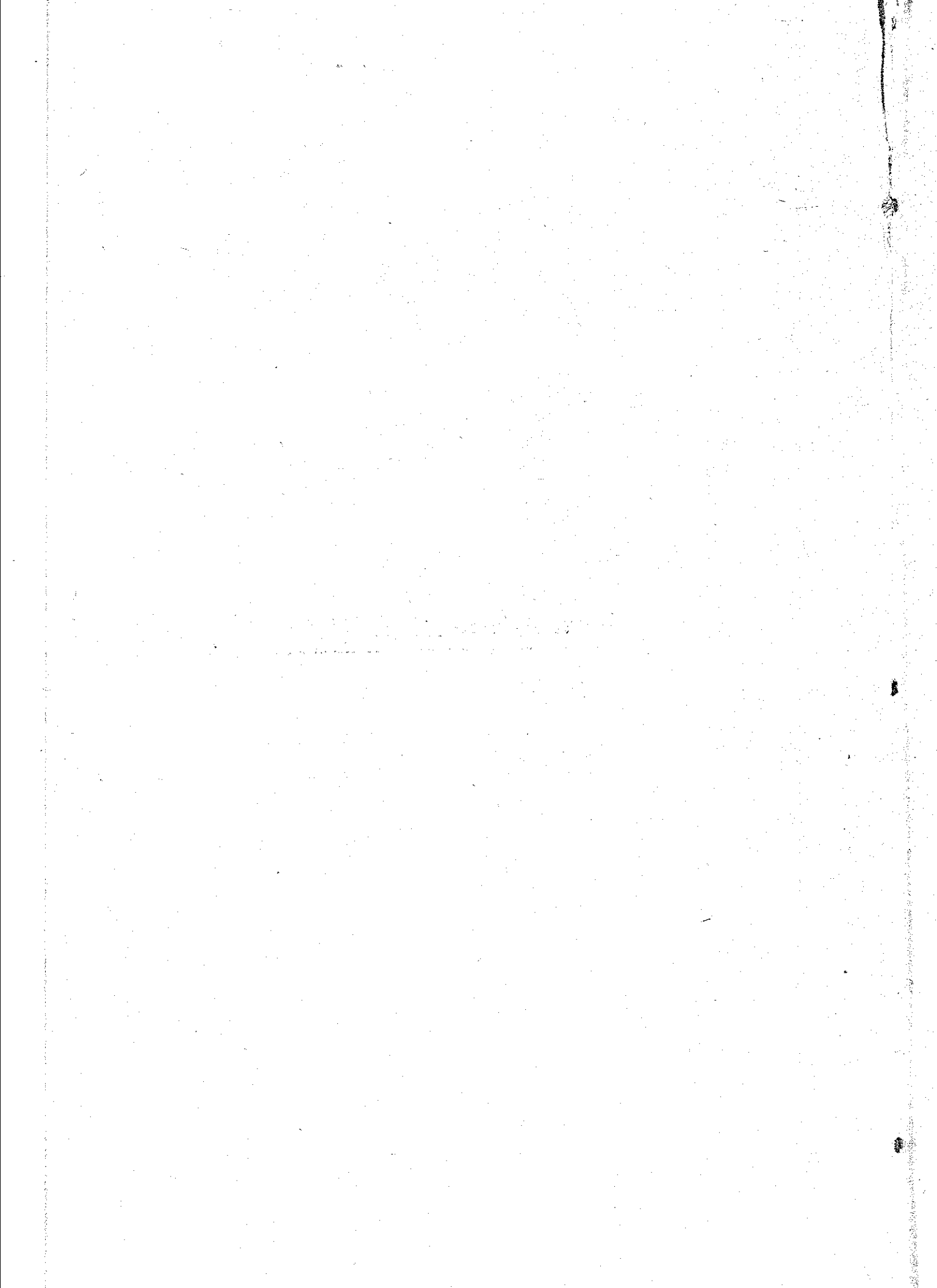


BARCELONA

Calle de Bailen, núm. 56

1905

PSICOLOGÍA ÉTNICA



PUBLICACIONES DE LA ESCUELA MODERNA

PSICOLOGÍA ÉTNICA

POR CH. LETOURNEAU

PROFESOR DE LA ESCUELA DE ANTROPOLOGÍA

TRADUCCIÓN DE
ANSELMO LORENZO

PRIMERA PARTE

La evolución mental en los animales.
La mentalidad del niño.
La vida de conciencia en el hombre.
La mentalidad del hombre primitivo.
La mentalidad en el Africa negra.

*¿Qué es el hombre primitivo
Un civilizado infantil.*

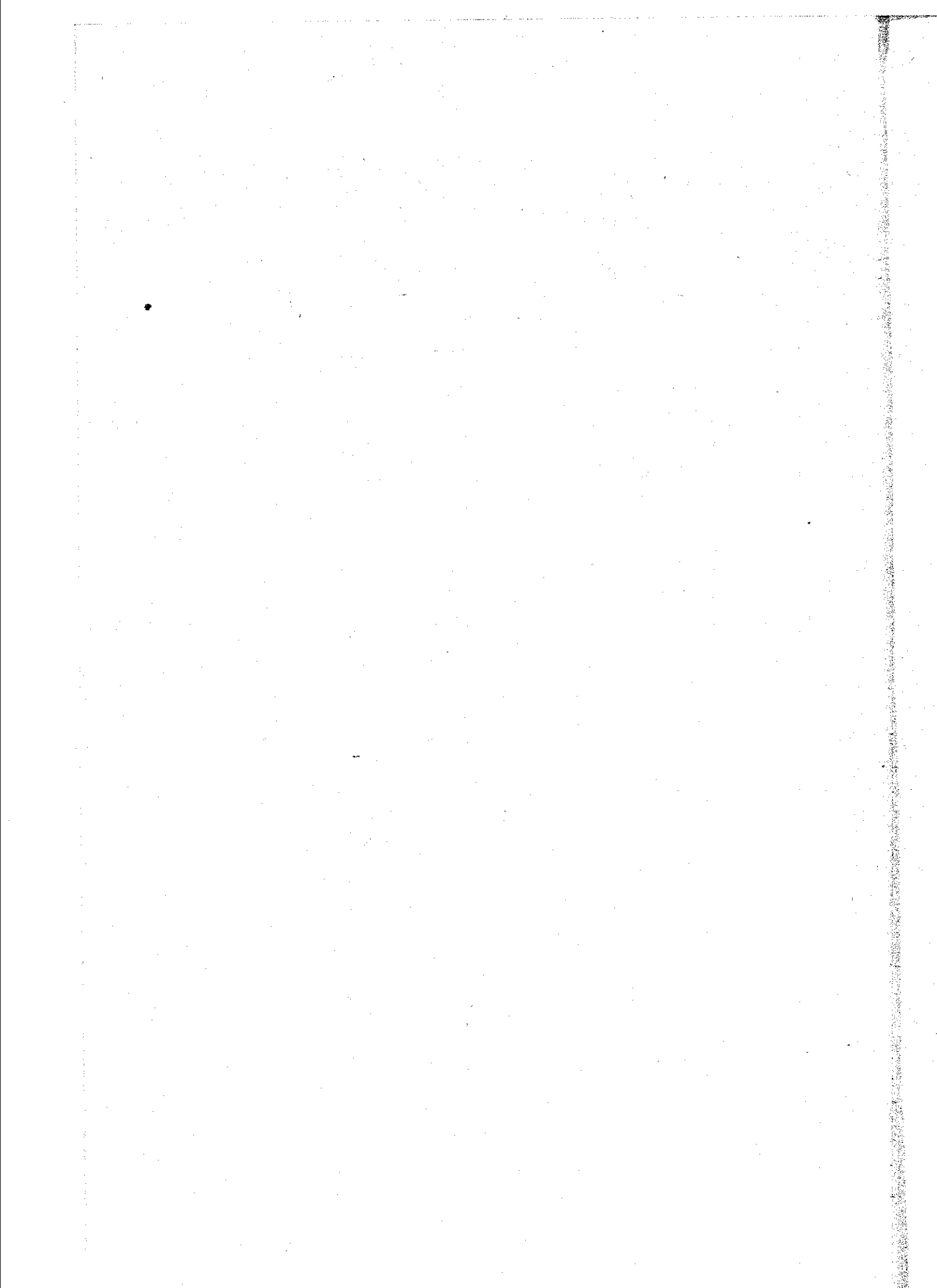
CH. L.



BARCELONA

Imprenta Elzeviriana de Borrás y Mestres, Rambla de Cataluña, 14

1905



PREFACIO

Parecerá quizá á primera vista que el título de este libro corresponde mal á su contenido. En efecto, desde tiempo inmemorial, la palabra « Psicología » sirve para designar abstrusas disertaciones tan desprovistas de substancia como la entidad « alma », de que se ocupan, á causa de que la edad contemporánea, aunque más científica que todas las pasadas, dista mucho de separarse de la escolástica medioeval. Menos atrevidamente que en tiempos pasados, atenuada en la forma mucho más que en el fondo, esta mala formación mental se ha transmitido hasta nosotros á través de la cadena de las generaciones, y la mayor parte de los países civilizados le reservan siempre un sitio de honor en la enseñanza oficial de lo que, hartamente por antifrasis, se llama la filosofía, es decir, una pseudo-ciencia general, que, por sus raíces profundas y por el giro sutil de su argumentación, procede aún en línea recta del siglo en que se dialectizaba (¡ con qué furor !) acerca de los *reales* y de los *nominales*. En nuestros días, como en tiempo

de Abelardo y de Roscelin, nuestra moderna escolástica desdeña la realidad y se alimenta de abstracciones. No quiere esto decir que el poder de abstraer sea despreciable en sí; ausente ó débil en el niño y en el hombre primitivo, es signo de un grado superior en la evolución mental; pero la abstracción cesa de ser legítima cuando, en vez de expresar el sentido general de los hechos observables, se convierte en la abstracción en sí, es decir, en una entidad impalpable y hasta inconcebible; jamás la sombra equivaldrá á la cosa, ni la sofística á la filosofía. Así es especialmente respecto del estudio de la vida mental. La base esencial de la verdadera psicología es necesariamente fisiológica; pero su lado subjetivo se presta mal á la observación directa. Sin embargo, la psicología no puede ser más inmaterial que la biología; fenómenos reales y tangibles forman el fondo sólido de la una como de la otra, y deben transparentarse en las abstracciones que esas ciencias sugieren.

Pero la psicología sería apenas está bosquejada. Es inútil, como hubo empeño en hacerlo durante mucho tiempo, pedir á la introspección sola los elementos de una ciencia del espíritu; ha de recurrirse á la observación objetiva. De los actos y de las obras se puede remontar seguramente al agente, al obrero, y atravesar el misterio de la vida de conciencia en el animal y en el hombre. Para esto la investigación ha de comprender campos de observación numerosos y diversos.

En este libro, como lo indica el título, se ha querido solamente pedir á la sociología etnográfica

informes sobre el valor mental de las colectividades humanas pertenecientes á las diversas razas, para clasificarlas según una jerarquía psíquica, que pueda dar al mismo tiempo una idea aproximada de la evolución mental en todo el género humano.

Esta psicología colectiva tiene su método propio: unida á la realidad objetiva, jamás ha querido jugar con ideas abstractas y caprichosamente formuladas. Para apreciar el grado de dignidad psíquica de un grupo, sea clan, tribu, nación, etc., tiene en cuenta factores y obras: el medio, la raza, el género de existencia material y moral, la industria, la constitución política, la propiedad, el modo de unión sexual, el carácter, las lenguas, las mitologías, etc.

Estos grandes aspectos de la actividad social, los ha estudiado el autor en su mayor parte en una serie de obras anteriores. En el presente volumen, que puede servir de lazo de unión á sus anteriores, se ha esforzado principalmente en hacer que resalte la significación mental de los hechos, en poner de manifiesto los rasgos expresivos propios para caracterizar psíquicamente las razas y los pueblos, en descubrir sus móviles dominantes, en medir su grado de desarrollo moral ó intelectual; ha hecho, pues, psicología, pero psicología práctica y sociológica, es decir, la que tiene muy remotas relaciones con lo que puede llamarse la « Psicología de la Escuela ».

En el presente estudio, las concepciones y las intuiciones verbales, tan caras á los aficionados á abstraer quintaesencias, han sido reemplazadas por

la consideración de fenómenos fácilmente tangibles porque tienen cuerpo ; pero, aun siendo palpables y vivientes, son también el reflejo ó la realización exterior de actos psíquicos, de sentimientos, de deseos, de ideas, etc., y por lo mismo nos informan sobre la mentalidad de las razas y de las colectividades humanas. Resulta, pues, que á su exposición metódica puede darse en justicia el título de *Psicología étnica*.

CH. LETOURNEAU.

PSICOLOGÍA ÉTNICA

CAPÍTULO PRIMERO

La evolución mental en los animales ¹

SUMARIO. — I. *El problema de la conciencia*: la conciencia psico-fisiológica; la conciencia y la evolución cósmica; la vida y la conciencia. — II. *De la motricidad*: la motricidad preconsciente; la génesis de las adaptaciones funcionales. — III. *La génesis del deseo*: la psicología subjetiva y el método científico; el fenómeno esencial de la vida; el registro de los movimientos automáticos; la génesis de las necesidades y de los deseos. — IV. *Las sensaciones*: los sentidos; evolución paralela de los órganos de los sentidos y de la sensibilidad; las sensaciones y la mentalidad. — V. *Las impresiones y los sentimientos*: definición de la impresión y de la sensación; la jerarquía de los sentidos; la génesis de los sentimientos; su identidad en el animal y en el hombre; el remordimiento canino; la fraternidad canina. — VI. *La inteligencia y la razón*: la evolución nerviosa y psíquica en el reino animal; las facultades y el pensamiento; su identidad esencial en el animal y en el hombre; la razón en los animales. — VII. *Domesticación y civilización*: primates vertebrados é invertebrados; influencia de la vida social sobre la mentalidad; los instintos y la educación; la mentalidad canina; metamorfosis mentales en el perro y en el hombre.

I. — EL PROBLEMA DE LA CONCIENCIA

Por la palabra «conciencia» no entiendo aquí en ningún modo la conciencia moral, sino la conciencia psicológica, ó por mejor decir, psico-fisiológica, la propiedad primordial que en el animal y

¹ Lección inaugural de un curso sobre la *Evolución mental*.

en el hombre poseen ciertas células nerviosas aristocráticas, la de sentir, de percibir los sacudimientos, las vibraciones moleculares que en las mismas se verifican, y de repecutirlas en fenómenos psíquicos, en impresiones, sensaciones, deseos, voliciones, ideas, juicios y razonamientos. Trátase aquí de hechos tan conocidos en el reino animal, que la misma costumbre ha hecho desaparecer el concepto de su rareza, aunque la explicación no se haya encontrado aún.

D'Alembert, meditando sobre el origen del universo, lanzó la célebre exclamación: «¿Por qué existe algo?» Pero, á esta pregunta no puede darse respuesta. El mundo material existe de toda eternidad, y continuará existiendo en el curso infinito de las edades, aunque cambiando incesantemente de aspecto, pero sin aniquilarse jamás. El universo existe sin causalidad ni finalidad, y puede aplicársele la fórmula bíblica: es el que es. Pero si el movimiento y la extensión son cualidades esenciales é imperecederas de los átomos, no sucede lo mismo con la conciencia; porque esta misma propiedad no aparece sino en un momento dado de la evolución cósmica. Pueden rodar y ruedan astros por el espacio durante miles y miles de siglos sin que se manifieste el más humilde fenómeno de conciencia en la más mínima parcela de su substancia; que nosotros tenemos el derecho de considerar como puras divagaciones todo lo que ciertos espíritus demasiado imaginativos han supuesto acerca de una supuesta psicología de los átomos. La conciencia no aparece sino en un período dado de la evo-

lución individual de los mundos, y únicamente los seres organizados, que nacen muy tarde en su superficie, pueden ser dotados de una vida psíquica, y aun esta vida superior no es en manera alguna una propiedad necesaria de la materia viviente. El reino vegetal lo ignora, y otro tanto sucede, no sólo con los animales más inferiores, los protozoarios, sino también con la mayor parte, quizá la totalidad, de los animales radiados. En resumen; sobre nuestro planeta, la organización y la vida se han anticipado mucho á la conciencia, propiedad suprema, virtualmente realizable en los animales, pero á condición *sine qua non* que esos animales estén provistos de un sistema nervioso suficientemente perfeccionado.

No hay duda que la vida psíquica, lo que la psicología ha considerado durante mucho tiempo como un *alma* que regentaba el cuerpo, se halla desarrollada muy desigualmente según las especies; viéndose la desarrollarse y complicarse á medida que se examinan organismos más elevados en la jerarquía zoológica. Pero, por humilde que sea en su principio, *ella es*, sin embargo, y constituye desde entonces como una especie de fenómeno revolucionario; porque, entre el simple movimiento, la contractilidad muscular, la motricidad, y la propiedad nerviosa, tan débil como se quiera, de percibir impresiones y sensaciones, existe un hiato, como una diversidad de esencia: en resumen y en el estado actual de nuestros conocimientos, entre la inconsciencia y la conciencia no hay puente alguno.

Pero estas cuestiones de origen y de esencia han

de legarse á una ciencia futura, mejor preparada y más penetrante que la nuestra. Si el *porqué* de las cosas se nos escapa, el *cómo* queda accesible á nuestra investigación, y puesto que la mentalidad humana, cuya explicación he emprendido en sus relaciones con la sociología, tiene muy próximo parentesco con la mentalidad animal, someteré primeramente la segunda á un examen rápido antes de abordar el estudio de la primera.

Comparado con la descendencia animal, de donde procede, el hombre es una especie de afortunado, frecuentemente desdeñoso de su humilde genealogía, á la cual, sin embargo, ha de recurrirse si se le quiere conocer bien. Vamos, pues, á proceder á una rápida investigación psicológica á través del reino animal, comenzando por las especies más mal dotadas en concepto psicológico, por aquellas en que «el alma» queda reducida á su expresión más rudimentaria.

II. — DE LA MOTRICIDAD

La clase preconsciente del reino animal está sobre todo constituída por los protozoarios, totalmente desprovistos aún de tejidos nerviosos, pero dotados ya de una motricidad confusa y mal dirigida. Los menciono de paso sin detenerme en ellos. Carecen de vida nerviosa, de alma nerviosa; la simple vitalidad basta á su existencia vegetativa, y la sencillez misma de su organización les representa un privilegio, que sería precioso si pudieran

tener conciencia de él, el de una especie de inmortalidad orgánica; puesto que la mayor parte de ellos se reproducen sin morir nunca, por simple bipartición ó brote, atestiguando por este solo hecho que la muerte, la muerte individual, no es la consecuencia fatal de la vida, como se cree generalmente.

¿Cómo, en el curso de la evolución animal, el protoplasma primitivo, ganga viviente, se ha diferenciado en tejido nervioso? Lo ignoramos. Entre los animales actuales, no hay especie alguna que nos muestre un tejido nervioso en estado incoativo; y lo mismo que la conciencia, de que únicamente la célula nerviosa puede ser el substratum, esa célula se nos presenta bruscamente en las medusas, y en ellas aparece ya bien diferenciada. A decir verdad, desde la medusa al hombre, pasando por los moluscos, los artrópodos, los peces, los reptiles y los mamíferos, el tejido nervioso es histológicamente casi idéntico. Sin embargo, sería temerario gratificar á la humilde medusa con una conciencia nerviosa: su sistema nervioso, que es muy sencillo, se limita á un círculo marginal de pequeños ganglios reunidos por filetes nerviosos, y la única función de ese sistema consiste en estimular, al contacto de los agentes exteriores, una capa continua de tejido contráctil; pero esta adaptación funcional es casi seguramente inconsciente y puramente refleja: es el primer grado de esas armonías fisiológicas tan comunes y preestablecidas por un uso y un mecanismo hereditarios.

En los radiados, especialmente en la estrella de

mar, las adaptaciones nerviosas y musculares son ya mucho más complejas que en la medusa, pero no hay aún centralización nerviosa; cada rayo de la asteria vive como egoísta, para sí mismo, y, después de haberle seccionado del resto de la confederación, se le ve portarse y reaccionar como un animal independiente; por ejemplo, volverse sobre la faz abdominal si le pone sobre el dorso, hasta huir de los contactos y dirigirse hacia la luz¹. A primera vista nos sorprenden estos hechos; no obstante tienen sus análogos entre los vertebrados superiores. Así es que por una coordinación del mismo orden, resultado de marcas funcionales, registradas con mucha anterioridad en las células ganglionares del sistema nervioso llamado gran simpático, en los animales superiores y en el hombre, lo más claro de las grandes funciones nutritivas, de los actos numerosos y complejos, indispensables á la digestión, á la circulación, á la respiración, etc., se ejecuta fuera de la vida consciente, silenciosa y regularmente, siguiendo un ritmo fijado por la herencia, es decir, por la encarnación de costumbres fisiológicas, indispensables al sostenimiento de la vida. Recuérdese de paso que la educación artificial de nuestros animales domésticos ha tenido precisamente por objeto y por efecto crear costumbres del mismo orden, instintos nuevos, juzgados útiles al hombre; de formar, por ejemplo, perros de caza y perros de ganado, que acaban por producir perros con una educación

¹ Romanes, *Evolution mentale des animaux*, pp. 11-16.

heredada. Pero el modo incontestable según el cual se crean esas combinaciones funcionales duraderas, aclara un punto psicológico de los más importantes sobre el origen y la naturaleza del acto mental, que llamamos «deseo», es decir, sobre un fenómeno psíquico, que es el gran resorte de toda vida consciente algo compleja.

III. — LA GÉNESIS DEL DESEO

La psicología subjetiva, hija legítima de la antigua escolástica, se impone comúnmente como un riguroso deber, no sólo la ignorancia de la fisiología, sino hasta el desdén de todo lo que es del dominio de la observación y de la experiencia considerándolo como vulgar. El alma, tal como la concibe, es una entidad impalpable que gobierna los órganos groseros, pero sin cesar de ser esencialmente diferente de ellos. A creerla, el único psicólogo serio es el que, abismándose en la introspección, cierra los ojos para ver mejor y repudia resueltamente todo lo que, de cerca ó de lejos, se refiere á la verdad objetiva. Por el contrario, el método científico, al cual han de conformarse todos los ramos del saber si realmente quieren existir; nos prescribe dar siempre por base á nuestras deducciones, inducciones ó razonamientos, la realidad tangible, observable y comprobable. Es esta una regla absoluta, y la psicología no puede exceptuarse de ella sin degenerar en una abstracta y estéril logomaquia. Muchas fuentes de información se ofrecen

al psicólogo, pero seguramente la mejor es la que se desdeña más frecuentemente, la fisiología. Ella es la que nos permitirá trazar la filiación del deseo.

El fenómeno primordial de la vida, el doble cambio molecular, que se efectúa sin tregua en el seno de los tejidos orgánicos en la planta, en el animal y en el hombre, lo que se llama en biología la asimilación y la desasimilación, no pueden producirse en las clases un poco elevadas del reino animal sino á costa de esas asociaciones funcionales de movimientos automáticos y de actos nerviosos, uno de cuyos ejemplos más sencillos nos lo suministra la medusa que reacciona después de un contacto. De estas reacciones, las más útiles, aquellas, por ejemplo, que son necesarias á la alimentación, se renuevan y se repiten sin cesar; por consecuencia son cada vez más necesarias y espontáneas: estas reacciones se registran en los tejidos y en ellos se organizan. A partir de aquí, tienden espontáneamente á cumplirse, y esta tendencia se hace hereditaria; pero en los animales provistos de un sistema nervioso suficientemente perfeccionado, este juego de órganos no se efectúa silenciosamente; la conciencia nerviosa, por obscura que sea, se asocia á él, y no solamente inscribe á su paso la huella de esos actos funcionales, indispensables á la vida, sino que siente la necesidad de ellos. De ese modo, el hambre, la sed, etc., son simplemente las fórmulas mentales, el eco constante de malestar nutritivo, el grito oído de los órganos que piden vivir. Mas todos los órganos tienen necesidad de

funcionar, y en los animales superiores todos transmiten sus reclamaciones, más ó menos imperiosas, á la conciencia nerviosa; tanto si ésta reside en el ganglio cerebroide de la hormiga ó en el cerebro de un mamífero superior, sin exceptuar el hombre, que en esta relación, y á pesar del amplio desarrollo de su vida mental, no difiere esencialmente de los otros animales, aunque su razón, asociándose á su deseo, transforme éste en voluntad. Muy sencillo en principio, este encadenamiento de causas y de efectos aclara toda una importante parte de la vida mental, pero la fisiología por sí sola es capaz de suministrarnos esa preciosa enseñanza, haciéndonos como tocar con el dedo la génesis del deseo.

IV. — LAS SENSACIONES

En el animal que ocupa cierto lugar en la jerarquía zoológica, los deseos no son únicamente el eco de las grandes funciones nutritivas; son numerosos, variados y suscitados por excitaciones diversas, procedentes del mundo exterior y recogidas por órganos particulares. Los cinco sentidos especiales, á los cuales puede añadirse un sexto, el sentido genésico, son los grandes colectores, que enlazan incesantemente la conciencia nerviosa al mundo exterior y ponen en juego lo que se ha llamado en el animal y en el hombre la vida de relación. Ya las medusas, de que he hablado poco antes, tienen en el borde de su sombrilla unos

cuerpos pigmentarios sensibles á la luz, es decir, ojos rudimentarios. ¹

No me es posible trazar aquí la evolución de los órganos de los sentidos y de la sensibilidad especial en todo el reino animal: este interesante estudio consta en obras técnicas á las cuales me veo obligado á remitir al lector, y en ellas podrá seguir paso á paso el desarrollo gradual de los órganos de la sensibilidad especial y comprobar que esta progresiva evolución orgánica se acompaña *pari passu* de una evolución correlativa de la vida cerebral. Puede admitirse sin temeridad alguna, que en este caso coexistencia significa parentesco biológico, y que las diversas sensibilidades especiales, las de la vista, del oído y del olfato han nacido con sus órganos respectivos y se han perfeccionado con ellos. Las sensaciones puras y las impresiones de placer ó de dolor, que esos órganos de los sentidos suministran al animal, son importantes materiales psíquicos, que la conciencia almacena y conserva con tanta mayor fidelidad y en número tanto más considerable, cuanto la especie se halla más elevada en la serie. Es indudable que esas sensaciones é impresiones han tenido capital importancia en la concurrencia vital, y que las especies en que acompañen impresiones agradables, y por consecuencia deseadas, á los actos útiles al sostenimiento de la vida, han sobrevivido más fácilmente que sus rivales peor dotadas ². Por otra parte, esas múltiples

1 Romanes, *Evolution mentale chez les animaux*, p. 70.

2 *Ibid.*, p. 98.

impresiones han ensanchado y complicado la mentalidad, hasta tal punto, que los actos reflejos, simples y organizados, una vez por todas, esos actos automáticos que en los animales muy inferiores constituyen toda la vida nerviosa, han sido insuficientes á organismos más perfeccionados. En este momento de la evolución es cuando unos centros nerviosos más complejos, ganglios ó hemisferios, se han formado bajo el azote de excitaciones sensitivas variadas, y más ó menos felizmente han servido para guiar al animal en sus conflictos con el medio exterior ¹. A estos primeros materiales de la vida mental han venido á agregarse gradualmente otros elementos y excitantes psíquicos.

V. — LAS IMPRESIONES Y LOS SENTIMIENTOS

No correspondiendo á este libro un minucioso estudio de los hechos de conciencia en el animal, he de limitarme á una especie de inventario psicológico, que pueda solamente permitirnos confrontar después la mentalidad humana y la mentalidad animal. Acabo de hablar muy sucintamente de los deseos y de las voliciones, fenómenos psíquicos, que, á lo menos en lo referente á la vida de relación, son frecuentemente suscitados por las sensaciones; pero hay otra parte del alma, del alma nerviosa, que se enlaza con ellos más estrechamente aún, el de las *impresiones* y de los *sentimientos*.

¹ Romanes, *loc. cit.*, p. 62.

Estas denominaciones, aunque empleadas corrientemente en el lenguaje ordinario, necesitan ser definidas. Por «impresiones» ha de entenderse todo fenómeno mental que provoque en la conciencia dolor ó placer. En su forma más sencilla, la impresión no es más que una prolongación alterada ó exagerada de la sensación. Esta última tiene simplemente por efecto revelar á la conciencia nerviosa tal ó cual aspecto del mundo exterior, y entonces no es en sí misma ni agradable ni dolorosa; es un agente de información. Los sentidos nobles, intelectuales, la vista y el oído, que son por excelencia los aposentadores del cerebro, los principales colectores de nociones sobre el mundo exterior, no nos suelen dar sino sensaciones especialmente intelectuales, verdaderas informaciones; por lo mismo esas sensaciones son exteriorizadas y pueden revivirse por simple recuerdo. Incesantemente se pintan de nuevo en la imaginación del hombre cosas vistas, sonidos oídos, ó resucitan en recuerdos. No es, pues, dudoso que suceda lo mismo en los centros nerviosos de los animales superiores. Por el contrario, las sensaciones de orden inferior, las de los sentidos *tactiles*, las del tacto, el gusto y el olfato *se localizan* en las papilas gustativas y olfativas, especialmente táctiles, y la imaginación es impotente para hacerlas renacer, para *representárselas*. Por compensación, estas sensaciones se acompañan con frecuencia de impresiones, es decir, de fenómenos psíquicos conscientes, agradables ó desagradables, de placer ó de desagrado. Como las mismas sensaciones que los engendran, estas impresiones sensi-

tivas están también localizadas en los órganos de los sentidos, lo que no las impide á veces repercutir en el dominio intelectual, pero indirectamente y por simple asociación psíquica. Y esta impresionabilidad sensitiva de orden inferior existe en muchos animales inferiores también, mediante que estos animales estén provistos de sentidos especiales.

En la plebe de las especies inferiores, la impresión sensitiva no tiene eco mental; pero en los animales superiores, y especialmente en el hombre, las impresiones, sobre todo las de la vista y del oído, pueden idealizarse en cierto modo, y entonces se convierten en *sentimientos*, es decir, hechos psíquicos, complejos, á cuya génesis pueden concurrir todas las actividades psíquicas, la sensibilidad especial, la inteligencia y la razón, pero cuyo elemento principal es siempre una impresión de pena ó de placer que revisten formas diversas.

Muchos de esos sentimientos son visiblemente comunes al hombre y á los animales; pudiendo citarse como ejemplos la alegría, el pesar, el temor, el orgullo, la cólera, el remordimiento, la vergüenza, la pena, la ternura maternal, hasta la admiración estética. Respecto de los sentimientos de orden moral que acabo de enumerar, no puede dudarse de su existencia en los animales: bástame recordar, acerca del sentimiento estético, la importancia que tienen el canto melodioso y la belleza de plumaje en la vida mental y sobre todo amorosa de muchas aves. Nadie negará tampoco la existencia en muchas especies animales de una ternura maternal, más corta, es cierto, pero infinitamente más impul-

siva y más viva que la de la mayor parte de las madres humanas. Se han visto monos, machos ó hembras, adoptar y cuidar monos pequeñuelos huérfanos, y monas que han muerto de pena por haber perdido sus hijos ¹. Por último, en gran número de vertebrados, la hembra defiende la progenitura con una intrepidez que no se detiene ante ningún peligro.

Como ejemplo de remordimiento animal, citaré el hecho del perro de Romanes, tal como le ha referido su amo en una sesión de la Asociación inglesa para el fomento de las ciencias. «Este perro, dice el señor Romanes, sólo ha robado una vez en su vida. Un día que tenía hambre cogió una chuleta que estaba sobre la mesa y se escondió con ella debajo de un canapé. Yo presencié el hecho, pero fingí no haberlo visto; el culpable permaneció algunos minutos escondido, dudando entre el deseo de saciar su hambre y el sentimiento del deber, acabando por triunfar este último, y el perro vino á depositar á mis pies la carne robada; hecho lo cual, volvió á ocultarse bajo el canapé, de donde ningún llamamiento pudo hacerle salir. En vano le pasé suavemente la mano sobre la cabeza; esta caricia no tuvo por efecto sino hacerle volver la cara con un gesto de contrición verdaderamente cómico.» Lo que da un valor muy particular á este ejemplo, es que al perro en cuestión no se le había pegado nunca, de modo que no pudo ser el temor del castigo corporal lo que le impulsó á obrar ².

1 Darwin, *Descendance, etc.*, p. 72.

2 Romanes, *Intelligence des animaux*, c. XVI y XVII.

Puede unirse á este hecho tan curioso, otro muy análogo, observado por J. Franklin; el de un perro que, habiendo logrado, con mucho trabajo y á fuerza de frotar su cabeza contra el borde de piedra de una acera, librarse de un bozal que le incomodaba mucho, volvió, después de un momento de vacilación, á tomar con su boca el instrumento de su tormento para llevárselo honradamente á su amo ¹.

Otro sentimiento elevado, el de la consideración y respeto que se debe á los semejantes, algo análogo á lo que llamamos humanidad, puede existir en los perros. Por él, unos perros esquimales, frecuentemente hambrientos, que tiraban del trineo de Nansen, en las regiones árticas, se negaban á comer la carne de uno de los suyos muerto por accidente ó sacrificado. Otro hecho del mismo orden ha sido referido por J. Franklin: se trata de un perro de Northumberland, que se había vuelto salvaje, y devoraba como un lobo los carneros, pero los devoraba con glotonería, porque se limitaba á comer el rodete de grasa que envuelve la región renal. Se trató de cazar á aquel refractario con perros civilizados, pero aun cuando había sido rodeado y alcanzado por ellos, obtenía su gracia sencillamente echándose boca arriba é implorando la piedad de sus hermanos civilizados ² por esta actitud sumisa y humillada.

En este caso tan curioso, no se trata ya evidentemente de una impresión simple, sino de una emoción, es decir, de una impresión de temor

¹ Franklin, *Vie des animaux. mammifères*, t. I, pp. 184-185.

² *Ibid*, p. 149.

que pone en juego todo el mecanismo mental. En el fondo de ese dramita psíquico se descubre fácilmente un sentimiento de terror que despierta el deseo de escapar de un grave peligro; después, al servicio de ese deseo, se ponen instantáneamente la imaginación, que pinta el peligro con colores vivísimos; la memoria, que despierta en la conciencia del animal espantado el recuerdo de su antigua vida doméstica; la inteligencia y la razón, que le sugieren un medio eficaz para conmover á sus enemigos, recordándoles la confraternidad de otro tiempo. En circunstancias análogas un hombre no hubiera obrado mejor ni de otro modo. El cerebro canino posee, pues, toda la escala psíquica, y he aquí llegada la oportunidad de que analicemos en este breve estudio el conjunto complejo de lo que los psicólogos han llamado la facultad de la inteligencia, tal como existe en los animales; pero antes recapitularé la serie de los hechos que acabo de exponer.

VI. — LA INTELIGENCIA Y LA RAZÓN

Paso á paso, y sin salir del reino animal, hemos seguido la gradual evolución de la mentalidad, de la vida nerviosa.

Yo la resumo, primeramente: en los protozoarios no se observa aún sino confusos movimientos de la substancia protoplásmica (amibas). Luego, en los radiados más inferiores, el tejido nervioso comienza á diferenciarse, á regir los movimientos de la subs-

tancia contractil, hasta percibir sensaciones rudimentarias y á conservar la huella registrada de ellas (medusa). En los radiados más desarrollados (asteria), esta memoria nerviosa se perfecciona, resultando de ello acciones reflejas complicadas, que parecen combinadas y coordinadas para alcanzar un objeto, aunque siendo seguramente inconscientes.

El progreso orgánico y físico se acentúa en el orden de los moluscos, donde se ven aparecer claramente los órganos de los sentidos especiales, muy desarrollados ya en los cefalópodos. En esos moluscos superiores, la relativa perfección de los órganos de los sentidos y del sistema nervioso, que no obstante es ganglionar, autoriza á admitir la existencia de una conciencia nerviosa bastante desarrollada, de sensaciones distintas, de impresiones simples, hasta de una inteligencia muy rudimentaria. Por último, en la distribución de los vertebrados y particularmente en los primeros mamíferos, no puede ponerse en duda la existencia de una mentalidad muy análoga á la del hombre.

Mas para comprender bien en qué consiste esta mentalidad relativamente superior, no ha de concederse demasiada importancia á la nomenclatura asaz artificial de lo que la psicología subjetiva y tradicional llama las « facultades ». Estas « facultades » no son sino entidades muy mal definidas y que indebidamente se personifican en una especie de simples modalidades de una propiedad fundamental, la conciencia nerviosa, cuyo producto general es, sencillamente y en conjunto, el *pensamiento*;

este pensamiento que ya Malebranche consideraba como « la esencia del espíritu »; quien, según aquel autor, unas veces quiere, otras recuerda, otras imagina, pero sin desmembrarse ¹.

El pensamiento es, pues, un producto complejo de la conciencia nerviosa. Su raíz fundamental es siempre una impresión ó una sensación, sea directa, sea registrada en los centros nerviosos; como lo ha dicho justamente H. Spencer, la idea más elemental no es realmente más que un débil despertar de una sensación ². El recuerdo, la resurrección de una huella nerviosa, es, pues, indispensable al pensamiento, y de él forman parte integrante.

Que el ser pensante, animal ú hombre, combine, espontáneamente ó no, pero caprichosamente, recuerdos diversos, sacados del almacén de la memoria, entonces decimos que imagina, y por tanto, no puede negarse á muchos animales el poder de imaginar. Todos hemos visto animales que soñaban y manifestaban por gestos ó gritos expresivos la existencia de su sueño y de sus visiones. En hermosos versos bien conocidos, Lucrecia describió ya el sueño de nuestros animales domésticos. No solamente sueñan los animales, sino que tienen ilusiones en estado de vigilia. Pierquin ha publicado la observación detallada de una mona de Callitriche, que, después de una insolación, tuvo numerosas alucinaciones y daba mordiscos á insectos imaginarios ³. Claro es que todas las necesidades y todos

1 A. Malebranche, *Recherche de la vérité*, l. III, par. I.

2 H. Spencer, *Premiers principes*.

3 P. Pierquin, *Folie des animaux*, t. I, c. III, p. 442.

los deseos violentos deben también suscitar en los animales superiores imágenes anticipadas del objeto deseado. Las pasiones afectivas, muy comunes en los animales, sea por compañeros de su especie, como sucede entre las aves, por ejemplo; sea hasta por sus amos, como entre los perros, no van ciertamente sin la obsesión del recuerdo, de la imagen mental del ser adorado. Hasta el mismo lobo que caza, va necesariamente excitado por la visión anticipada de la presa cogida, desgarrada, palpitante.

Durante mucho tiempo se aguzó el ingenio para cavar un abismo psicológico entre el hombre y el animal, y, en consecuencia, como lo hace aún Locke, el sensualista, se negaba á los animales la facultad de abstraer. Indudablemente los animales no componen tratados de aritmética, ni construyen sistemas filosóficos, para lo cual es indispensable un lenguaje articulado y, aun con el indispensable recurso del lenguaje, la mayor parte de los seres humanos no podrían alcanzar las altas regiones de la abstracción, tan inaccesibles á nuestros niños, á los salvajes y aun á los civilizados incultos ó cerebralmente mal dotados; pero los animales abstraen á su manera: entre ellos, como entre nosotros, los recuerdos y las percepciones análogas se agrupan, se funden juntos para formar concepciones generales, es decir, abstractas; porque el término *abstracción*, llevado á su sentido más sencillo, quiere solamente decir disociación mental entre las cualidades de los objetos y los objetos mismos ¹.

1 Romanes, *Evolution mentale des animaux*, p. 81.

Si hay precisión de conceder á los animales el poder de abstraer, nadie ha pensado negarles el de asociar ideas, puesto que este acto mental consiste sencillamente en juxtaponer voluntaria ó involuntariamente recuerdos registrados, ideas percibidas. Entre los animales, como entre nosotros, estas asociaciones de ideas se forman incesantemente por sí mismas; son el *substratum* de la experiencia y de la educación ancestral ó individual.

Pero, en el mundo de los animales, como en el nuestro, la energía mental varía mucho de un individuo á otro, y puede muy comunmente medirse con el poder de atención. Para el hombre, el hecho es incontestable, y es conocido de todos los maestros y pedagogos; pues los adiestradores de animales dicen lo mismo de sus alumnos. En éstos, como entre nosotros, la distracción habitual es un signo de debilidad mental. Darwin habla de un domador de monos, que pagaba por ellos doble precio cuando se le concedían algunos días para examinarlos antes de escoger. Su especialidad consistía en adiestrar monos para ejecutar ciertas habilidades. « Si, dice el autor citado, mientras hablaba á su mono ó le explicaba algo, el animal se distraía fácilmente con una mosca ó cualquier otro objeto insignificante, había que renunciar á proseguir. Por el contrario, lograba siempre adiestrar al mono que le prestaba atención ¹ ».

La conciencia animal es, pues, exactamente imagen de la del hombre. Como nosotros, el animal

1 Darwin, *Descendance*, pp. 76-77.

percibe impresiones y sensaciones; como nosotros guarda su recuerdo, y, lo mismo que los nuestros, esos recuerdos pueden revivir en su conciencia y convertirse en imaginación; como nosotros, el animal percibe y concibe ideas; su inteligencia, como la nuestra, puede abstraer y asociar pensamientos. Por último, en una misma especie animal, la potencia mental se halla muy desigualmente repartida entre los individuos, y la mayor ó menor fuerza de atención da prácticamente buena medida de ello.

Sentadas estas premisas, no es lógico creer á los animales faltos de lo que nosotros llamamos razón. De hecho la razón no es otra cosa que la aplicación coordinada de los elementos de la conciencia nerviosa á fines particulares y queridos. Y eso es precisamente lo que hacen sin cesar todos los animales provistos de centros nerviosos desarrollados, desde la hormiga y la abeja hasta los mamíferos superiores. Las observaciones demostrativas son numerosísimas, de las cuales sólo citaré algunas. — Primeramente las de las *hormigas* llamadas *forrajeras*, que, avisadas por una de ellas, lograron, á costa de persistentes esfuerzos, libertar una de sus obreras, sobre la cual un naturalista había colocado una china y un poco de barro ¹, sin contar que toda la existencia social de las hormigas implica un frecuente uso de la razón. Entre los mamíferos también son frecuentes los hechos del mismo orden. Darwin ha visto un orang joven que se servía de

¹ Belt, *Naturalist in Nicaragua* (citado por Bastian, *Le Cerveau et la Pensée*, t. I, p. 188.)

un palo como palanca ¹. Otro orang, pensionista de nuestro Museo, acostumbraba á balancearse en una cuerda para alcanzar así la llave de una puerta que cerraba la pieza donde comía. Un día, para impedir que lo hiciera, imaginó su guardián acortar la cuerda haciendo en ella tres nudos; pero el animal, después de examinado el obstáculo, trepó por la cuerda y deshizo tranquilamente los nudos ². Puede relacionarse este hecho histórico con la historia del *cebus* de Romanes, que comprendió y hasta generalizó el principio del tornillo (*Evol. ment. del hombre*, p. 61), y también con el mono que probaba las quince llaves que contenía un manajo para abrir una puerta (Romanes, *loc. cit.*, 324). Pero la razón animal no es privilegio de los primates. En la América del Sur, los muleteros decían á Humboldt: « No daré á usted la mula más agradable, sino la más razonable ³. » Se haría con facilidad una obra voluminosa con sólo reunir todos los actos razonados y razonables ejecutados por los perros y observados por testigos dignos de crédito. Me limito á citar uno solo de que J. Franklin se declara garante. Se trata de un perro, encargado especialmente en una granja de Escocia de guardar un gallinero. Un día vendió su dueño, sin advertir al perro, tres gallinas á un transeunte. El perro las echó de menos, y, siguiendo su pista, corrió á buscarlas, encontrándolas al poco tiempo; entonces se lanzó contra

1 Darwin, *Descendance*, p. 85.

2 Leuret et Gratiolet, *Anatomie comparée du système nerveux*, t. 1, p. 540.

3 Darwin, *Descendance*, p. 8.

el comprador, le derribó y cogiendo triunfalmente con su boca las gallinas atadas, las volvió al gallinero ¹.

VII. — DOMESTICACIÓN Y CIVILIZACIÓN

Pronto veremos, analizando la mentalidad del hombre, como acabamos de hacer respecto de la del animal, que entre una y otra las diferencias son simplemente de grado, no de esencia, conclusión que resulta ya de la rápida exposición que acabo de hacer. Desde el punto de vista de la psicología general, esta analogía es de mucha importancia, porque ensancha considerablemente el campo de la investigación psicológica, limitada de una manera tan poco científica al estudio del « alma » humana por las viejas teorías metafísicas, la del libre albedrío, la del alma inmateral, como glorioso y exclusivo patrimonio del hombre, la del reino humano, etc.

La identidad esencial del espíritu humano y del espíritu animal nos dicta además una interesante inducción acerca de la génesis de la mentalidad animal y humana. En efecto, si se interroga la psicología del reino animal, siguiendo la jerarquía taxonómica de los grupos naturales en cada ramificación, se tiene á la vista como una recapitulación abreviada de la evolución mental, desde los radios más humildes hasta los tipos superiores de cada

¹ Franklin, *loc. cit.*, p. 183.

rama, á saber: los vertebrados antropoides, por una parte; por otra los invertebrados más inteligentes, las abejas y las hormigas. Pero esos tipos aristocráticos, que unos y otros merecen el título de primates, van unidos á las más humildes especies de sus ramificaciones respectivas por series ininterrumpidas de formas intermediarias y graduadas, que marcan como los jalones de una lentísima evolución progresiva. Los factores de esta serie de metamorfosis son ya conocidos y no he de recordarlos en este momento. Mientras que se efectuaban esas metamorfosis orgánicas con una lentitud infinita, en el curso de las épocas y de los períodos geológicos, la vida consciente é inteligente se afirmaba poco á poco, se desarrollaba, se complicaba cada vez más al compás de los perfeccionamientos correlativos del sistema nervioso, y particularmente de los centros nerviosos, que disminuyen de número y aumentan de volumen. En la abeja y en la hormiga, el ganglio cefálico subesofágico merece ya la calificación de cerebroide que le ha sido dada.

No hay duda que el progreso general de los diversos tipos del reino animal á través de las edades ha sido muy desigual, puesto que aun existen protozoarios. Para explicar la fortuna especial de los grupos ó especies más favorecidos, hay que admitir felices casualidades, circunstancias particularmente favorables, difíciles de especificar hoy y que en gran parte habrán dependido del medio físico; pero, llegadas esas especies animales favorecidas á cierto grado de desarrollo mental, se han constituido en sociedades. Á partir de ese momento,

gracias á su fuerza colectiva, ganaron terreno en su duelo con la naturaleza ambiente y se han sustraído cada vez más á las fatalidades de los agentes físicos, al mismo tiempo que se sometían más y más á las influencias sociales. Ya en este terreno, sus progresos, las modificaciones generalmente ventajosas que sufrían su cuerpo y su espíritu, son principalmente resultado de una educación social más bien que del medio exterior. En resumen, estas especies se han civilizado. No nos es dable hacer la historia de esas civilizaciones animales, ni trazar los anales sociológicos de las colmenas ó de los hormigueros, de los castores ó de los monos, etc.; pero hay hechos de educación animal que puede aprovechar la investigación psicológica, y este examen nos preparará bien para investigar algo más lejos qué modificaciones han determinado en la mentalidad humana el progreso ó el retroceso en la organización de las sociedades.

Los hechos observados ú observables en la educación animal son muy análogos á los efectos de la civilización humana. Una y otra, la educación de la bestia y la civilización del hombre, pueden perturbar y atrofiar ciertos instintos, ciertos sentimientos y aun crear nuevas inclinaciones y suscitar modos de sentir y de pensar, que, sin su influencia, no se hubieran manifestado jamás.

Así se ha admitido, se admite generalmente aún, que ciertas especies animales son herbívoras ó carnívoras por naturaleza; es decir, que habría lo que se ha llamado instintos, ó sea irrefrenables inclinaciones innatas. Mas, por poderosos que sean, esos

instintos no son sino costumbres inveteradas, y frecuentemente se les puede modificar: el tigre, el león y el águila son carnívoros endurecidos, habitualmente se dejan morir de hambre antes que tocar á los alimentos vegetales; pero ha de notarse que esos experimentos, desde luego poco numerosos, se han hecho ordinariamente sobre animales adultos y sin recurrir á los poderosos recursos de la cocina.

Á pesar de eso se ha alcanzado un éxito.

Se sabe que Spallanzani acostumbró un águila á comer y á digerir pan. Por el contrario, el mismo naturalista perturbó tan profundamente los instintos de una paloma, que el animal se alimentaba de carne y hasta se negaba á comer semillas. En Islandia, donde escasean los forrajes, las vacas y los caballos se alimentan sin dificultad de pescados secos, y aun entran en el agua en las playas para pescar por sí mismos lo que se presenta á su alcance ¹. El perro y el gato no comen trigo, pero bien comen pan. El conejo desecha la carne cruda en grandes trozos, pero la acepta picada. Los tigres, ó por mejor decir, los grandes felinos nacidos en nuestras casas de fieras, se vuelven muy mansos si se tiene cuidado de alimentarlos exclusivamente con carne cocida ². Se ha visto una pantera de Africa, cuidada de esa manera, adquirir la mansedumbre de un gato y esconder las uñas, como este animal ³. Pero el que ha cambiado sobre todo es

1 Gegenbaur, *Manuel d'anatomie comparée*, p. 778.

2 Franklin, *Vie des animaux, mammifères*, t. I, p. 227.

3 *Ibid.*, pp. 232-233.

nuestro perro doméstico, compañero del hombre desde el origen de las sociedades, que se ha transformado de cuerpo, de corazón y de espíritu por la comensalidad humana. Nuestras numerosas razas de perros no tienen hoy nada de parentesco moral con los cánidos, lobo, zorra ó chacal, que, sin embargo, son sus ascendientes. Nuestro perro doméstico ha adquirido para el hombre sentimientos, convertidos en instintivos, de afecto, de veneración y á veces de una adoración casi religiosa ; no carece tampoco de conciencia moral, existiendo en él un sentimiento del deber que refrena á veces sus instintos más poderosos, puesto que hay perros capaces de dejarse morir de hambre antes que robar.

Los fastos de la historia canina están llenos de rasgos de heroísmo, de abnegación y de fidelidad de que el hombre es poco capaz. Del lado intelectual también el progreso ha sido considerable ; por ejemplo, entre un lobo y un perro bien educado, diestro y sabio, hay tanta diferencia como entre un europeo culto y un salvaje de Australia. Para comunicar con el hombre el perro se ha creado una lengua : el ladrido ; se ha acostumbrado á comprender un signo, una expresión de fisonomía, el timbre variado de la voz, hasta un número de palabras. Nuestros perros de ganado ó de caza han adquirido instintos artificiales contrarios á sus instintos naturales, y se hallan tan bien organizados en su cerebro que se han hecho hereditarios. Esta transformación tan profunda se ha notado hasta en las necesidades nutritivas, porque siendo primitivamente carnívoro, ha llegado á ser, casi como su

amo, si no omnívoro, al menos plurívoro. Al mismo tiempo se han desarrollado sus hemisferios cerebrales, se han ensanchado sus lóbulos frontales rebajando la bóveda orbitaria; sus ojos, por consecuencia, se han hecho menos oblicuos y han tomado un aspecto casi humano ¹. Todas esas cualidades, lentamente adquiridas, puede perderlas el perro abandonando al hombre; entonces recae en salvajismo, y en ese caso, lo mismo que el hombre degenerado, vuelve difícilmente á su estado de civilización, que es el estado doméstico ² bajo la autoridad de un amo humano.

Pero todas esas metamorfosis mentales, que la domesticación ha podido producir en el perro, las ha producido en el hombre, y en escala mucho más amplia, la vida social en sociedades perfectibles. El objeto de este libro consiste precisamente en señalar las principales modificaciones ó perturbaciones mentales determinadas en el hombre por las diversas civilizaciones.

1 Franklin, *loc. cit.*, p. 111.

2 *Ibid.*, p. 149.

CAPITULO II

La mentalidad del niño

SUMARIO. — I. *La voz de los antepasados*: la filosofía literaria; la impregnación nerviosa; huellas hereditarias; imperfección del cerebro recién nacido; automatismo nervioso del recién-nacido. — II. *La voluntad y el deseo*: las actividades mentales y su sucesión en el niño. — III. *Sensaciones y sensibilidad*: despertar sucesivo de los sentidos; lo innato de las mentalidades del recién nacido. — IV. *De la memoria y de la imaginación*: primeras adquisiciones mnemónicas; la tendencia á la imitación; las memorias especiales; el parentesco de la memoria y de la imaginación; la actividad de la imaginación infantil. — V. *De la vida afectiva en el niño*: impresiones ancestrales; la aptitud de observar en el niño; pobreza afectiva. — VI. *La vida intelectual del niño*: la conciencia tardía del yo; la abstracción en el niño; la lógica infantil; apreciación de la duración y numeración; meralización no razonada. — VII. *El lenguaje del niño*: preformación psíquica; el experimento de Akbar; lenguaje mímico; apreciación de las entonaciones; lenguaje del niño y del hombre primitivo. — VIII. *La vida estética del niño*: las impresiones visuales y las auditivas; dibujo de los niños y de los primitivos; el amor del juego y su causa. — IX. *La génesis de las ideas generales*: abstracción y generalización infantiles; una observación; el lenguaje en el niño y en el hombre primitivo.

I. — LA VOZ DE LOS ANTEPASADOS

Los filósofos, que pueden llamarse « literarios », los que hacen psicología abstracta ó metafísica ó, en términos más generales, psicología subjetiva, creen que en el niño naciente la mentalidad y la cerebralidad realizan á la perfección la tabla rasa soñada por Descartes. ¡ Cuán grande es su error!

Es indudable que el mundo exterior no ha despertado en el recién-nacido ningún fenómeno de conciencia ; pero el niño, como el animal, lleva en sus centros nerviosos toda una herencia mental, latente y silenciosa. Su cerebro, su médula espinal, sus ganglios simpáticos, lo mismo que sus demás órganos, no han sido creados instantáneamente. Por lo mismo, en sus funciones como en su constitución anatómica, son el resultado de una larga evolución, la de los antepasados animales y humanos. Pero la propiedad primordial de la célula nerviosa consiste en la aptitud para conservar, más que ningún otro elemento ó tejido nervioso vivientes, la huella de los actos fisiológicos ó psicológicos por ella realizados. Estas huellas nerviosas, ya resulten de movimientos musculares ó de fenómenos de conciencia, se registran hasta un modo indeleble cuando han sido reiterados suficiente número de veces. Entonces los centros nerviosos se impregnan de ellas ; las huellas de los actos realizados se encarnan en la célula y se convierten en aptitudes ó hasta en funciones hereditarias. He aquí por qué las grandes funciones nutritivas, la circulación, la respiración, la digestión, etc., se cumplen por sí mismas casi sin que de ello tenga noción la conciencia nerviosa, la cual no haría frecuentemente más que perturbar el juego necesario.

Pues hechos del mismo orden se encuentran en la base de la vida de conciencia, detrás de ella. En los animales superiores y en el hombre, los centros nerviosos contienen también gran número de aptitudes latentes y revivificantes, que, en un

momento dado de la evolución individual, podrán ó habrán de manifestarse, con frecuencia hasta dominar y regir toda la vida consciente. No se transmitirá ninguna idea precisa de generación en generación, pero asociaciones de movimientos, de posibilidades, hasta de tendencias á obrar, á sentir, á conmoverse, á pensar de tal manera y no de tal otra, se legan muy bien de un centro nervioso á otro á través de la cadena sucesiva de los seres; hay en esto toda una herencia, latente y muda, de deseos, de impresiones, hasta de ideas y de juicios, que esperan su hora para manifestarse. Eso es lo que legítimamente puede llamarse « la voz de los antepasados ». El niño, en cuanto nace, posee ya en potencia toda esta herencia, y hasta manifiesta una parte de ella, la porción inconsciente, por ejemplo, la de los movimientos asociados, de donde resulta el grito; pero es muy dudoso que en el instante preciso de su nacimiento pueda percibir el niño ni una impresión dolorosa. Sabido es que en el recién-nacido, la porción del cerebro particularmente dotada de conciencia, la corteza gris, está aún formada de células imperfectas, y que las fibras blancas, nerviosas, que enlazan la corteza gris de las circunvoluciones á los ganglios de la base cerebral, á las capas ópticas y á los cuerpos estriados, y por consiguiente á la médula espinal, no están constituídos aún.

Aun bajo esta relación, muchos recién-nacidos animales son superiores al recién-nacido humano. Así el polluelo pica en cuanto sale del cascarón; el lechoncillo tiene, en el momento de su nacimiento,

clara percepción del espacio ¹; el pollo responde á veces al cloqueo de su madre estando aún encerrado en el huevo, y en cuanto se ve libre acude al llamamiento maternal ². Pero tal estado de inconsciencia casi completa del niño dura poco; pronto se realizan algunas de las posibilidades conscientes de que antes hablaba. El lechón recién-nacido percibe ya los sonidos agudos, y manifiesta esta percepción por una inclinación de la oreja, y el niño, algunos días después de su nacimiento, se estremece cuando se produce cerca de él un ruido repentino ³.

El niño recién-nacido es ciego ó poco menos; quizá distinga vagamente la luz de la obscuridad; pero no tiene aún el movimiento defensivo de los párpados, ese movimiento reflejo, que es, sin embargo, uno de los mejor encarnados y tan sólidamente registrados en el hombre. Además, durante cierto número de días, los movimientos de los ojos, de los globos oculares, son todavía asimétricos en el recién-nacido. Mucho tiempo después no tiene el niño la menor conciencia de su *yo*, ni de los límites de su cuerpo; no distingue su persona del mundo exterior, que le rodea; se le ve morderse los dedos, los brazos, pone sus pies en la boca y se pega en la cabeza. El hijo del profesor Preyer llegaba hasta ofrecer un bizcocho á su pie. A diez y nueve meses, el mismo niño tomaba uno de sus

1 Preyer, *L'Áme de l'enfant*, pp. 148-149.

2 *Ibid.*, p. 75.

3 *Ibid.*, pp. 74-146.

pies para dárselo á su padre, como le daba su zapato ¹.

A los tres ó cuatro meses se observan en el niño expresiones de fisonomía á veces muy complejas, pero que son sencillamente automáticas, heredadas, inconscientes y reflejas. Así se ve sonreír al niño cuando ve una cara risueña ²; hasta se ve producirse en su cara ciertos juegos fisionómicos que pueden llamarse adultos, porque pintan sentimientos seguramente desconocidos al principio de la vida; por ejemplo, el sentimiento de la burla.

¿Siente hambre el recién-nacido? Si lo siente, será muy confusamente aún, puesto que para aplacar esa hambre supuesta basta darle á chupar un objeto cualquiera ³. Sin embargo, las impresiones y deseos, suscitados por la satisfacción ó no satisfacción de las necesidades nutritivas, son las primeras y más vivamente sentidas, primero de una manera vaga, en forma de impresión de malestar ó de bienestar; después se adjuntan á éstos otros deseos cada vez más precisos, que ponen en juego todo lo que el pequeño ser puede poseer de vida y de conciencia: por ejemplo, cuando nace la memoria, por débil que sea, el hambre despierta en el niño de pecho, primero la imagen del seno maternal, después, poco á poco, las de la cosa y la persona, sobre todo el recuerdo de la voz de la nodriza. Pero acerca de esta relación, el recién-nacido humano está lejos de poseer la precisión innata que se

1 Preyer, *L'Áme de l'enfant*, p. 439.

2 H. Spencer, *Sociologie*, t. I, p. 536.

3 *Ibid.*, p. 125.

observa en gran número de recién-nacidos animales y que parecen proceder de huellas sensitivas, hasta heredadas y que reviven en el acto del nacimiento.

Estas nociones registradas y conscientes tardan más en despertarse en la especie humana, quizá porque el hombre es el último que ha venido al reino animal; en todos casos, no hay razón para fundar una superioridad en esta inferioridad nativa del niño-recién nacido. Pero al fin, más ó menos pronto, entran en función en el niño las diversas actividades mentales, y entonces cesa de ser un organismo inferior, dotado solamente de la vida vegetativa y nutritiva. Todas esas actividades llamadas propiedades ó facultades, se despiertan y se desarrollan durante los primeros años de la vida, pero con particularidades especiales, interesantes para la psicología general y que conviene conocer para la psicología comparada de las razas humanas. Las describiré brevemente.

II. — LA VOLUNTAD Y EL DESEO

Conviene recordar ante todo que los diversos modos de la actividad mental son conexos, porque no son más que fases diversas de la vida consciente. Si los psicólogos les han dado nombres distintos, es á causa de que no han visto en ellos y hasta no han querido ver sino entidades abstractas; resulta de esto, que para analizar la vida psíquica, era útil, hasta casi necesario, dividirla y subdivi-

diría. En el día, esas divisiones, esas *facultades* psíquicas han entrado en el lenguaje corriente, y hasta constituyen el fondo de la nomenclatura psicológica; es, pues, útil conservarlas, pero materializándolas mucho, no viendo en ellas más que propiedades de la substancia nerviosa.

Al abrirse en los centros nerviosos todas esas actividades de lo que se ha convenido en llamar el *espíritu*, son muy sencillas; pero los más elementales de los hechos de conciencia son ciertamente las impresiones de mal ó de bienestar unidas al funcionamiento de los sistemas y órganos de la vida nutritiva, y especialmente del aparato digestivo. En efecto, las impresiones y deseos que son íntimamente unidos á estas primordiales funciones psicológicas, preceden á la generalidad de los otros fenómenos de conciencia. Los deseos que formulan en los centros nerviosos esas imperiosas necesidades, son al principio netamente impulsivos; nada les detiene, á causa de que las otras actividades psíquicas están aún ausentes ó poco menos; pero después, aun en el tiempo en que la vida consciente se ensancha y se completa, en el curso, no sólo de los primeros meses, sino de los primeros años, las actividades psíquicamente superiores, los verdaderos instrumentos de la vida llamada de relación, es decir, de la vida moral é intelectual, y los deseos nuevos que con ella se enlazan, conservan mucho tiempo el carácter de evidente impulsividad esencial á los deseos nutritivos. El niño, aun de algunos años de edad, está muy visiblemente privado de esta libertad incondicionada, de ese libre

albedrío hipotético con que la psicología abstracta ha gratificado al hombre. A creer á un buen observador de la infancia, á cinco, seis y hasta siete años, el niño obra como un resorte que se extiende; sus movimientos son vivos y exuberantes; sus deseos son tiránicos, pero efímeros é inconstantes ¹. Obedece ordinariamente á un móvil dominador, y dice: «Yo quiero» con ademanes automáticos y acento enérgico, que por su misma violencia atestiguan la ausencia de toda voluntad deliberada ². Por otra parte, en el niño sigue la acción tan cerca del deseo, que entre ambos no hay lugar para las deliberaciones ³. Cuando se suscita en la conciencia infantil un conflicto entre la pena y el placer, ambos juzgados posibles, la imagen del placer llena la conciencia y arrastra con todo ⁴.

Todavía á tres ó cuatro años apenas existe en el niño el deseo deliberado, por voluntad, siendo muy fácil de sugestionar; si, por ejemplo, se le afirma con voz fuerte que ya no tiene hambre, que ya no le duele donde recibió un golpe, se le persuade en seguida ⁵. Apenas es necesario observar que esta voluntad impulsiva, móvil y mecánica del niño, es la misma que casi todos los observadores han hallado entre los hombres primitivos de todas las razas. Mas para que esta voluntad psíquicamente inferior, más bien este deseo, pueda manifestarse, necesita una base mental, y, fuera de los choques

1 B. Perez, *L'enfant, de trois à sept ans*, p. 289.

2 *Ibid.*, p. 291.

3 *Ibid.*, p. 157.

4 *Ibid.*, p. 233.

5 *Ibid.*, p. 287.

conscientes de la vida nutritiva, esta base no puede hallarse sino en las sensaciones más ó menos claramente percibidas; también la sensibilidad especial, la de los sentidos propiamente dichos, se despierta pronto en la mentalidad infantil.

III. — SENSACIONES Y SENSIBILIDAD

A los pocos días de su nacimiento percibe ya el niño sensaciones diversas y las distingue. El sentido del gusto parece ser el primero que entra en actividad; por eso el recién-nacido hace gesto de desagrado cuando se le pone en la boca sal, quinina ó vinagre; por el contrario, chupa si se le pone azúcar ¹. Hay en esto manifiestamente uno de aquellos recuerdos registrados, ancestrales, de que antes hablaba. En el último de estos hechos se ha visto, y ello es verosímil, una reminiscencia hereditaria del gusto azucarado de la leche materna; hecho curioso, ya notado por Galeno en un cabrito recién-nacido que buscaba y encontraba, entre varios vasos, el que contenía leche. Lo que guía en este caso al animalillo es verosíblemente el sentido del olfato, que también se desarrolla muy precozmente; puesto que el perrillo recién-nacido y aun ciego no encuentra la teta de la madre cuando se le secciona los lóbulos olfativos ². El niño, menos precoz que el perro, percibe, sin embargo, ciertos olores, y al cabo de algunas horas

1 Preyer, *loc. cit.*, p. 95.

2 *Ibid.*, p. 113.

de existencia, distingue los olores agradables de los que le parecen desagradables, y á esa misma edad se estremece cuando se producen cerca de él sonidos violentos. Se ha querido ver en ese estremecimiento un vestigio de miedo hereditario ¹.

Durante las primeras semanas el niño es casi ciego, y la luz intensa, los movimientos rápidos de la mano cerca de sus ojos no provocan parpadeo, aunque se trate en esto de un movimiento reflejo típico y de los más sólidamente encarnados. Los primeros colores que distingue el niño son el amarillo y el rojo. Recordaré de paso que para todas las razas humanas el rojo es el más bello de los colores, sobre todo para los primitivos ².

El niño percibe mal el espacio y las distancias, y cuando comienza á coger voluntariamente los objetos, lo que tarda mucho en suceder, es notablemente torpe, y su geometría parece no tener más que dos dimensiones. Así, para comprender la sombra necesitará años, y aun hay que advertir que hablo de niños de civilizados; puesto que todas las razas primitivas ven en la sombra un ser distinto del cuerpo, un doble que puede perderse ó ser cogido.

Esta génesis gradual de la sensibilidad especial es muy curiosa; por sí sola bastaría para probar que la vida de conciencia es una simple propiedad de la substancia nerviosa; pero otras facultades mentales, para hablar el lenguaje usual, no son visiblemente sino derivados de la sensibilidad. ¿Qué

1 Preyer, *loc. cit.*, p. 74.

2 Véase mi *Sociologie d'après l'ethnographie*.

son, por ejemplo, los recuerdos sino sensaciones registradas, y cómo comprender la imaginación de otro modo que como una memoria coloreada, reviscente y caprichosa?

IV. — DE LA MEMORIA Y DE LA IMAGINACIÓN

Desde que existe la memoria, por fugitiva que sea, el mundo exterior cerca en cierto modo la vida de conciencia, provocando en ella incesantemente la formación de huellas, que primeramente se borran en un momento, pero que por una reiteración suficiente acaban por grabarse, encarnarse en los centros nerviosos, donde esas imágenes encuentran en estado virtual las aptitudes psíquicas legadas por los antepasados. Gracias á su memoria, mucho antes de la adquisición del lenguaje, reúne el niño todo un tesoro de nociones sobre el mundo exterior y comienza espontáneamente su educación social, imitando lo que está á su alcance en los actos exteriores de las personas que le rodean, sobre todo los de los niños mayores que él y los de los animales, porque no ha aprendido aún á creerse de una esencia superior á ellos. Mucho tiempo permanece imitador el niño, y es un lugar común decir que tiene el instinto de la imitación.

Ese pretendido instinto resulta naturalmente de la semejanza orgánica, y se manifiesta más cuanto menos edad tiene el niño, es decir, cuanto menos se acusa su personalidad. Por eso es especialmente

poderosa esa tendencia á la imitación de otro en los niños idiotas, y persiste en ellos, á pesar de los años, en estado infantil, porque su pobre mentalidad no alcanza jamás la edad adulta. Según un psicólogo de la infancia, la principal utilidad de la inclinación á la imitación en el niño sería permitirle imitarse á sí mismo, es decir, contraer hábitos ¹; pero frecuentemente esos hábitos no se forman al azar, sino que resultan de tendencias íntimas, á veces individuales, á menudo heredadas, cuya formación y manifestación facilita á cada momento la vida social. La gran diversidad nativa de las memorias individuales prueba claramente que sucede así en el niño. Existen, efectivamente en los niños memorias visuales, memorias auditivas, memorias motrices, etc., etc., y estas memorias especiales hacen á cada niño más apto para ciertos actos, para ciertas ocupaciones que para otras. En otra ocasión, describiendo la *Evolución literaria*, he citado el hecho de una escolar prodigio, que podía recitar de memoria, á manera de fonógrafo, todo un manual de historia de Francia, y que, interrogada sobre algunos hechos particulares, respondía gravemente que Jesucristo nació después del principio de la era cristiana, que La Valliere fué mujer de Napoleón, que los ingleses introdujeron el protestantismo en Francia, que los franceses sufrieron mucho en el paso del Gólgota, etc. ². A primera vista podría suponerse que se trata de un idiota, puesto que la memoria psitácica (de loro) está muy desarro-

² B. Pérez. *L'Enfant, de trois à sept ans*, p. 283.

¹ B. Pérez, *loc. cit.*, pp. 15-16.

llada en los idiotas; sin embargo, no es así: este prodigio era sencillamente hijo de unos campesinos enriquecidos, que no había podido heredar aptitudes intelectuales de sus antepasados, que no habían tenido, pero que había recibido otras. Así era inteligente en las operaciones campestres, en los cambios comerciales, en el cuidado de la casa, en la cría de animales y en los cálculos de economía. Su memoria y su inteligencia eran completamente rurales y prácticas; ni más ni menos.

Los psicólogos, aun aquellos que toman más en serio la artificial nomenclatura de las facultades del espíritu generalmente aceptada, no niegan ya con gran empeño el estrecho parentesco de la memoria y de la imaginación. En efecto, la segunda de esas *facultades* sigue con bastante docilidad la fortuna de la primera. Hay imaginaciones especiales, como hay memorias especiales; porque las imágenes que se pintan sobre el cuadro de nuestra conciencia, son necesariamente reflejos de nuestros recuerdos, y las unas y las otras resultan de nuestros gustos dominantes, es decir, de nuestras aptitudes especiales. En su origen, y en la confusa mentalidad del niño, memoria é imaginación se confunden, y aun en el adulto, la imaginación, la facultad de tener imágenes mentales, no podría distinguirse de la memoria cuando funciona por sí misma espontáneamente. A decir verdad la imaginación no merece ser considerada como facultad aparte en tanto que no está dirigida, inspirada por una voluntad razonada y dirigida á un objeto determinado; pero esta misma imaginación inteligente no suele hacer

otra cosa que construir un edificio sirviéndose de recuerdos desunidos y alterados.

El niño no es en manera alguna extraño á esta ocupación mental; al contrario, y, como lo hacen los hombres primitivos, necesita exteriorizar los recuerdos y las imágenes que incesantemente pueblan su conciencia. Sabido es que por esto los salvajes recurren á danzas y representaciones mímicas, que son su poesía, que tienen gran importancia en su vida social y cuyo uso se encuentra en todas las razas ¹; pues en sus juegos, el niño no hace otra cosa, sin referirme aquí á los juegos aprendidos y tradicionales, sino á los juegos espontáneos, inventados, y que, frecuentemente son un esfuerzo para manifestar al exterior las imágenes mentales, incesantes creaciones del cerebro infantil.

Conocido es el furor anímico con que el niño se da á sí mismo esas ilusiones; con qué buena fe se representa escenas de guerra, de caza, de escuela; con qué sinceridad ve en imaginación todas las aventuras que á sí mismo se representa, pudiéndose decir fundadamente que, para el niño, el juego es exactamente lo que para el salvaje son las óperas-bailes primitivos ². Hay en esto una analogía de estado mental que, hacerla constar, es de altísimo interés, puesto que enlaza la infancia individual con la de las sociedades.

1 Véase mi *Evolución literaria* (passim).

2 *Ibid.*

V.—DE LA VIDA AFECTIVA EN EL NIÑO

Cuando la evolución mental del niño ha recorrido las primeras fases que acabamos de examinar; cuando el tierno niño es susceptible de sensaciones diversas y bastante claramente percibidas para suscitar en él deseos y movimientos suficientemente combinados para satisfacer esos deseos, entonces su vida afectiva se desarrolla y se dilata: hasta entonces las impresiones de pena y de placer eran confusas y limitadas; lo más común es que se refieran á la vida nutritiva ó que sean un eco heredado de experiencias ancestrales. Pueden citarse como ejemplos de estos sentimientos primarios, el miedo instintivo que provoca un trueno, el temor que inspira á primera vista una serpiente, la repugnancia que causa un sapo, el loco terror que sienten muchas niñas y no pocas mujeres viendo una araña ó un ratón. Pero he aquí ahora al niño en relación consciente en el mundo exterior; le pide y recibe de él impresiones múltiples, agradables ó desagradables, deseando, naturalmente, las primeras y temiendo las segundas: en este concepto sobre todo es como le interesan las cosas y las personas cuando tiene algunos años. En los límites restringidos que le marcan sus deseos, observa á su alrededor, y hasta llega á ser hábil para leer en la fisonomía de las personas que se le acercan y para interpretar por las inflexiones y el timbre de la voz la significación

de sus actitudes ¹. Ese talento especial de observación existe también en nuestros más inteligentes animales domésticos; es frecuente en muchas mujeres; no es raro tampoco entre los primitivos, y, en varias civilizaciones antiguas, se quería que le tuvieran los jueces.

Nada más restringido que la vida sentimental del niño: como no es aún hipócrita, no trata de disimular sus apetitos ni sus emociones; las cosas y las personas que ama las busca habitualmente con un egoísmo sin disfraz, esperando obtener de ellas algunos placeres; quiere muy sensualmente, casi siempre en interés de su glotonería ó de sus diversiones preferidas ². Leyendo en su rostro, como tan bien lee en los nuestros, encontramos en él con mucha frecuencia expresados la envidia, la avaricia, el orgullo y la cólera ³. El sentimiento de la piedad suele ser raro ó nulo, como La Fontaine lo había notado tan exactamente. Aun á seis ó siete años, nos dice un buen observador, las manifestaciones á la piedad infantil suelen ser verbales, aprendidas, y se satisfacen pronto con algunos finales de frases de encargo ⁴.

El niño pequeño gusta de las caricias, y comunemente es más inclinado á recibirlas que á darlas. Para hacerle comprender la significación del beso se necesita toda una educación; pareciéndose en esto á los salvajes de toda raza y aun á todos los

1 B. Pérez, *loc. cit.*, p. 108.

2 *Ibid.*, p. 263.

3 Preyer, *loc. cit.*, p. 269.

4 B. Pérez, *loc. cit.*, p. 248.

asiáticos de raza mongólica, entre los cuales los más civilizados no ven en nuestro beso más que una supervivencia del canibalismo ; pero ya habrá ocasión de volver sobre este punto particular hablando sobre el hombre primitivo ¹.

VI. — LA VIDA INTELECTUAL DEL NIÑO

La vida intelectual del niño, que hemos de examinar ahora, es á la vez muy activa y muy limitada; activa, porque en el mundo donde ha surgido, en cuanto puede sentir y observar, todo le parece nuevo y á menudo muy interesante para su pequeña personalidad; pero su inteligencia es corta y débil. Sus móviles, de género sentimental, son simples y comunmente egoistas, siempre groseramente utilitarios. Además, la atención infantil es muy débil y se cansa pronto; es fugitiva, como los mismos sentimientos, que se ven nacer y morir en un instante. La debilidad del razonamiento es siempre extremada, lo que no obsta para que el niño aprenda muchas cosas durante los primeros años de su vida, aunque lo hace sin pensar y á la casualidad de los incidentes y accidentes de su pequeña existencia ². El mundo tiene muy estrechos límites para su pobre vida mental: hemos visto que el niño tarda en alcanzar la conciencia de su personalidad; que durante mucho tiempo no se distingue

1 P. d'Enjoy, *Bull. Soc. d'Anthropologie*, 1897.

2 B. Pérez, *loc. cit.*, p. 153.

él mismo del mundo exterior. Buffon habla de un loro que, acostumbrado á dar la pata cuando se la pedían, acabó por pedírsela á sí mismo y la ponía entonces en su pico como un cuerpo extraño. Pues Preyer ha visto á su hijo, mayor de un año, morder su propio brazo como lo hubiera hecho con un objeto cualquiera ¹. Es, pues, natural que el niño sea anímico, como su análogo el hombre primitivo; y, en efecto, atribuye á las cosas exteriores intenciones, sentimientos y voliciones. Una niña decía que su aro era inteligente porque, como ella decía: «va donde quiero que vaya ².»

Tiene el niño, como los animales superiores, la facultad de abstraer, pero solamente como ellos y en el modo más inferior; podrá y lo hace siempre, conservar el recuerdo de un ruido, de un grito, de un color, de un olor, de un gesto, independientemente de las otras circunstancias concomitantes, hasta del objeto y del ser á que estaban unidas esas modalidades; á veces reconocerá semejanzas parciales y generalizará particularidades ³; pero no tratará jamás de razonar encadenando ideas abstractas ó generales ⁴. La lógica del niño es de las más sencillas; no invoca sino hechos concretos, relaciones comprobadas de concomitancia, de sucesión, de antecedencia, de analogía grosera, sin proponerse alcanzar la causa lejana de los fenómenos ⁵. Si se le interroga, responde vagamente, pro-

1 Romanes, *Evolutions mentales de l'homme*, p. 199.

2 Sully, *Outlines of Psychology*, p. 378.

3 Preyer, *loc. cit.*, p. 303.—B. Pérez, *loc. cit.*, p. 141

4 *Ibid.*, p. 211.

5 *Ibid.*, pp. 102-103.

curando á menudo adivinar en los ojos del interrogador la respuesta que convenga dar ¹ para contentarle, y, en esto, á veces, el niño hace lo mismo que el hombre primitivo.

Para el juicio limitado del niño, todo se halla en el mismo plano, y los puntos secundarios suelen dominar á los más importantes ².

Lo mismo también que el hombre primitivo, el niño aprecia muy difícilmente el tiempo. Las palabras *horas, minutos, días, etc.*, no tienen para él valor determinado, y con dificultad se hace cargo del tiempo transcurrido. Lo mismo que el salvaje, los sucesos que tienen importancia para él, los que más le impresionan, le sirven de jalones cronométricos, y no las abstractas medidas de nuestros calendarios. A decir verdad, para el niño no hay pasado ni porvenir; como el salvaje vive casi exclusivamente en el momento presente y le cuesta mucho comprender y retener las nociones numéricas, demasiado abstractas para él, costándole un notable esfuerzo aprender á contar sus dedos. Hasta en los niños inteligentes de cuatro á cinco años se observa la imposibilidad de contar más allá de la primera decena.

En su observación del mundo exterior, el menor cambio de circunstancias desorienta á los niños. Una niña, viendo la luna en sitios distintos del cielo, creía que eran lunas diferentes ³. Por eso mismo es muy difícil á los niños dar informes exac-

1 Preyer, *loc. cit.*, pp. 236-237.

2 *Ibid.*, p. 60.

3 B. Pérez, *L'Art et la Poésie de l'enfant*, p. 42.

tos ni describir, aunque sea superficialmente, los lugares donde han estado, ni referir siquiera con aproximación lo que han visto ó los sucesos á que han asistido; y cuando expresan un juicio algo lógico y preciso, hay que preguntarse si acaso repiten palabras oídas ó aprendidas, lo cual es también una debilidad mental particular del hombre primitivo.

Siempre á la manera del hombre primitivo, el niño no se moraliza sino adoptando costumbres, ó tomando las prescripciones morales como órdenes de las personas á quienes está acostumbrado á obedecer; pero en esa especie de domesticación apenas interviene el razonamiento. Un hábil psicólogo de la infancia nos dice que cuando era niño no distinguía la voz de su conciencia de la de su preceptor; hasta esa misma conciencia moral tomaba forma antropomórfica y se le presentaba como un domine viejo y gruñón, vestido de negro y con antiparras ¹. Esto es debido á que, para el «alma» del niño son absolutamente inconcebibles las entidades de nuestros psicólogos; lo que ellos necesitan es lo concreto y lo palpable, y en esto, fuerza es reconocerlo, más se acerca el niño á los hombres de ciencia que á los dedicados á la abstracción de quintesencias. He ahí por qué, no sin dificultad, se llega á extraviar su inteligencia realista, persuadiéndole que lo imaginario y lo impalpable constituyen la realidad por excelencia.

1 B. Pérez, *loc. cit.*, p. 235.

VII. — EL LENGUAJE DEL NIÑO

Entre las numerosas adquisiciones mentales hechas por el niño durante los primeros años de su vida, no hay nada más admirable que la del lenguaje articulado, y también en este punto podemos reunir útiles datos acerca de la evolución de la inteligencia infantil. Sabido es cuán fácil y rápidamente adquiere el niño el lenguaje hablado: esta adquisición responde á toda una preformación orgánica y psíquica. En efecto; sólo en la especie humana adquiere gran desarrollo el órgano cerebral del lenguaje, la tercera circunvolución frontal izquierda. En los animales y en nuestros microcéfalos está, por el contrario, reducida y adelgazada. En el niño normal, sin alcanzar aún su desarrollo máximo, tiene ya un volumen notable; existiendo además en el recién nacido, en estado de coordinación orgánica heredada, todo un mecanismo verbal dispuesto para funcionar después de suficiente sollicitación, que el curso y los incidentes de la vida le suministran durante los primeros años. No hay duda que no nace ningún niño con la posesión latente de una lengua dada: para hablar, tiene necesidad el niño de oír hablar, y nuestros sordo-mudos son mudos sólo porque son sordos. Más de una vez he citado el experimento, y he de recordar aún, hecho en las Indias por el emperador Akbar, y que un misionero, el P. J. Javier, sobrino de Francisco Javier, oyó referir al mismo monarca en 1594. El

sultán indio tuvo, como antiguamente el faraón Psammético, la idea de hacer un experimento *in anima vili* sobre la génesis del lenguaje. Para esto mandó criar juntos treinta niños en un sitio apartado, bajo el cuidado de nodrizas y guardianes sujetos al silencio absoluto bajo pena de muerte. Así aislados los niños, sin oír jamás palabra humana, llegaron á la adolescencia estúpidos y mudos, sin otro lenguaje que algunos gestos relativos á las necesidades animales ¹. Practicado de esa manera, el experimento de Akbar no podía evidentemente dar otros resultados: si, por el contrario, los niños hubieran sido libres, si juntos hubieran vivido, jugado, corrido y pasado por todos los incidentes y las variadas aventuras de una existencia completa, sus relaciones, sus necesidades y sus sentimientos en contacto y en conflicto hubieran muy probablemente despertado en ellos la facultad latente del lenguaje hablado y les hubiera conducido á crear una lengua especial para su uso, pobre y grosera seguramente, pero, no obstante, articulada. Obedeciendo á incitaciones de este género es como, en las aldeas de los salvajes, los niños completamente abandonados á sí mismos imaginan nuevos dialectos inteligibles para ellos solos.

Un observador de la infancia nos dice que el mecanismo periférico del lenguaje articulado se halla en estado de funcionar en el niño desde la séptima semana ². Los sonidos vocales proferidos

1 El P. Jouvencey, *Hist. de la Comp. de Jesus*, t. XVIII, n.º 14.

2 Preyer, *loc. cit.*, p. 344.

durante el primer mes no suelen ser más que vocales ¹; pero el lenguaje primario y suficientemente expresivo es el de los gestos, y de éste usan los niños sordo-mudos exactamente lo mismo que los niños normales; de manera que en un principio no se sospecha su falta ². Desde luego también producen sonidos articulados arbitrarios, que no entienden ³, y que son sin duda el producto de su actitud hereditaria para el lenguaje hablado. Este lenguaje de los gestos pronto se vuelve mímico, y suple al lenguaje hablado siempre que por cualquier motivo no puede el niño aprender un lenguaje articulado.

¿Existe una aptitud cualquiera, una facilidad mayor para aprender mejor un lenguaje que otro, por ejemplo, la lengua de su país, de sus antepasados? No lo parece: todo niño normal puede adquirir, y con igual facilidad, una lengua cualquiera, y aun varias simultáneamente, á condición de oírlas hablar suficientemente á su alrededor.

Además el niño comprende muchas palabras antes de hablar; no siéndoles necesarias las palabras para adquirir una multitud de nociones simples, que por sí mismas se imprimen en su cerebro á medida que recibe sus sensaciones é impresiones. Hasta se ha dicho, y con razón, que el registro mental de esas nociones primarias es previamente indispensable para comprender el sentido de las primeras palabras aprendidas ⁴.

1 Preyer, *loc. cit.*

2 *Ibid.*, p. 312.

3 Romanes, *Evolution mentale chez l'homme*, p. 261 (nota).

4 Preyer, *loc. cit.*, p. 353.

Esperando que comprenda realmente la significación de algunos vocablos, el niño puede ya adivinar el sentido de algunos de ellos únicamente según las variaciones del tono y del timbre de la voz. No son completamente perdidas las palabras que las madres dicen sin cesar á sus hijos, en cuanto los toman en sus brazos, y después, cuando el niño percibe el sentido de las palabras, lo que comprende sobre todo en ellas es el valor expresivo de su acento tónico, de su vocal acentuada, á la cual, al hablarle pudiera reducirse prácticamente la palabra¹. Por esa misma razón prefiere el niño, á las conocidas, las palabras nuevas, extrañas á su oído; pero si se le pronuncian esas palabras desconocidas con acento demasiado enérgico, ve en ellas un sentido pasional, una injuria, por ejemplo². Bajo esta relación, muchos incultos hijos del pueblo se parecen á los niños: á este propósito recuerdo que mi profesor de retórica se complacía en referirnos el caso de una vendedora ambulante que se consideró altamente ultrajada porque se le llamó con tono despreciativo: «Vieja *catacresis*.»

Por la misma razón fonética, agradan al niño y admira las palabras polisilábicas, que son ricas en sonidos y se prestan mejor que las otras á una dicción enfática³. Ese gusto infantil es también el de los salvajes, que admiran mucho la grandilocuencia, independientemente del sentido, y hasta

1 Preyer, *loc. cit.*, p. 315.

2 B. Pérez, *L'Art et la Poésie chez l'enfant*, p. 131.

3 *Ibid.*, p. 132.

componen cantos inarticulados, especie de romances sin palabras ¹.

Hemos de observar también que el lenguaje de nuestros niños y el de los primitivos tiene otro lado común: la práctica y el gusto de las metáforas, de las imágenes anímicas; á lo que hay que añadir, que en unos y otros, el giro metafórico resulta, por una parte, de la misma indigencia de su vocabulario, que obliga incesantemente á recurrir á comparaciones, ya que la metáfora es una comparación muy viva á causa de ser abreviada.

VIII. — LA VIDA ESTÉTICA DEL NIÑO

Hay un lado de la vida intelectual que toca también muy de cerca á la vida sensitiva al mismo tiempo que pone en juego la inteligencia; me refiero á la vida estética. Los colores vivos, los objetos nuevos pronto impresionan al niño; hasta parece que las impresiones visuales le interesan antes que las del oído, siendo probable que el sentimiento vanidoso del adorno tardase más en despertarse si las madres ó nodrizas no apresurasen su manifestación, aunque de todos modos los colores vivos y claros cautivan la atención infantil desde los primeros meses de la vida ². La educación parece tener grande influencia sobre la dirección que toman esos primeros gustos estéticos: por eso los niños no

1 Véase mi *Evolution litteraire*.

2 B. Pérez, *loc. cit.*, p. 40.

suelen tener el culto sentimental de las flores, sino en el caso de haber sido criados por sus madres y educados aparte como si fueran niñas ¹. Las imágenes reflejadas en un espejo pronto impresionan al niño, dándole la ilusión completa de la realidad: el hijo de un psicólogo de la infancia, Preyer, tenía más de un año cuando le acudió la idea de buscar detrás del espejo la imagen que veía en él ².

La relativa indiferencia del niño por las flores atestigua, por otra parte, que la olfacción, tan inferior como pueda ser desde el punto de vista psicológico, no tiene en la mentalidad primitiva sino una participación muy escasa.

Desde los primeros meses de la vida percibe el niño la voz hablada y el canto, habiendo niños que cantan mucho antes de hablar, y su grito se hace modulado después del octavo mes ³. Al cabo del primer año, las sensaciones é impresiones auditivas se adelantan á las de la vista y contribuyen más que éstas al desarrollo psíquico; pero lo que afecta sobre todo al niño, lo que le da impresiones y emociones interesantes es la voz humana ⁴, cuyas variaciones de tonalidad y de timbre ⁵ aprecia en seguida desde el punto de vista expresivo y afectivo. Por el contrario, el sentido verdaderamente musical no suele desarrollarse antes de los cuatro ó cinco años. He conocido una niña que, á esa edad, no

1 B. Pérez, pp. 86-87.

2 Preyer, *loc. cit.*, p. 446.

3 Garbini, citado por B. Pérez, *L'Enfant de trois à sept ans*, página 313.

4 Preyer, *loc. cit.*, p. 150.

5 B. Pérez, *loc. cit.*, pp. 161-171.

podía aprender una tonada, aunque procuraba cantar las que oía, pero al ejecutarlas transformaba las más variadas melodías en un canto monótono casi siempre el mismo. No obstante, en esa edad, los niños que tienen oído cantan mucho, gustándoles más cantar que hablar ¹, y prefiriendo siempre la música cantada á la instrumental; lo que necesitan es la voz humana ².

Para el estudio de la evolución intelectual en el género humano, es particularmente útil conocer las aptitudes gráficas del niño. En efecto, desde que el niño ha acumulado en su memoria un tesoro suficiente de huellas que pueden revivir, dejadas por las sensaciones visuales, siente la necesidad de exteriorizarlas, de realizarlas en imágenes artificiales: de ahí los dibujos que muchos niños y muchos salvajes se complacen tanto en trazar. En mi opinión, como ya he tenido ocasión de manifestar repetidas veces, el dibujo rudimentario es más antiguo, más primitivo que el lenguaje articulado, porque es menos difícil que la palabra y al mismo tiempo más expresivo que los pobres lenguajes articulados de los grupos humanos más inferiores. He ahí por qué las razas humanas más humildes son precisamente las que más uso hacen del dibujo, y como el arte prehistórico de la edad del reno, que quizá se ha admirado con exceso desde el punto de vista estético, puede muy bien atestiguar únicamente la indigencia de la lengua hablada á la cual había de suplir.

1 B. Pérez, *L'Art et la Poésie chez l'enfant*, p. 304.

2 *Ibid.*, p. 166.

Es cierto que nuestros niños no tienen la habilidad artística de los hombres de la edad del reno; pero, como ellos, recurren al dibujo para expresar las imágenes mentales que les cautivan ó les interesan por el momento; como los de los primitivos, esos dibujos no tienen intención artística alguna, son calcos groseramente aproximativos, simples medios de expresión y tienen el carácter de equivalencia del lenguaje hablado del niño. Así como para el niño una palabra se resume en un sonido, el de la vocal tónica, su dibujo no es más que una reducción de la imagen mental que le preocupa, y expresa solamente el rasgo saliente de esta imagen, el detalle que ha fijado su atención ¹. Si el niño y el hombre primitivo se limitan frecuentemente á dibujar al rasgo sin colorear sus imágenes, no es porque desdeñen el color, es que no tienen á mano el medio de servirse de él; pero uno y otro lo emplean con gusto cuando la ocasión se presenta.

Otras muchas analogías gráficas pueden hallarse entre el niño y el primitivo; en primer lugar la dificultad de comprender un dibujo hecho por otro. El niño no suele comprender el sentido de un dibujo antes del segundo ó tercer año, y lo que le interesa casi únicamente son las figuras de hombres ó de animales ². El paisaje, por el contrario, no dice nada al niño, y seguramente hay cierto momento de su evolución mental en que no lo comprende mejor que los salvajes. Hombres primitivos y niños

¹ B. Pérez, *loc. cit.*, pp. 186, 196-197.

² *Ibid.*, p. 86.

civilizados atestiguan la misma incapacidad artística, y por ella se observa que aunque sus figuras, humanas ó animales, estén casi siempre de perfil, el ojo le representan siempre de frente.

Ya en el curso de este capítulo, hablando de los juegos del niño, he señalado su gusto por la exteriorización de sus imágenes mentales. A decir verdad, para el niño, el juego responde á la misma necesidad que el dibujo, sino que la satisface de una manera mucho más viva, sabiendo el niño animar á su manera las cosas que para nosotros son insignificantes y crearse así espectáculos palpitantes de interés y en los cuales es á la vez espectador y actor. Un hermoso ejemplo de esta imaginación creadora nos lo dá el Sr. B. Pérez, refiriendo como unos niños, de los cuales el mayor tenía ya catorce años, imaginaron ver en una olla en que se cocía la comida el infierno cristiano: la olla era la caldera de la venganza divina: las legumbres y las verduras representaban los condenados, y cuando el hervor del caldo los subía á la superficie, el mayor de los niños, ministro de la cólera celeste, los sumergía con el tenedor en el abismo ardiente ¹.

Parece, no obstante, que esa imaginación dramática de los niños no concuerda bien con nuestras representaciones escénicas, debido quizá á que se enlazan con demasiada perfección. Como quiera que sea, el niño no se interesa mucho por nuestros espectáculos, y no retiene sino algunos detalles,

1 B. Pérez, *loc. cit.*, p. 276.

secundarios para nosotros, como por ejemplo, los ademanes de un actor, algunas entonaciones, etc., á causa de que su naturaleza mental no logra mezclarse activamente á esos juegos de adultos que llamamos representaciones dramáticas. Mucho más le gustan los juegos mímicos, en los espectáculos que se da incesantemente á sí mismo, completamente á la manera de los primitivos de toda raza, cuando representan con la mímica, danzando y cantando, escenas de caza, de guerra, de amor, etc. Sabemos que en las sociedades primitivas, esas representaciones mímicas, en las cuales tomaba parte todo el mundo, han constituido la poesía original de las razas humanas. Los juegos de los niños tienen el mismo carácter, resultan de una misma necesidad mental y son también manifestaciones poéticas, de una poesía espontánea, aunque muy rudimentaria, tal, en resumen, como puede concebirla y crearla la infancia.

IX. — GÉNESIS DE LAS IDEAS GENERALES EN EL NIÑO

Generalizar es necesariamente abstraer, considerar una cualidad que poseen cierto número de objetos ó de seres del medio exterior, independientemente de las diferencias que les distinguen. Se ha negado con frecuencia al niño el poder de abstraer, y, por consecuencia, de generalizar; mas para emitir semejante aserción es preciso filosofar *a priori* y no haber seguido jamás la evolución men-

tal de un solo niño ¹. El niño intenta generalizar sin tregua, pero lo hace á su manera, informándonos claramente sobre este punto el primer lenguaje que se ha creado. Hacia la edad de año y medio el niño balbucea al mismo tiempo que comienza á distinguir su yo del mundo exterior, y desde entonces las impresiones y sensaciones que experimenta dejan marcas en su cerebro, que son las huellas de las imágenes percibidas que se mezclan á las sensaciones presentes. La primera lengua del niño, la que se crea, es onomatopoyeica é interjeccional; las palabras que la componen, exclamaciones ó voces imitativas, son simples fenómenos reflejos; pero la huella mental de cada uno de ellos puede servir de base á un trabajo psíquico, que es siempre la generalización inhábil de un caso particular. Para fijar las ideas, citaré un ejemplo, como pueden encontrarse así á lo menos muchos en un niño cualquiera en período de génesis verbal.

1 Taine, *Intelligence*, t. I, p. 39. — *Nacimiento de los nombres generales*: Damos á los niños un objeto particular... y, con un instinto de emisión semejante al de los loros y los monos, repiten el nombre que acaban de oír. — Después, delicadeza de impresión: se dice ante un niño « papá, » mostrándole su padre; tartamudea la misma voz, pero la entiende á su manera: todos los hombres groseramente análogos serán papás.

T. II, p. 247: Un niño dice *guau-guau*, á propósito del perro de la casa, de todos los perros, de un perro mecánico de cartón, de un perro de bronce, de los perros pintados en una pantalla transparente, y así repite la palabra 53 veces.

Página 248: La menor analogía entre dos datos basta para que el nombre atribuido á la primera sea aplicado á la segunda.

Página 250: Un niño de quince meses aprende á los dos ó tres años las palabras principales de la lengua usual y familiar... El niño inventa y descubre incesantemente por sí mismo. No hay época en su vida en que su inteligencia sea tan creadora.

El sujeto tiene unos quince meses; está en el campo y se interesa por cuanto le rodea, sobre todo un gato blanco, y especialmente por el pelo de ese animal, que es de una blancura brillante, suave al tacto y en el cual no se cansa de meter sus manos. Para designar ese gato tan interesante ha creado una palabra onomatopoyeica, *ñaña*, que tiene por una imitación del maullido. Seis meses después, ya en pleno invierno, el niño está en brazos de su madre y, á través de los cristales de una ventana, ve caer los copos de nieve, cuya blancura inmaculada hace revivir en su memoria el recuerdo y la imagen del gato tan admirado, y llama *ñaña* á la nieve. La asimilación no puede resultar aquí más que de una abstracción; pero el niño estaba entonces en pleno trabajo de creación verbal; creaba más palabras que aprendía, y sobre todo prefería las suyas á las otras: para él, el sentido de la palabra *ñaña* había evolucionado poco á poco, ensanchándose, y si primeramente sirvió para designar toda clase de pieles, luego los cabellos, después los sabores agradables, llegó por último á expresar toda sensación ó expresión extremadamente delectables; pero entonces pareció comprender el pequeño lingüista que esa extensión excesiva del sentido dado á su palabra favorita tenía necesidad de ser notada, y entonces añadió á la pabra *ñaña* un sufijo que tiene el carácter de una exclamación admirativa: *ñaña oh*.

En el lenguaje infantil son muy comunes las evoluciones verbales de ese género, y lo serían mucho más si los niños no encontrasen en su rededor una lengua formada que han de aprender for-

zosamente. Pero su inclinación á crear palabras propias, la manera con que lo hacen, nos obligan á retroceder á la génesis del lenguaje hablado en las razas primitivas, como lo atestiguan las lenguas que han permanecido infantiles, las que hablan aún ciertos pueblos de raza inferior, de las cuales pronto nos ocuparemos.

X. — LA PSICOLOGÍA ANIMAL Y LA DEL NIÑO

Como es natural y como acabamos de ver, la evolución mental en el niño concuerda en sus rasgos principales con la evolución correspondiente, considerada en todo el reino animal. Esta analogía fortifica singularmente aquella teoría tan verosímil, según la cual, la evolución individual, en una especie orgánica superior, no es sino una recapitulación abreviada de las fases progresivas por las cuales ha debido pasar esta misma especie. Y como el tipo humano es con mucho la forma más elevada del reino animal, los primeros estados de su vida física deben trazar, resumiéndolos y condensándolos, los rasgos graduados de la jerarquía mental, que, en el mundo viviente, se desenvuelve desde los organismos más inferiores hasta los más desarrollados.

En efecto, siguiendo las fases psíquicas de la evolución infantil desde el nacimiento hasta la edad de tres ó cuatro años, se ve extenderse poco á poco la vida nerviosa: primeramente la simple motilidad; después aparece la conciencia nerviosa, al principio

confusa y vacilante, pero precisándose poco á poco á medida que percibe cada vez más claramente impresiones y sensaciones. Al mismo tiempo que estas modalidades coloreadas de la vida de la conciencia, nacen correlativamente los deseos, después la voluntad y en último término el pensamiento, comprendiendo la memoria, la imaginación, la inteligencia y la razón. Este despertar del pensamiento es la floración suprema de la vida consciente y está destinado á tomar en el adulto un desarrollo inaccesible al más inteligente de los animales. Conviene, pues, antes de abordar el asunto principal de este libro, es decir, la psicología experimental de las sociedades, completar nuestros preliminares resumiendo los datos principales que nos puede suministrar el estudio general de lo que se ha llamado «el alma humana.»

CAPÍTULO III

La vida de conciencia en el hombre

SUMARIO. — I. *La esencia de «el Espíritu» ó de «el Alma.»* la conciencia, propiedad de las células nerviosas; su evolución en el reino animal; el substratum biológico de los hechos de conciencia; el yo psíquico; límites de la conciencia. — II. *Las marcas nerviosas:* la impregnación, sus reviviscencias; locuras motrices; la impregnación nerviosa y la memoria; aptitudes adquiridas y heredadas; los residuos psíquicos y el carácter; las intuiciones hereditarias; los archivos mentales en los centros nerviosos. — III. *Las sensaciones y los recuerdos:* Sensaciones localizadas y sensaciones exteriorizadas; estrecha conexidad de las «facultades.» — IV. *Del deseo y de la voluntad en el hombre:* Su estrecha analogía; la jerarquía de los deseos; del libre albedrío. — V. *Los sentimientos y los afectos:* la vida nutritiva y la vida de relación; los ganglios centros de acción refleja; su sensibilidad. — VI. *Del pensamiento:* esencia del pensamiento; las «facultades,» seres de razón; la intuición mental y su acción; las marcas nerviosas y los sentimientos; el juicio intuitivo; la intuición y la mujer. — VII. *De la acción de la intuición en la evolución social:* génesis del sentido estético; de las intuiciones morales.

I. — LA ESENCIA DE «EL ESPÍRITU» Ó DE «EL ALMA»

En los dos precedentes capítulos hemos podido reducir por el análisis los fenómenos psíquicos á un corto número de categorías, que por sí mismas se refieren á propiedades de la substancia nerviosa, más exactamente al cerebro, el único órgano que posee la propiedad psíquica por excelencia: la con-

ciencia. Me apresuro á añadir una vez más que por la palabra «conciencia» entiendo solamente la propiedad, especial á ciertas células nerviosas, de sentir las modificaciones moleculares que se efectúan en su intimidad y son la razón de ser de todos los fenómenos llamados psíquicos; es decir, que conservando este epíteto «psíquico,» lo hago bajándole del cielo de la pura especulación al terreno material de la fisiología. Harto tiempo han servido la graciosa *Psyché* de los griegos y el *Spiritus* de los latinos, concepciones de las más primitivas, puesto que se encuentran entre los salvajes más inferiores, para disfrazar la ignorancia de los psicólogos. Las groseras ilusiones anímicas han dado á la pseudociencia del espíritu una base tan ilusoria como ellas; pero constituyen una supervivencia y van á sufrir la suerte trágica de su análogo el *Principio vital*, que durante largos siglos reinó en el dominio biológico.

¿Quién puede negar hoy seriamente que los llamados fenómenos psíquicos siguen paso á paso, como esclavos dóciles, los fenómenos fisiológicos y biológicos? En los organismos más rudimentarios, en aquellos en que la ganga homogénea de todos los tejidos vivientes, el protoplasma, no se ha diferenciado aún, en las amibas, por ejemplo, se ve ya una motilidad confusa, pero ninguna traza de conciencia. La existencia de esa propiedad superior hasta es dudosa aun en los radiados más simples, siendo necesario llegar á los moluscos superiores y á los artrópodos para encontrar actos evidentemente conscientes, aunque con frecuencia de una con-

ciencia muy rudimentaria todavía. Hasta en las especies aristocráticas, cualquiera que sea la clase zoológica á que pertenezcan; allá donde la mentalidad es más ó menos análoga á la del hombre, ese desarrollo de la conciencia significa solamente que la substancia nerviosa se ha diferenciado, al mismo tiempo que se agrupaba, se acumulaba, para formar centros, que son ganglionares en las hormigas, cerebrales y medulares en los mamíferos superiores y el hombre. La embriología nos traza además la historia de esta evolución. y, en el hombre, en el *homo sapiens*, el desarrollo embrionario recapitula abreviando las grandes fases orgánicas de ese gradual y lento progreso.

Por otra parte, la fisiología deponen en el mismo sentido, estableciendo que, en el hombre, como en el animal, todos los actos de la vida de relación, lo mismo la producción de un pensamiento que la ejecución de un movimiento voluntario, resultan invariablemente fenómenos esencialmente biológicos. Siempre, y sin excepción posible, acompaña al pensamiento un cambio molecular en la substancia de las células nerviosas, dotadas de conciencia, puesto que se ven esas células, químicamente neutras en estado de reposo, acidificarse cuando funcionan psíquicamente. Y este cambio en la intimidad misma de la substancia celular no es sólo paralelo al pensamiento, sino que es su condición; sin él no es posible ningún hecho de conciencia, en tanto que al contrario aparecen fenómenos psíquicos en cuanto se efectúa en las células nerviosas apropiadas la reacción química necesaria.

Contra toda razón, pues, nuestros psicólogos subjetivos se obstinan todavía en eliminar de sus especulaciones todo el lado biológico de la mentalidad, y van, más que á reconocer una brillante verdad, hasta resucitar la antigua armonía preestablecida de Leibnitz. A creerles, los actos psíquicos y los actos fisiológicos se desarrollarían en los centros nerviosos en dos series sincrónicas, pero independientes, que, como las paralelas de la geometría abstracta, no podrían encontrarse jamás. En resumen, el pensamiento se avecinaría á la célula nerviosa, pero sin frecuentarla seriamente. Pasemos, y no veamos en esa atrevida paradoja sino el supremo expediente á que una concepción metafísica reducida al último extremo recurre para no declarar su irremediable bancarrota. Que la vida mental sea simplemente el lado consciente de la vida orgánica, es una grande y sencilla verdad que no puede negarse razonablemente.

Del mismo modo, el sentimiento de la personalidad, del yo psíquico, á propósito del que sutiles argumentadores han ejercido su facultad de raciocinio, no es también sino el sentimiento de la unidad orgánica ó, por mejor decir, de una porción de esta unidad; puesto que, aun en el hombre, toda una federación de centros nerviosos secundarios existe y funciona debajo del horizonte psíquico. En efecto, aun en el hombre, las grandes funciones nutritivas van sustrayéndose poco á poco á las órdenes ó á los caprichos de la voluntad, y su inervación recuerda aún la de los artrópodos, cuyos segmentos torácicos y abdominales, aunque sepa-

ra
vi
ej
...
cie
me
hu
ha
su
le
sic
co
tr
no
ac
lar
en
ga
tr
la
ap
ta
in
si
in
ta
es
vi
co
lle

rados artificialmente por una vivisección, continúan viviendo, sin embargo, cada uno por su cuenta y ejecutando movimientos complejos y coordinados.

La conciencia mental no es, pues, sino la conciencia suprema cerebral; y el cerebro es perfectamente inconsciente de todo lo que, en el organismo humano pasa por bajo de su horizonte propio. Aun, hasta en ese dominio restringido, la conciencia sufre más de una ausencia ó de un eclipse. Maudsley observa con razón que la conciencia no nos dice siquiera que tenemos un cerebro ¹. Y sucede que, como los sentidos superiores, sus principales instrumentos de investigación, la conciencia humana no localiza, al menos en lo que concierne á los actos intelectuales. No hay duda que esta particularidad mental ha contribuído mucho á la creencia en un alma inmaterial que se cierne sobre los órganos. Así, cuando, á consecuencia de una aptitud transmitida durante ciclos cronológicos á través de la inmensa cadena de las generaciones ancestrales, apreciamos de una mirada y por intuición la distancia, el tamaño, la forma de los objetos en un instante indivisible, podríamos creer efectivamente, si la observación y la experiencia no nos hubieran informado plenamente, que esta iluminación mental no tiene nada que ver con la fisiología. Débese esto á que la perfecta encarnación de los actos nerviosos reduce siempre al *mínimum* la acción de la conciencia. La palabra, por ejemplo, acaba por llegar á la inconsciencia del acto reflejo; se puede

1 Maudsley, *Physiologie de l'esprit*, p. 21.

decir que todo el mecanismo nervioso y complicado, que es necesario á su producción, se extiende y se desarrolla como un resorte sin que pensemos en ello. Asimismo, durante el sueño, la conciencia, al menos en lo que tiene de centralizada, se desvanece, dejando el campo libre al desorden de las marcas mentales y de los mecanismos nerviosos registrados de larga fecha; pero esta propiedad tan fundamental de la impregnación, que existe igualmente en el animal y en el hombre, porque es esencial al mismo tejido nervioso, merece un examen particular: esa propiedad es la base primordial de toda la evolución psíquica y sociológica.

II. — LAS MARCAS NERVIOSAS

La propiedad nerviosa de la impregnación es lo que hace posible la domesticación de los animales; pero se manifiesta más claramente en el hombre, que es el más domesticado de los animales, sino que para el hombre la domesticación se llama civilización. Después examinaremos el lado psíquico de las influencias que modifican la naturaleza moral del hombre, que le civilizan ó le degradan mentalmente; por el momento sólo nos ocuparemos de la impregnación nerviosa en sí misma.

Nada sabemos aún acerca de la esencia orgánica, íntima, de la modificación molecular sufrida por la célula nerviosa cuando una influencia apropiada, interna ó externa, orienta de una manera estable y en un sentido dado las vibraciones de las partículas

materiales que la constituyen; esa química psíquica escapa á nuestros actuales medios de investigación, y nos vemos reducidos á no considerar sino el hecho en bruto. Dos estadios de evolución pueden hacerse constar en él, y ambos se refieren á la duración del fenómeno, que puede ser individual ó pasajero, ó general y hereditario: el sueño y el delirio son ejemplos muy comunes del primer caso. Han de tenerse aquí en cuenta esas revivificaciones patológicas de conocimientos adquiridos en otro tiempo y olvidados después; por ejemplo, el caso de aquellos enfermos que, en el momento de morir, se acuerdan de las lenguas de que habían perdido todo recuerdo. Sobre este asunto se ha citado mucho el caso de la criada de Coleridge, que, á consecuencia de un accidente patológico, se puso á hablar hebreo, ó al menos á decir palabras hebreas, recuerdos latentes hasta entonces y que databan de un período lejano de su vida durante el cual había estado al servicio de un pastor hebraizante ¹; y el de aquellos niños, que habiendo aprendido con la memoria especial de su edad, varias lenguas, no pueden responder sino en la lengua que se les habla ². En este caso, el mecanismo mnemónico no puede entrar en actividad sino bajo la influencia de una excitación especial.

La médula espinal, más aún que el cerebro, es susceptible de esas impregnaciones funcionales. Primeramente coordina cierta cantidad de movimientos complejos, variados y combinados que una

1 Maudsley, *loc. cit.*

2 *Ibid.*, p. 216.

larga repetición ha registrado en sus células. Algunos desórdenes especiales, como la ataxia locomotriz y el calambre de los escritores, trastornan esas impregnaciones y son verdaderas locuras de la médula, locuras motrices.

La mayor ó menor aptitud de los centros nerviosos para registrar coordinaciones de movimientos y asociaciones motrices, corresponde exactamente á la memoria intelectual. Hay muchas de esas inscripciones sobre el registro nervioso que remontan hasta los orígenes de la humanidad; otras, en gran número, que han sido adquiridas en el curso de la evolución social, y, como las primeras, se han hecho automáticas y hereditarias. La actividad mental consciente, el pleno ejercicio de las altas facultades del espíritu, no pueden prescindir de este concurso automático é inconsciente ¹.

Al lado y muy cerca de esas adquisiciones completas, hay que colocar las tendencias, las aptitudes heredadas, que, para manifestarse, tienen también necesidad de sollicitaciones especiales, de ocasiones, de una cierta educación. Por eso nuestros niños no hablan sino á condición de oír hablar, ¡pero con qué maravillosa facilidad! mientras que hasta el presente ni los perros ni los monos han adquirido la facultad del lenguaje articulado. Sin embargo, la historia de la evolución del lenguaje demuestra claramente que la palabra ha sido para el hombre una adquisición muy lenta y muy penosa. Me propongo después y en el curso de esta

¹ Maudsley, *loc. cit.*, p. 133.

obra trazar esta interesante evolución del lenguaje, desde su origen hasta la fase última en que el lenguaje acaba por producirse con una inconsciencia análoga á la de una acción refleja.

Ahora bien, eso mismo sucede con la mayor parte de nuestras acciones comunes y cotidianas, que, conscientes y queridas en su origen, se han transformado más ó menos completamente en acciones automáticas, las cuales se desarrollan sin recuerdo, sin volición, sin razonamiento, en cuanto se producen las impresiones iniciadoras y necesarias ¹. Tal es el caso de las aptitudes ancestrales más encarnadas, de aquellas cuyo automatismo perfecto se aproxima á los mecanismos necesarios, á las grandes funciones nutritivas, á la respiración, por ejemplo. Si la inscripción orgánica ha sido menos profunda, entonces es menos sólida y más débil. Así, todos, en nuestros países civilizados, descendemos de numerosas generaciones de antepasados que han llevado una vida rural, y, en consecuencia, nosotros nos adaptamos aún fácilmente á ese modo de existencia, á condición de dedicarnos á él desde nuestros primeros años; pero nada iguala á la torpeza, á la incapacidad manual y al apuro de un hijo de la ciudad endurecido, vástago de varias generaciones urbanas y reducido desde la infancia á trabajos de escritura ó de otras ocupaciones caseras, cuando ese desgraciado, demasiado civilizado, ha de luchar de repente con las necesidades laboriosas de la vida de los campos ².

1 H. Spencer, *Sociologie*, I, p. 494.

2 Lester Ward, *Psychic factors*, p. 207.

Hechos teóricamente idénticos se comprueban fácilmente respecto de la moralidad y del carácter. No hay duda que el carácter puede fortalecerse ó deteriorarse por la cultura, por el medio social; pero es notablemente sólido y resistente. El carácter es seguramente una adquisición heredada, un legado y un reflejo ancestral: cada uno de nosotros ha recibido efectivamente circunvoluciones cerebrales psíquicamente modeladas por la prolongada línea de los que nos precedieron en la vida, y que por su conducta nos han moralizado ó desmoralizado sin quererlo. En la substancia gris de nuestros lóbulos cerebrales residen aptitudes, que pueden desplegarse, inclinaciones que esperan ó cogen la ocasión de obrar ¹. Todo lo que constituye la superioridad cerebral de las razas superiores sobre las otras ha sido adquirido lentamente por la domesticación social, por la práctica, por el esfuerzo ó por la imposición, y de esas causas lejanas proviene la diversidad de los caracteres étnicos é individuales. Sobre la formación de los caracteres étnicos la historia puede algunas veces dar ciertos informes; mas para conocer cómo se han constituido los caracteres individuales, sería necesario poseer, respecto de cada individuo, archivos familiares mucho más completos que los de las familias reales ó aristocráticas. En términos generales, tenemos el derecho de afirmar que todos los sentimientos, todos los deseos, todos los pensamientos y todas las acciones de los antepasados han producido la forma-

1 Maudsley, *loc. cit.*, pp. 307-316.

ción de residuos psíquicos que nos predisponen á obrar y á sentir de tal manera y no de tal otra, y que hasta determinan las variaciones de carácter correlativo á las edades sucesivas de nuestra vida. Con mucha razón dice Maudsley ¹ que importa mucho más conocer psicológicamente el padre y la madre de un individuo, que saber quién fué su maestro de escuela. En efecto, lo innato mental, lentamente constituido á través de la cadena ancestral, es más fuerte que la educación escolar. Somos generosos ó egoístas, tímidos ó atrevidos, apocados ó arrogantes, batalladores ó pacíficos, hasta verídicos ó embusteros, sobre todo porque tales ó cuales de nuestros progenitores han poseído, han fortificado en ellos ó han adquirido esas cualidades ó esos defectos, que nos guían ó que nos extravían en el corto viaje de la vida.

Por el mismo mecanismo fisiológico y psicológico se forman, como justamente lo ha notado H. Spencer, intuiciones morales hereditarias, resultantes también de experiencias ancestrales, lentamente organizadas y transmitidas de generación en generación. Sin dar ni tratar de dar la teoría de ese gran hecho psíquico, Montaigne lo había ya notado cuando escribía: « Las leyes de la conciencia, que decimos nacer de la naturaleza, nacen de la costumbre; teniendo cada uno en veneración interna las opiniones y costumbres aprobadas y recibidas en su derredor, no puede desprenderse de ellas sin remordimiento, ni aplicarse á ellas sin aplauso...

¹ Maudsley, *loc. cit.*, pp. 345-346.

Las imaginaciones comunes, que encontramos acreditadas cerca de nosotros é infundidas en nuestra alma, *por la semilla de nuestros padres*, parece que sean las generales y naturales; por donde se advierte que lo que se halla fuera de los goznes de la costumbre, se le cree fuera de los goznes de la razón, con frecuencia muy irracionalmente ¹.»

Los centros nerviosos, especialmente los centros cerebrales con los millones de células que constituyen su substancia gris, deben, pues, ser considerados como archivos vivientes, donde se han conservado cada vez más profundamente las experiencias infinitamente numerosas de la especie durante el curso de su vida orgánica y social. Gracias á ese tesoro que aumenta siempre, la mentalidad general ha progresado, como el órgano mismo y porque también éste se desarrollaba. A decir verdad eso no es más que un caso particular que entra en la teoría de Lamarck, según la cual la función crea el órgano.

Gracias á esas marcas mentales, el hombre ha podido civilizarse, y también á causa de ellas se aferra enérgicamente al pasado y resiste al progreso como á un enemigo. Ya tendré ocasión de volver sobre estas últimas consideraciones más sociológicas que psicológicas. En este momento, debo sobre todo examinar, uno después de otro los principales modos de la actividad mental en el hombre.

1 Montaigne, *Essais*, I, c. XXII.

III. — LAS SENSACIONES Y LOS RECUERDOS

Antes de encarnarse en huellas de imágenes los centros nerviosos, de incorporarse en ellos, por decirlo así, el mundo exterior, con los innumerables objetos ó seres que le componen, provoca en nuestras células conscientes sensaciones é impresiones frecuentemente fugitivas, aunque muchas de ellas puedan persistir en estado latente y permanezcan mucho tiempo susceptibles de reviviscencia. Unas sensaciones, las más groseras, las menos intelectuales, se localizan por la conciencia, en los órganos especiales que han servido para percibir las; otras, las del oído y de la vista, se exteriorizan por el espíritu y parecen tener algo de inmaterial. No por eso están menos ligadas á su substratum nervioso y no podrían producirse sin las reacciones químicas, que son su misma condición de existencia. El juicio intuitivo de la distancia y de la forma que se identifica con nuestras sensaciones visuales, no es, por su parte, más que un resultado lentamente adquirido. Hasta para desarrollarse completamente, tiene necesidad, en nuestros niños, de cierta educación, y no existe preformado en el adulto ciego de nacimiento á quien se ha logrado dar la vista. Efectivamente, ese ciego curado necesita indispensablemente una educación práctica para aprender á ver bien, y desde luego los objetos que mira le parecen en contacto con sus ojos ¹.

1 Maudsley, *loc. cit.*, p. 220

No queriendo hacer aquí psicología pura y abstracta, no he de analizar en sí mismo el hecho psíquico de la sensación. Considerada en su conjunto, la sensación es simplemente la conciencia del contacto directo ó indirecto de un objeto. Las huellas dejadas en nuestras células nerviosas, de orden psíquico, por las sensaciones, son los recuerdos, es decir, sensaciones más ó menos claramente revivificables, y los unos y los otros, las sensaciones y sus imágenes debilitadas, almacenadas por la conciencia, constituyen el tesoro primordial de los materiales psíquicos, sin la ayuda de los cuales las propiedades ó facultades especialmente intelectuales quedarían totalmente paralizadas y anuladas. Pero la propiedad nerviosa, psíquica, gracias á la cual nuestras células conscientes conservan y pueden revivir en ellas la huella de las sensaciones pasadas, no es sino un modo de la facultad más general de impregnación, y refiriéndose á esta última, el análisis muestra claramente cuán artificial es toda la nomenclatura psicológica en uso; cuán estrechamente emparentadas entre sí están, en resumen, las *facultades* psíquicas admitidas por nuestros psicólogos. A decir verdad, el recuerdo no difiere esencialmente de la sensación de que es imagen, y la memoria, la *facultad* de la memoria, no es más que una hermana siamesa de la sensibilidad. Del mismo modo, como justamente lo hace notar H. Spencer, la memoria es más próxima pariente del instinto; en realidad no es sino un instinto naciente¹. Hago presente aun que, como todos los

1 H. Spencer, *Sociologie*, t. I, p. 479

hechos de conciencia, el recuerdo es la expresión psíquica de cierta orientación molecular, adquirida, en el seno de las células nerviosas, y dura estrictamente tanto como esta orientación. La pérdida de las palabras, de las intuiciones verbales, es orgánicamente del mismo orden que la pérdida de ciertas intuiciones motrices, por ejemplo, que el calambre de los escritores. El origen de la memoria no es, pues, psicológicamente, más ilustre que el de la sensibilidad y de la motricidad.

IV. — DEL DESEO Y DE LA VOLUNTAD EN EL HOMBRE

El deseo especialmente psíquico, el que no expresa una necesidad nutritiva, que no es un simple apetito, se enlaza también con la sensación ó más bien con una impresión sensitiva; es una apetencia provocada por el recuerdo de un placer anteriormente experimentado. Por consecuencia, el hombre siente tantos más variados deseos cuanto más rica es su provisión de recuerdos, que su cerebro está más amueblado. En la conciencia del hombre desarrollado se produce una incesante generación de deseos variados; pero el hombre salvaje pasa su pobre existencia corriendo tras la satisfacción de algunos deseos muy limitados y siempre los mismos, ya que el registro de su vida de conciencia sólo tiene un corto número de notas. Por el contrario, en el cerebro de un hombre inteligente é ilustrado a conciencia resuena sobre toda una escala de deseos.

Hablando de los animales y del alma animal, he tenido ya ocasión de señalar la esencial analogía psíquica entre el deseo y la voluntad. El primero, cuando no es la expresión de una necesidad fisiológica, el grito oído de los órganos pidiendo vivir se confunde con los apetitos y, si interesa la psicología, es sobre todo como término de comparación. Si, por el contrario, el deseo se refiere á la vida mental de orden superior; si es estético, sentimental, moral, social, intelectual, sucede todo de diferente modo; entonces se convierte en el gran resorte de la actividad, y veremos las razas humanas clasificarse tanto más alto en la jerarquía antropológica, representar las sociedades en el mundo y en la historia una misión tanto más brillante, cuanto que unas y otras son conducidas por deseos cada vez más elevados. Los deseos son, pues, los verdaderos factores de las civilizaciones, puesto que, bien ó mal, guían al género humano.

No he de discutir aquí la vieja cuestión del libre albedrío: no se pierde ya el tiempo en esta antigua concepción cuando se ha roto toda relación con las ilusiones metafísicas. La psicología, de esencia escolástica, nos dice bien en su barroco lenguaje, que la voluntad es una facultad distinta del espíritu, del espíritu inmaterial; que no ha sido *originada*, sino que produce actos *originados*¹. Dejemos decir á esa venerable persona; pero sabemos bien que en sí misma la voluntad no puede distinguirse del deseo, que es visiblemente *originado*, puesto

1 L. Ward, *Dynamic Sociology*, t. I., p. 401.

que resulta, sea de una necesidad orgánica, sea del recuerdo de una impresión. No ignoramos tampoco que en el hombre desarrollado abundan los deseos y necesariamente se contrarían y se estorban, y, por consiguiente, cuando siente simultáneamente dos ó varios escoge necesariamente el más enérgico de ellos y este deseo deliberado, este deseo vencedor es lo que se llama la voluntad. La libertad es, pues, antinómica á ese deseo-volición; pero un hombre es tanto más noble y tanto más útil socialmente cuanto los deseos que dominan en su conciencia son de cualidad más elevada. A la educación, á las leyes y á las instituciones corresponde el deber de formar, en tan gran número como sea posible, hombres en quienes el móvil más fuerte sea ordinariamente el móvil más noble; pero esos tipos humanos superiores no son en realidad más libres que los animales, pues que la idea del libre albedrío no es más que una quimera metafísica.

Un psicólogo como hay pocos, Maudsley, ha hecho en pocas palabras una irrefutable crítica de la teoría del libre albedrío basada en el sentimiento que se tiene de la propia libertad. «¿En qué momentos, dice, está el hombre más convencido que habla y obra con más libertad? cuando está borracho, cuando está loco ó cuando sueña ¹.» Otro sabio inglés ha resumido en términos filosóficos la vieja y lógica teoría del más fuerte móvil, diciendo: «La definición, que da la voluntad huma-

1 Maudsley, *loc. cit.*, p. 401.

na, como rigurosamente adecuada á su motivo, es en realidad la única base científica donde se la pueda colocar ¹. »

V. — LOS SENTIMIENTOS Y LOS AFECTOS

Cuando se mira la sensación ó más bien la impresión sensitiva, como la raíz del deseo, se tiene el propósito de simplificar el análisis y hacerle más demostrativo; de hecho, la realidad psíquica es más compleja; abraza también la vida sentimental, es decir, todas las impresiones de mal ó de bienestar, de pena ó de alegría, cuyas raíces principales no se sumergen en la vida de los sentidos propiamente dichos.

El sistema nervioso del hombre se divide en dos grandes departamentos: el aparato que rige particularmente la vida nutritiva, y el de la vida llamada de relación. El primero, el de la vida nutritiva, es de estructura inferior; puesto que se compone de filetes nerviosos, que son muy análogos á los de los moluscos; puesto que no tiene masa nerviosa centralizada, como la médula espinal y el cerebro. Los pequeños centros nerviosos nutritivos y los numerosos ganglios dispersos pueden no ser, y no son sin duda, en estado ordinario, sino centros de acciones reflejas; pero puede suceder que su sensibilidad se vuelva más ó menos consciente en ciertos casos particulares: el hecho parece cierto aun para los casos patológicos, en

1 Tylor, *Civilisation primitive*, p. 3.

que esos ganglios salen de su silencio habitual y nos hacen sentir y sufrir violentos dolores. Se admite también, y el hecho es verosímil, que pueden provocar en nuestra conciencia impresiones vagas, sentimientos de bien ó de malestar, de depresión y de alegría sin causa, simples ecos de la vida nutritiva, pero que influyen profundamente sobre toda nuestra vida de relación, sobre nuestro carácter, sobre nuestros sentimientos afectivos y nuestros deseos correspondientes. Mas esos sentimientos y deseos afectivos, ampliándose, llegan á ser sentimientos y pasiones de orden social, es decir, grandes hechos psíquicos, poderosos móviles morales que resultan fenómenos muy complejos de la vida mental: recuerdos evocados, imágenes redivivas, ideas suscitadas por todo ese trabajo psíquico ó de larga fecha inspiradas por la educación, por la vida social, etc. Pero evidentemente me es imposible penetrar en ese análisis demasiado complicado y he de limitarme á tocarle superficialmente¹.

Hay, por el contrario, un departamento de la psicología, sobre el cual conviene detenernos algo más; es el del pensamiento, tomando la palabra « pensamiento » en su más amplia acepción.

VI. — DEL PENSAMIENTO

Ya la vida emotiva y afectiva del hombre tiene una amplitud desconocida á los animales más su-

1 Véase mi *Physiologie des passions*, (passim).

periores en la jerarquía zoológica; pero la distancia mental entre nuestra especie y la del animal se ensancha mucho más aún cuando se trata del pensamiento, del *pensamiento* propiamente dicho. Por la palabra « pensamiento » entiendo el conjunto de los actos psíquicos de que la psicología subjetiva y con frecuencia puramente introspectiva ha sacado las más importantes de sus *facultades*, es decir, entidades mentales que somete en seguida á un análisis de los más abstractos y que aun ella misma divide y subdivide muy caprichosamente.

En el fondo, el pensamiento, el intelecto, si se quiere, el entendimiento, como se decía antes, no es de esencia superior á la sensibilidad, á la simple conciencia de las sensaciones: hasta se ha dicho con razón que la sensibilidad y el intelecto son, el uno respecto del otro, como el anverso y el reverso de una moneda ¹, debido á que el pensamiento puede considerarse como una comparación de sensaciones y de recuerdos, que resucitan, que se *representan*, si se quiere, sobre el plano de la conciencia. A esta capacidad de confrontación mental puede darse el nombre de *intelecto*, y la *idea* será la relación percibida y resultante de la confrontación.

Todo este trabajo psíquico se vuelve poco á poco más comprensivo y menos concreto á medida que se desarrolla la potencia mental ó cerebral; por consecuencia, las ideas producidas son cada vez más generales ó abstractas.

1 L. Ward, *Dynamic Sociology*, p. 281.

Ya tendremos ocasión de hacer constar esta evolución psíquica, cuando comparemos las diversas razas, y la vemos desarrollarse cada día ante nosotros desde la infancia á la edad adulta.

En la realidad, los diversos matices de las operaciones del espíritu son conexas y simultáneas. Como no hago en este momento más que psicología sociológica, al menos por su objeto, no he de disociar estas facetas psíquicas, frecuentemente más sutiles que reales; no he de expresar, por ejemplo, en qué difiere la *sensación*, resultante del contacto de un objeto, de la *percepción*, que reconoce este objeto; no he de decir cómo la comparación de las múltiples cualidades de un objeto, en vista de un fin que se quiere alcanzar, se convierte en un *juicio*, en un acto de la *razón*; pero entre todas estas facultades de los psicólogos, el lazo es de los más estrechos, y hasta podría hacerse de esos seres de razón una enumeración geneológica, á la manera evangélica: de la sensibilidad procede la memoria; de la memoria procede la imaginación; de la memoria y de la imaginación nacen la inteligencia y la razón.

Para nuestro objeto especial, que es sobre todo seguir la evolución mental á través de las razas y de las sociedades, podemos con mucha frecuencia considerar las actividades mentales en conjunto. En efecto, todas las divisiones y subdivisiones abstractas de los psicólogos tienen, á nuestro ver, menos valor que tal ó cual juicio concreto de un psicólogo práctico, por ejemplo, de Machiavelo, que, en su famoso tratado del *Principe*, nota tres

grados de capacidad mental en los hombres: « Los unos, dice, comprenden las cosas con la ayuda de sus solas facultades naturales; los otros tienen necesidad de que se les expliquen, y los últimos no las comprenden de ningún modo ¹. » Para juzgar comparativa y prácticamente el valor mental de los diversos grupos humanos, hemos de recurrir á menudo, no á finos y sutiles análisis psicológicos, sino á la apreciación general de las operaciones del espíritu que han producido los actos y las obras.

Por el momento, y antes de dejar el asunto que nos ocupa, quiero señalar una concepción sencilla y justa, recientemente emitida por un psicólogo americano que es á la vez un sociólogo, cuya vista general se refiere á la acción mental de la intuición. Por intuición, ha de entenderse una percepción instantánea de todo un grupo de hechos y de contingencias; las intuiciones, ó al menos la posibilidad de estas intuiciones, suelen resultar de una herencia ancestral; se realizan en el espíritu sin esfuerzo, sin razonamiento, y, gracias á ellas, en muchas circunstancias críticas tomamos instantáneamente una decisión.

Estas intuiciones mentales tienen sus análogas en la vida nerviosa inferior, por ejemplo, en la sinergia de las contracciones musculares, que determinan el acto de semicerrar los párpados cuando un fenómeno cualquiera del mundo exterior amenaza el ojo, acto de defensa que se ejecuta sin el menor concurso de nuestra voluntad, seguramente

1 *Il Principe*. c. XXII.

adquirido, aunque hereditario, puesto que el niño recién-nacido no lo posee aún. Muchas otras sinergias del mismo orden han sido registradas en nuestros centros nerviosos. Se sabe, por ejemplo, que diversas conmociones físicas ó morales pueden determinar parálisis funcionales locales que interesan simultáneamente á todo un grupo de nervios, muy diferentes de origen y de trayecto, pero que tienen como lazo común haber concurrido mucho tiempo, cada uno á su manera, al cumplimiento de un mismo acto. La causa de esas parálisis reside en los centros nerviosos, y la perturbación nerviosa producida es simplemente la abolición, pero la abolición súbita de ciertos grupos de marcas nerviosas, de ideas motrices previamente inscritas en las células nerviosas. Uno de los más sencillos accidentes de este género, muy conocido de todo el mundo, es el *calambre de los escritores*, ataxia local, que frecuentemente depende solamente de que se han borrado ciertas marcas nerviosas motrices, que coordinaban todo un grupo de movimientos referentes al acto de escribir. Las parálisis llamadas histéricas tienen una causa del mismo género, son parálisis sin lesión nerviosa real; por eso se las ve desaparecer á veces después de años, en algunos casos, á consecuencia de una emoción viva, que resucita en un momento las marcas precedentemente abolidas.

Del mismo modo ciertos sentimientos dominadores, ciertas ideas fijas que se han implantado lentamente en el cerebro, pueden desvanecerse en un momento á consecuencia de una emoción fuerte.

Hace algunos años tuve ocasión de ver una joven que, por desesperación de amor, intentó suicidarse, precipitándose desde la altura de dos pisos, de la que resultó con la fractura de un miembro y una conmoción cerebral; pero cuando recobró el conocimiento, habiéndose disipado la conmoción, olvidó por completo la causa de su caída, así como nuestros afásicos pierden el recuerdo de tales ó cuales palabras ó grupos de palabras; por donde se ve que la antigua leyenda griega del salto de Leucade puede tener un fundamento real.

Pero los diversos elementos de un pensamiento ó de un grupo de pensamientos cualquiera pueden combinarse en el cerebro exactamente de la misma manera; su asociación puede también fijarse en el espíritu por una repetición suficiente y llegar á ser una idea fija, sea una adquisición mental permanente y dispuesta siempre, una *intuición*. Tales intuiciones son las que en ocasión de evitar un peligro, una emoción, etc., nos dictan instantáneamente, bien ó mal, la resolución que ha de tomarse. A eso es á lo que M. Ward ha llamado «el juicio intuitivo», combinando en un momento y como por instinto todas las fuerzas mentales, todos los recursos del espíritu en vista de un objeto determinado. Esta facultad intuitiva evoluciona y progresa, como los mismos centros nerviosos en la jerarquía de las especies. Los animales y los hombres de raza inferior no suelen tener más que *percepciones intuitivas*; pero en el hombre desarrollado la percepción intuitiva se convierte en *razón intuitiva*. En caso de peligro súbito, por ejemplo,

las percepciones intuitivas del animal le impulsan simplemente á huir; en el hombre de raza ó de organización superior le sugieren inmediatamente recursos desviadores, indirectos, combinaciones variadas para salir de la dificultad; entonces, y por una repentina iluminación mental, el hombre tiene simultáneamente una visión clara de las consecuencias que han de temerse ó desearse, lo mismo que de los actos que han de cumplirse ó de las medidas preservativas que han de tomarse.

Según M. Ward, esta facultad de intuición se desarrolla sobre todo en la mujer, y ha tenido gran influencia en la conservación de la especie humana á través de las edades primitivas: «La intuición femenina, dice M. Ward, deriva directamente de las antiguas y simples características mentales de muchos animales. Primitivamente debió de tener por objeto la protección dada por la madre á su progenitura». Después esa misma intuición sería, para la mujer y para los suyos un medio de defensa tan frecuentemente utilizable que acabaría por fijarse, organizarse y convertirse en lo que se puede llamar una facultad del espíritu ¹.

Conservada en la mujer civilizada, esta facultad determinaría en ella esos juicios de apariencia instintiva, cuya seguridad mecánica nos admira á veces. A ella habría que referir también la inclinación obstinadamente conservadora que frecuentemente nos sirve de rémora ²; porque es difícil de

¹ L. Ward, *Psychic Factors*, pp. 174-177.

² *Ibid.*, *loc. cit.*, pp. 145-174.

vencer, siendo de origen ancestral, es decir, estando profundamente arraigado en nuestra mentalidad.

VII. — INFLUENCIA DE LA INTUICIÓN EN LA EVOLUCIÓN SOCIAL

Aun puede agrandarse, mucho más que lo que ha hecho M. Ward, la influencia social de la intuición adquirida. A decir verdad, ella sola ha hecho posible la evolución progresiva de la humanidad. Lo que yo he llamado la «domesticación» del hombre, es decir, su lenta educación social, ha tenido principalmente por efecto y por base la formación de numerosas intuiciones mentales, que, poco á poco, han dominado y sofocado los instintos de la bestia, y han dotado á la especie humana de una mentalidad completamente artificial. Esta enorme adquisición mental ha capacitado á los grupos étnicos, no sólo para resistir las influencias del medio exterior, sino para transformar este medio, como se había transformado el hombre á sí mismo. Así es como, según las intuiciones sensitivas, se ha constituido en el hombre el sentido estético, que, en materia artística fija soberanamente las cuestiones de lo bello ó de lo feo, no apoyándose en el razonamiento sino por la forma. Es cierto que en las cuestiones estéticas cada uno se decide según móviles casi independientes de la razón, y la argumentación, cuando se recurre á ella no suele ser sino como recurso de abogado

puesto al servicio de una percepción intuitiva: esa es la causa de hallarse fundadas en tan extraños argumentos la mayor parte de las disertaciones estéticas.

Lo mismo sucede con la moral, ó por mejor decir con las morales diversas, de las cuales cada una expresa al por mayor la reglamentación deseable de las costumbres en razón de un estado social dado. Sin embargo, esas prescripciones tan semejantes, á veces totalmente contradictorias, estas reglas y prohibiciones, que varían con la raza, la época y la civilización, responden á intuiciones lentamente adquiridas y constituyen lo que llamamos un « sentido moral ». Ahora bien, este sentido moral es como el sentido estético: no razona apenas; siente y decide conforme á reglas inscritas en la conciencia por influencias sociales más que seculares. La formación mental de estas intuiciones éticas es precisamente la que tratan de determinar la legislación, la religión y la educación de todos los países. Se quiere que la moralidad de las acciones esté prácticamente fuera del razonamiento, que resulte de un hábito impulsivo, profundamente inscrito en los centros nerviosos, y frecuentemente se consigue. De hecho, la casi totalidad de los hombres decide espontánea y automáticamente de la moralidad ó de la inmoralidad de los actos; hasta el sentido moral de un individuo es tanto más sólido cuanto es más instintivo, menos sujeto á los razonamientos ¹.

1 Maudsley, *Physiologie de l'esprit*, p. 391.

Este tema de las intuiciones artificialmente registradas en la conciencia y convertidas en imperativas se prestaría á largo desarrollo. No he querido por el momento más que indicarlo de paso; pero quizá vuelva sobre este asunto en el curso de este libro.

CAPITULO IV

La mentalidad del hombre primitivo

SUMARIO. — I. *La psicología de los salvajes*: la domesticación del hombre; el clan primitivo y su acción educadora. — II. *Las fases de la evolución mental*: seriación de las necesidades. — III. *La educación moral del australiano*: la solidaridad y la formación de las inclinaciones impulsivas; el clan australiano; los orígenes de la conciencia moral; la venganza y la justicia; sociabilidad. — IV. *De las obligaciones morales y sociales*: el clan, célula de las sociedades; el *totem* y el parentesco; matrimonio comunitario. — V. *Manifestaciones industriales de la inteligencia*: conocimiento imperfecto del fuego; la piedra tallada—el arco ignorado; la pesca y los «restos de cocina»; arte náutico rudimentario; el *bumerang*. — VI. *De las creaciones puramente intelectuales*: la lengua australiana y su imperfección; numeración rudimentaria; incapacidad de comprender la muerte natural; animismo mítico; danzas mímicas. — VII. *De la inteligencia de los australianos*: torpeza intelectual; el niño australiano en la escuela; impulsividad motriz; necesidad de la mimica. — VIII. *Balance psicológico*: tiranía de las necesidades nutritivas; altruismo cívico; pobreza de la vida afectiva; estética infantil.

I. — LA PSICOLOGÍA DE LOS SALVAJES

Después de haber examinado, aunque sin detenernos mucho, como conviene á estos estudios, la psicología del animal y del niño, luego la psicología general del hombre, y del hombre considerado en abstracto, entraremos ahora en nuestro asunto, que es la psicología étnica y sociológica,

es decir el examen de la mentalidad humana, aproximada de la raza y del estado social. En obras precedentes hemos demostrado que las formas, los tipos de sociedad se pueden colocar en una serie que va de lo simple á lo complejo. Necesariamente, á medida que el edificio social se complica, las condiciones capaces de influir en bien ó en mal sobre la naturaleza física y moral del hombre, se modifican, y el hombre mismo, que es á la vez autor y objeto de esa transformación, de esa evolución sociológica, ha de adaptarse sin cesar á nuevas condiciones de existencia. De hecho se *domestica* cada vez más, es decir, que, en su organización mental, ciertas aptitudes se desarrollan, mientras que otras se embotan, y en esa domesticación gana ó pierde cualidades ó defectos. No hay duda que el fondo de su naturaleza mental resiste mucho tiempo; pero ni más ni menos que la de todo otro animal, la naturaleza del hombre es modificable por la educación á condición exclusiva de que esta disciplina de la educación social sea soportada durante conveniente espacio de tiempo; ella misma ha sido el gran factor del progreso en la evolución de nuestra especie; pero casi siempre la influencia modificadora ha sido inconsciente, impuesta más ó menos brutalmente por los más fuertes y en consideración á intereses egoístas. Estudiando los grandes lados de la actividad social, se asiste á verdaderos martirologios; sin embargo, el hombre ha sufrido todas esas violencias, no solamente sin perecer, sino en realidad, constituyendo progreso positivo, ora sobre un punto, ora sobre

otro y totalizándose á la larga. En las obras humanas, si se cuida de abarcar suficiente período cronológico y de tomar en consideración especialmente las razas que de una manera ó de otra han obtenido éxito, se comprueba que el progreso ha sido enorme. Respecto del obrero, del hombre, han de hacerse ciertas restricciones: de una manera general puede decirse que el progreso realizado á través de las civilizaciones ha sido principalmente de género intelectual y se ha efectuado por un pequeño grupo de escogidos; pero las sociedades primitivas, las que llamamos salvajes y realmente lo son bajo muchas relaciones, habían, sin embargo, logrado dotar á sus miembros, nuestros remotos antepasados, de algunas preciosas cualidades morales, cuya ausencia ó escasez relativa en las razas y en las sociedades menos antiguas y más cultas son seguramente muy sensibles. Podremos convencernos de ello echando una rápida mirada sobre la moralidad y el carácter de los salvajes contemporáneos, de esas razas retrasadas que nuestra civilización blanca suplanta ó destruye, frecuentemente con muy poco escrúpulo.

Sin volver en detalle á mis estudios anteriores relativamente á la forma y á la organización de las sociedades primitivas, debo recordar, sin embargo, que el primer tipo social realizado por los hombres, á la vez familiar y comunitario, es el clan, es decir, una pequeña aglomeración republicana, cimentada por la más estrecha solidaridad. En el seno de esos pequeños grupos primitivos, han debido formarse los rudimentos de las lenguas y de

los mitos; en ellos es donde nuestros más lejanos antepasados humanos se adiestraron en la sociabilidad, en la moralidad y sobre todo en el altruismo; pero todas esas virtudes y obligaciones sociales, tenían por objeto únicamente los miembros de su clan ó á lo más los de los clanes aliados; los otros, los extranjeros, los clanes sociales eran enemigos contra los cuales todo atentado era lícito y hasta laudable. De ahí resultaba que el régimen social del clan comunitario tendía á desarrollar simultáneamente en el hombre inclinaciones contradictorias: la fraternidad para los compañeros, la ferocidad para los extranjeros.

Los miembros de esos pequeños clanes primitivos, eran aún pobres seres, mal armados, mal dotados, pero entre ellos la ayuda mutua, más que un deber, era una necesidad; tan estrechamente unidos estaban sus intereses, que cada uno sentía vivamente el daño causado por un extranjero á un compañero, porque ese daño debilitaba la asociación. Claro es que esas condiciones son eminentemente favorables á la constitución, en la mentalidad de los primitivos, de ciertas virtudes sociales, que, con el tiempo pueden y deben hacerse hereditarias. Allí donde el abrigo y el alimento, los peligros y los placeres, las creencias y el lenguaje, etc., todo, en una palabra, es común; allí donde, por otra parte la asociación es tanto consanguínea como política, todas las cabezas deben pensar y todos los corazones sentir como una sola cabeza y como un solo corazón. Por tanto, la duración de esos clanes debió de ser enorme, puesto que la humanidad

actual ó contemporánea nos suministra aún algunos ejemplos de ellos, y que gran número de supervivencias, de tradiciones, de leyendas, etc., atestiguan que nuestras sociedades más civilizadas han debutado todas bajo esta forma en la vida social, y que sus clanes han persistido hasta la aurora de los tiempos históricos.

No ignoramos cómo y por qué los clanes primitivos han degenerado y desaparecido poco á poco; sin embargo, las organizaciones sociales que les han sucedido han guardado su tradición y la huella moral á despecho de condiciones muy diferentes, aunque impotentes para prevalecer en conjunto contra los instintos morales inveterados y lentamente creados durante la fase sociológica anterior. Sin embargo, estas condiciones diferentes perturbaban en un principio, después acaban por embotar y desnaturalizar la moralidad anterior, introduciendo elementos nuevos, que á la larga borran las antiguas huellas mentales, las viejas intuiciones morales y sociales, para sustituirlas por otras, frecuentemente de carácter opuesto.

II. — LAS FASES DE LA EVOLUCIÓN MENTAL

Pero esas metamorfosis no se operan en un día: sobre el fondo primitivamente adquirido, que persiste y resiste, bórranse ciertos rasgos; luego aparecen otros que se acusan lentamente. La borrosa mentalidad que ha engendrado la enorme duración de la vida comunitaria en el clan primi-

tivo puede compararse á un cuadro en que se reemplazara cada día un detalle por otro. Antes en obras ya antiguas he tratado de determinar y numerar las fases de esta evolución, en general progresiva, por la cual ha pasado el género humano civilizado; pero sin volver hoy á este asunto, recordaré brevemente estos grados de la evolución mental á fin de poner un poco de orden en el estudio que ahora prosigo.

Lo que nosotros llamamos «civilización», es decir, la gradual domesticación del hombre, no cambia en el fondo la naturaleza moral del civilizado; solamente refrena ciertas necesidades y fortifica algunas otras. ¿Cuáles son estas necesidades naturales, esos principales resortes del alma humana? Yo los enumero por su orden jerárquico: ante todo el hombre debe vivir, y por consecuencia alimentarse; tiene, pues, *necesidades nutritivas*; pero la vida completa tiene por conclusión el funcionamiento normal de todos los órganos y aparatos, y estando el hombre provisto de sentidos especiales, su ojo, su oreja, etc., gustan ciertas sensaciones y repugnan otras diferentes; de donde *necesidades sensitivas*, comprendiendo en ellas la más imperiosa de todas, la necesidad genésica. Y no es eso todo: el hombre es un ser sociable, un animal político, según la expresión de Aristóteles; de sus relaciones con sus semejantes, sobre todo con sus compañeros y conciudadanos, nacen necesidades morales y sociales, más exactamente, *necesidades afectivas*. Por último, el hombre es un ser pensante, un cerebro servido por órganos; necesita hacer obra inteligente,

comprender, prever, combinar, razonar; en resumen, tiene necesidades especialmente cerebrales, *necesidades intelectuales*, que indudablemente no dominan siempre á las otras, que pueden hasta estarles totalmente sometidas, pero que son de una esencia superior.

Estas grandes categorías mentales abrazan toda la vida consciente del hombre. En el origen de la civilización, las necesidades más inferiores dominaban toda la vida mental, y á medida que el hombre fué desprendiéndose de la bestia, la tiranía de las necesidades nutritivas se atenuó y pudieron desarrollarse las necesidades de orden superior. Mi tarea actual consistirá sobre todo en apreciar, según esta escala, las diversas razas y sociedades, comenzando, como voy á hacerlo, por las más inferiores. He de hablar primeramente de la más humilde de las razas que haya vivido en sociedad organizada, de la indígena de Australia.

III.—LA EDUCACIÓN MORAL DEL AUSTRALIANO

En Australia, en el australiano salvaje, es donde principalmente puede apreciarse prácticamente el poder educador del clan primitivo. En esa pequeña sociedad del clan, donde la ayuda mutua es la condición misma de la existencia y donde se es poco inteligente, el cuidado del interés general, tal como se le comprende entonces, es superior á todo y se impone rigurosamente á todos los miembros del pequeño grupo: la solidaridad es dema-

siado estrecha para dejar al capricho individual un puesto notable. Por otra parte, se es profundamente ignorante, y la modestísima cantidad de experiencia práctica que pueda reunirse, está formulada en costumbres inveteradas é imperativas, cuya observancia es obligatoria; al mismo tiempo la vida pasa con una gran monotonía, sintiendo siempre las mismas necesidades limitadas que se satisfacen bien ó mal con los mismos recursos, siempre exiguos; sin cesar se ha de hacer frente á los mismos peligros, á los mismos enemigos animales ó humanos, á las nocivas influencias de naturaleza física, sirviéndose siempre de las mismas armas poco temibles, de las mismas creaciones industriales muy rudimentarias; pero no se tiene idea de lo mejor y no se es inventivo, y hay tendencia única á conservar las armas, los utensilios, las prácticas de origen ancestral, y nunca se piensa en crear otros nuevos. Por consecuencia, las condiciones climatéricas y sociales obran constantemente en el mismo sentido y tienden á consolidar cada vez más las costumbres adquiridas, á grabar más profundamente marcas mentales ya hereditarias. La domesticación social se afirma, pues, gradualmente, y el primitivo, sometido á su influencia, cede á ella cada vez más maquinalmente, porque tiene una naturaleza de niño y hasta un poco de animal.

Dos rasgos principales caracterizan, en efecto, al hombre mal desprendido de la animalidad, á saber: de una parte, la impulsividad refleja, que excluye todo razonamiento, toda dominación de sí

mismo, toda comprobación mental ejercida sobre las acciones, y de otra parte, cierta receptividad que hasta es conexas con este estado de desorden mental y acepta sin elección todas las marcas. Con semejante constitución psíquica, el hombre primitivo es muy susceptible de una domesticación mecánica, como aquella á que se someten los animales y los niños, y lo mismo que estos últimos, y por procedimiento del mismo género, el hombre inculto es domesticable, y, sometido durante un espacio de tiempo conveniente á una disciplina especial, apoyada en recompensas y en penas apropiadas, contrae hábitos tanto más poderosos y tenaces cuanto que en su conciencia no hay oposición alguna, por ser muy pobre el tesoro de adquisiciones morales anteriores. Por tanto, el régimen comunitario del clan es eminentemente propio para modelar así el cerebro de los primitivos y á grabar en él marcas é intuiciones que duran y se convierten en sugerencias permanentes, móviles á los cuales obedece el hombre en seguida sin resistencia, porque ni siquiera se le ocurre la idea de examinarlos.

En etnografía y en historia las huellas y las supervivencias de ese clan primitivo son muy conocidas; pero son raros en el día los tipos completos de esa primera forma social.

En Australia y en el australiano indígena han podido hallarse y estudiar sobre todo ejemplos aun suficientemente intactos de esas pequeñas sociedades tan interesantes para la sociología; permitiéndonos ver en la práctica ese clan, esa célula primi-

tiva de las aglomeraciones humanas, esos grupos minúsculos en cuyo seno ha sufrido el hombre su primera domesticación, ha adquirido sus primeros conocimientos y su moralidad inicial, pudiendo sorprender además el carácter pasivo y mecánico de la moral del clan. Todo lo que la opinión del pequeño grupo social ha juzgado conveniente prescribir es obligatorio siempre para todos sin razón ni razonamiento, y, á la larga esas prescripciones crean, en la conciencia de los miembros, inclinaciones imperiosas, impulsivas, órdenes encarnadas á las cuales tienen necesidad de obedecer. Bajo esta relación, la prescripción australiana relativa al consumo del casobar, del *emou*, es un ejemplo típico.

En algunos clans australianos, la carne del *emou*, del casobar australiano, es un alimento prohibido á los jóvenes y permitido únicamente á los ancianos, sin duda porque se trata de un animal totémico. Infringir esta prohibición por un joven, sobre todo antes de su iniciación viril, es exponerse primeramente á enfermedades cutáneas vengadoras, después á penas disciplinarias; pero en Australia, como en todas partes, el fruto prohibido es atractivo, y hay jóvenes australianos que sucumben á la tentación, sobre todo cuando ésta se ofrece lejos de toda mirada indiscreta. Cometida la falta y el apetito satisfecho, se despiertan el pesar y el arrepentimiento, porque la transgresión es parte semireligiosa y semisocial. Figurémonos la conciencia atormentada de un cristiano de nuestra Edad Media que hubiera comido carne el viernes santo; pero el australiano razona menos aún; ni siquiera piensa

en preguntarse si la prescripción que ha infringido es razonable: lo que sabe, lo que siente, es que ha cometido una acción juzgada muy reprobable y profundamente inmoral. Por eso, de vuelta al campamento se sienta en un rincón, silencioso, tan cruelmente atormentado, que, generalmente se decide á confesar espontáneamente su falta y á someterse al castigo merecido¹. Este curioso ejemplo aclara singularmente los orígenes de la conciencia moral y es propio para suscitar muchas reflexiones y comparaciones.

Pero la estrecha solidaridad del clan australiano ha inspirado muchas otras prescripciones obligatorias: en muchas circunstancias, el individuo está completamente sometido á su grupo, y cuando un hombre toma mujer, por ejemplo, no es él, sino su clan quien se casa²; pero el clan impone á cada uno de sus miembros, de quien es la grande y sola familia, muchos otros deberes aún, especialmente el de reparar las ofensas inferidas á sus compañeros y vengar su muerte, reputada siempre, aunque no sea violenta, ejecutada por un enemigo que obra misteriosamente y por maleficio. Todavía en ese caso, el sentido moral tan grosero del australiano habla alto y manda imperiosamente: se ha visto en las colonias australianas un individuo que, impedido por los blancos de ir á vengar su mujer, muerta de enfermedad, languidecía y decaía, y no recobró la salud moral y física hasta después de una

1 Sturt, *Histoire universelle des voyages*, vol. XLIII. p. 298.—
Fraser, *Le Totemisme*, pp. 28-63.

2 Fison and Howit, *Kamilaroi and Kurnai*, p. 57.

ausencia empleada por él en cumplir lo que consideraba como un deber sagrado¹.

Para los atentados cometidos con violencia, la moral australiana admite y prescribe el golpe por golpe, el riguroso talión. El criminal debe presentarse por sí mismo al ofendido y recibir de él un número determinado de golpes de azagaya ó de lanza, en tal ó cual parte del cuerpo, según los casos². Esta justicia australiana es seguramente primitiva, pero es justicia al fin, y lo que es más curioso, desde nuestro punto de vista, es que frecuentemente el culpable, un instante después de haber cedido á su impulsividad nativa y haber herido, por ejemplo, á un compañero, se lamenta lo mismo que lo hacen los simples testigos de la escena³, lo cual es un hecho de moral automática. Del mismo modo, y por la misma razón mecánica, se ha visto á unos australianos dar armas á los colonos, armas australianas, antes de atacarlos, porque la moral de los clanes reglamenta cuidadosamente los choques armados y hace de ellos una especie de duelos jurídicos. Este instinto moral de la igualdad en la lucha se manifiesta hasta en las querellas mas íntimas; llegando el caso de querellarse violentamente dos mujeres pertenecientes á un mismo hombre, y el marido proveerlas á cada una de un palo obligándolas á batirse en su presencia, so pena de ser castigadas por él sin piedad⁴.

1 H. Maudsley, *Physiologie de l'esprit*, p. 377.

2 G. Grey, *Australia*, t. II, p. 243.

3 *Native Tribes*, p. 244.

4 *Folklore*, p. 18.

Esa moral rudimentaria del clan ha acabado por dar á los pobres australianos más de una virtud social: les ha hecho indulgentes y generosos con sus compañeros, con sus amigos, con los cuales parten siempre sus miserables provisiones ¹. Generalmente también los australianos evitan entre sí, no sólo las acciones, sino también las palabras que pudieran ofender, y que tampoco serían toleradas ².

Todas esas obligaciones morales, convertidas en instintivas, lo que prueba su extraordinaria antigüedad, únicamente se refieren á las relaciones entre los individuos de un mismo clan ó de un clan amigo; respecto de los otros grupos, los instintos de la bestia tienen libre curso y no dejan de manifestarse. Aun en el seno del clan, la reglamentación social no impide ni los infanticidios ni muchos otros actos inmorales para nuestra apreciación, pero donde no llega aún la ética australiana, porque todo lo que no lesiona los intereses de la comunidad, tal como ésta los comprende, se tiene por indiferente.

IV.—DE LAS OBLIGACIONES MORALES Y SOCIALES

El clan primitivo de Australia merece bien la denominación que sin razón suele aplicarse á la familia, á nuestra familia: él es verdaderamente la «célula social.» Es el clan un todo compacto, de

¹ *Native Tribes*, p. 214.—R. Brough Smyth, *Aborigines of Victoria*, p. 51.

² *Native Tribes*, p. 244.

que el individuo forma parte integrante y subordinada. Aparte de algunas restricciones; por ejemplo, la que en ciertos clanes reserva á los ancianos la carne del casobar, todo es común á todos, y una injuria, insulto ó violencia hecho á un compañero ofende á todos los demás; por consecuencia, la venganza es un deber social y, en la conciencia del pobre australiano, en que los móviles son escasos y por lo mismo no se neutralizan mutuamente, los mandamientos morales son muy imperiosos. He citado, como ejemplos típicos, los remordimientos que mortifican al que come casobar ilícitamente y el del marido que no ha vengado á su mujer, muerta de enfermedad; añado solamente que ese riguroso deber de la venganza se inspira también en la práctica de la idea del clan, del clan indivisible y célula social: se satisface al talión obligatorio, hiiriendo, no al culpable real ó presunto, sino uno cualquiera de los individuos del clan, al que se atribuyen los maleficios homicidas. Si, por ejemplo, el supuesto brujo es un blanco, se satisfará el deber del talión matando un blanco cualquiera ¹, ya que á todos los blancos se les supone pertenecientes á un mismo clan y, por consiguiente, solidarios.

La familia, y más generalmente los grados de parentesco, tiene también un carácter colectivo, no teniéndose gran cuidado de la consanguinidad real. Todos los grupos, los clanes que tienen un mismo *totem*, un mismo blasón, son hermanos, y todo

¹ Cunningham, *Histoire universelle des voyages*, vol. XLIII, p. 93.

matrimonio entre sus miembros está rigurosamente prohibido ¹; en cambio, los grupos, los clans aliados á *totems* diferentes se casan, ó más bien se consideran casados entre sí; es decir, que todos los hombres del uno son maridos natos de todas las mujeres del otro, que recíprocamente son las mujeres natas del otro grupo. Es, pues, una promiscuidad reglamentada, existente en virtud de una ley orgánica, pero en estado permanente, y las uniones sexuales no exigen ninguna ceremonia: tal mujer es un día la mujer de un hombre; otro lo será de uno ó de varios pertenecientes al grupo de sus maridos por derecho de nacimiento ². Por consecuencia, la filiación es forzosamente uterina, ya que el padre individual es desconocido: el padre social es colectivo, y está representado por el grupo de los hombres del clan marital ³. Evidentemente esta institución del matrimonio colectivo, de clan á clan, es lo que ha conducido á ciertos sociólogos á atribuir á las sociedades primitivas la costumbre de la promiscuidad sin freno, lo que, como vemos, es falso.

En el clan australiano el matrimonio colectivo está reglamentado como todo lo demás, y esta reglamentación del clan comunitario es rigurosa; infringirla cuesta la vida ⁴.

A nosotros, miembros de viejas sociedades civilizadas, que durante miles de años han evolucionado

1 L. Morgan, *Ancient Societies*, p. 433.

2 G. Teulon, *Origines du mariage*, pp. 81-90.

3 *Ibid.*

4 Eyre, *Discoveries*, t. II, p. 176.

nado bajo la presión de los acontecimientos históricos; á nosotros, quienes á través de una larga cadena de generaciones hemos sido domesticados y modificados por influencias legales, religiosas, etc., esta organización del clan primitivo nos parece muy grosera; pero gracias á ella los primeros grupos humanos, tan mal armados aún, han logrado subsistir y soportar victoriosamente los rigores y los peligros de su ruda existencia, en un mundo en que todo les era enemigo, donde vivir un solo día era equivalente á ganar una batalla y donde no había verdaderamente sitio para la libertad individual. Por su carácter estrechamente solidario, la vida comunitaria constituía la fuerza con un haz de debilidades, y esta solidaridad tutelar garantizaba á los miembros de un mismo clan, no sólo la subsistencia, sino la vida. El matrimonio colectivo de clan á clan, tan grosero á nuestros ojos de civilizados individualistas, aseguraba, mejor que toda otra forma de unión conyugal, la protección indispensable á los jóvenes; mucho mejor también que modos conyugales moralmente más elevados, favorecía el progreso de la población, y, por consecuencia, la necesaria formación de enjambres, que iban á constituir nuevos clanes, parientes y amigos del clan generador, con el cual solían conservar relaciones amistosas y pacíficas, sobre todo convenciones de matrimonio comunitario, en cuyos términos todas las mujeres de un clan eran esposas-natas de todos los hombres de otro. Esta organización del clan primitivo no podía menos de crear entre sus miembros una solidaridad estrechísima y hacer

un todo robusto que soldara entre sí fuertemente los clanes aliados.

En ninguna parte encontraremos después en el resto del género humano el clan con la forma ruda y arcaica que todavía conserva en Australia; pero es indudable que grupos consanguíneos y comunitarios del mismo género han servido de tronco original á todas las sociedades humanas, y las más civilizadas de ellas conservan supervivencias ó vestigios á lo menos de esta edad primaria del clan.

V. — DE LAS MANIFESTACIONES INDUSTRIALES DE LA INTELIGENCIA EN AUSTRALIA

Del conjunto de los hechos que acabo de exponer es forzoso reconocer á los australianos un sentido moral muy estrecho, muy imperioso, pero una pobre inteligencia, y esta última conclusión se fortifica mucho por el examen de su industria, de su lengua y en general por todos los actos ú obras que resultan directa y necesariamente de algunas combinaciones intelectuales. — Así, como todo el resto del género humano, al menos desde las edades históricas, los australianos conocen el fuego, es decir, uno de los más grandes descubrimientos de la humanidad primitiva, uno de aquellos que más han contribuído á cavar el foso existente entre el hombre y el resto del reino animal y á darle la supremacía sobre todo el mundo viviente.

El australiano conoce, pues, el fuego; sabe procurársele por un procedimiento muy difundido

entre las poblaciones salvajes, y que consiste en imprimir un rápido movimiento de rotación á un palo, cuya punta reposa sobre un trozo de corteza de árbol, ligeramente excavada en el punto de contacto con el fin de recibir algunos restos particularmente inflamables ¹; mas parece que la generalización de ese procedimiento igníparo no sea muy antiguo en Australia, porque uno de los principales deberes de la mujer consiste en conservar siempre, á pesar de su vida errante, sea carbones encendidos, sea tizones de una madera especial que arde lentamente al modo de la yesca. Se refiere que, recientemente aún, algunos clanes australianos usaban el fuego, pero no sabían encenderle, y cuando por descuido le dejaban extinguirse, se veían obligados á ir muy lejos en busca de un ascua á un clan amigo ². Por lo demás no hacen del fuego ningún uso industrial: la cacharrería les era desconocida; sus únicos vasos consistían en trozos de corteza recogida en sus dos extremidades, y sus alimentos eran ó asados al aire libre ó cocidos en hornos subterráneos, rodeados de piedras calentadas, como hacen los polinesios ³.

Los australianos no habían pasado tampoco del estadio de la edad de piedra, el de la piedra tallada ⁴, y aun se servían, como arma de caza y de guerra, de palos puntiagudos, lanzas ó azagayas según su tamaño. El arco, el arma por excelencia de la mayoría de los salvajes, era desconocido para los

1 Bonwick, *loc. cit.*, p. 20.

2 Lubbock, *Origines de la civilisation*, p. 309.

3 Bonwick, *loc. cit.*, p. 9.

4 *Ibid.*, p. 45.

australianos, lo que atestigua á la vez un desarrollo intelectual de los más humildes y también un aislamiento completo y antiquísimo.

Respecto de la pesca eran algo más hábiles los australianos: el anzuelo de nácar no era desconocido en todos los clanes, y sabían también construir, en las playas, cercados provistos á veces de redes para coger el pescado; pero en los ríos pescaban de una manera más primitiva, alanceando directamente á los peces con extraordinaria destreza ¹. Sus clanes próximos al mar vivían principalmente de moluscos marinos, cuyas conchas amontonaban formando bancos análogos á los *kyokkenmöddings* de los hombres de nuestra prehistoria ². Otro rasgo de inferioridad: los australianos, nadaban, no á la manera de las ranas, como hacen todos los pueblos más ó menos civilizados, sino á la de los perros, de los mamíferos cuadrúpedos, que simplemente marchan en el agua.

Su náutica era también tan rudimentaria como el resto de sus conocimientos industriales, y la única embarcación que conocían podía construirse en algunas horas: consistía en una tabla y una banda de corteza que se cortaba del tronco de un árbol con un hacha de piedra, atados los dos extremos y manteniendo entreabierto la parte media por medio de traviesas de madera ³: tal es la canoa embrionaria, la más grosera que haya podido encontrarse en el género humano.

1 Sturt, *Histoire universelle des voyages*, vol. XLIII, pp. 191-332.

2 Coock (primer viaje).

3 Bonwick, *loc. cit.*, p. 50.

La obra maestra industrial de la raza australiana es el *bumerang*, esa arma de tiro tan ingeniosa, consistente en una pieza de madera curva, pero en que el peso de las ramas desiguales, la forma y la dirección variada de los planos están tan bien combinados, que, lanzada convenientemente, vuela en cierto modo y volteando describe una circunferencia á cuyo término viene á caer cerca del hombre que la ha lanzado.

La invención del bumerang excede de tal manera el nivel intelectual de los australianos, que se sospecha sea tomado de alguna otra raza antigua más civilizada. En efecto, en algunos frescos del antiguo Egipto, véanse hombres provistos de armas que parecen *bumerangs*, y sabemos muy poco de lo concerniente á las emigraciones prehistóricas, seguramente muy numerosas, de las razas primitivas. El australiano había, pues, consumido muy poca inteligencia en su industria, y, como vamos á ver, no había sido más pródigo en su lenguaje, en su numeración, en su literatura, etc.

VI.—DE LAS CREACIONES PURAMENTE INTELECTUALES

¿La lengua del australiano es obra suya ó ha sido aprendida en el pasado, para nosotros enteramente desconocido de la raza? Esa lengua se refiere á una de las grandes clases de la jerarquía lingüística; ya tendré ocasión de volver sobre este asunto. Por el presente me limitaré á señalar algunas lagunas del vocabulario, independientes de la estructura

misma de la lengua, pero aún atestiguan un pobre desarrollo intelectual, cuyas lagunas ó imperfecciones proceden seguramente del australiano y denotan una mentalidad muy inferior. Carece de las expresiones generales y abstractas; por ejemplo, en el material verbal se encuentran palabras para designar y caracterizar cada especie de árbol; así llaman al árbol de la goma el árbol flexible; pero no tienen palabra para decir en general «árbol¹», como no pueden decir «pescado» ó «ave²». También su vocabulario está desprovisto de expresiones propias para designar las cualidades abstractas, que las suplen por comparaciones: para decir «duro», dicen «como una piedra»; «grande», «de piernas largas»; «redondo, esférico», «como la luna», «como una bola». Además, no se fían evidentemente de la palabra sola, sino que unen el ademán, la mímica á la palabra dicha, para determinar bien su sentido³. Lo que primeramente les admira en los libros europeos es lo mismo que hubiera podido admirar á un niño, que el libro pueda abrirse y cerrarse; y como entre los seres y objetos familiares á los australianos hay uno que tiene la misma propiedad, la almeja, no vacilaron en llamar á los libros «almejas» (*müyüm*)⁴.

Parece, pues, que los australianos sean incapaces, en su lenguaje, de perder un instante de vista los objetos concretos que les sirven de término de

1 Bonwick, *loc. cit.*, p. 160.

2 Peschel, *Races of man*, p. 113.

3 Bonwick, *loc. cit.*, p. 160.

4 E. B. Tylor, *Civil. prim.*, p. 271.

comparación, lo que podría llamarse, procediendo á su manera, las muletas de su inteligencia.

Mas, para evaluar el poder de abstracción de una raza superior, hay otra piedra de toque más delicada aún que el lenguaje, la numeración. Hemos de trazar después la ruta psíquica seguida por el espíritu de diversas razas en la adquisición de la ciencia de los números; actualmente sólo he de interrogar sobre este punto á una de las razas más inferiores del género humano.

Respecto de la numeración, por bajo del australiano, no hay sino el veddah de Ceylán y el fuegiano, únicos tipos humanos que viven hoy aún sin la menor organización social en hordas familiares. En el escalón más humilde se encuentra el veddah, que no se ha elevado á la menor concepción numérica; que ni siquiera podría decir «uno,» «dos,» «tres,» y á quien no ha ocurrido la idea de servirse de sus dedos para designar los primeros números. Sin embargo, los veddah tienen una lengua articulada, que hasta se refiere á la familia aristocrática de las lenguas de flexión; pero el vocabulario de esta lengua distinguida por su nacimiento es extremadamente pobre; no contiene sino un número muy corto de expresiones para designar los objetos más usuales y hasta lo consigue recurriendo á perifrasis extrañas ¹.

Relativamente al veddah el australiano es un matemático notable; porque ya ha tratado de contar sus dedos, y aunque no lo haya logrado aún, bue-

1 Bailey, *Trans. Ethn. Soc.* (nueva serie, vol. II, pp. 298-300).

no es haber comenzado: la mayor parte de los clanes australianos no tenían realmente en su lenguaje más que dos nombres de números, «uno» y «dos,» pasados los cuales se dice á veces «mucho;» y los más fuertes aritméticos dicen «dos más uno,» «dos más dos,» para tres y cuatro; hasta se han visto de ellos, como lo han hecho muchos otros pueblos primitivos, proceder colectivamente y decir «una mano» para cinco, «dos manos» para diez ¹, y se refiere de algún distrito particularmente avanzado sobre este asunto donde se cuenta hasta quince y acaso hasta veinte ². Bien es verdad que sirviéndose de la mano como unidad colectiva, basta saber contar hasta dos ó hasta dos y dos para expresar los números diez y veinte. La impotencia en que parecen haber estado en general los clanes en Australia para encontrar cinco nombres de números distintos y seriados, parece indicar claramente que han debido tener en un principio la idea colectiva y numérica del conjunto de los dedos de la mano. Cuando los europeos pudieron estudiarlos, se esforzaban en analizar esta colectividad numérica de los dedos de la mano, pero sin conseguirlo, porque no tenían aún cinco nombres distintos de números; y para decir «cinco» levantaban una mano ³. Su poder de abstraer era, pues, de los más débiles; pero, sin ese poder, los límites de todo razonamiento se apuran en seguida; es verdad que,

¹ Beveridge, *Trans. of the Royal Soc. of Victoria*, vol. VI, p. 151.

² Peschel, *loc. cit.*, p. 112.

³ Tylor, *Civil. prim.*, p. 303.—Lang, *Lectures on the Aborigines of Australia*, p. 14.

como compensación, el hombre está entonces seguro de no tomar las palabras por cosas, como han hecho tantos sutiles dialécticos de los países civilizados, aunque forzoso es convenir en que en ese caso las ventajas no compensan los inconvenientes.

Pueden señalarse muchas otras pruebas de impotencia intelectual en la mentalidad australiana, y mi deber es señalar las principales entre ellas. En primer lugar hay que citar la imposibilidad de admitir y de comprender la muerte natural: cada vez que un indígena sucumbe á una enfermedad, sus compañeros de clan atribuyen su muerte á los encantamientos y maleficios de algún brujo, perteneciente habitualmente á un clan vecino ó sea rival ¹, y se creen obligados á vengar su muerte. De esta incapacidad de comprender la muerte, al mismo tiempo que se admite sin vacilar la realidad objetiva de los sueños, resulta en Australia la firme creencia en el espiritismo, en la existencia de una invisible población de espíritus, de sombras, frecuentemente animados de las peores intenciones ².

Además, como nuestros niños, el australiano vivifica toda la naturaleza ambiente, dotándola de una organización análoga á la suya: el Sol es una mujer, la Luna es otra, pero esta última es una mujer lasciva, que se estenua en excesos amorosos, lo que la hace adelgazarse, decrecer y desaparecer cada mes; las estrellas son las sombras de los muertos y durante la noche salen de sus cabañas celes-

¹ Taplin, *Folklore, manners, etc., of the South Australian Aborigines*, p. 17.

² Fison and Howit, *Kamilaroi and Kurnai*, pp. 246-247.

tes para renacer á su anterior vida terrestre ¹. La amorosa Luna es la madre común; ella es la que ha dado á luz los hombres y todos los seres ².

También como nuestros niños, el australiano tiene necesidad de exteriorizar los recuerdos é imágenes que pueblan su cerebro, y para esto recurre al dibujo y á la danza, y de sus dibujos groseros, completamente infantiles, cubre las rocas y las paredes de las cavernas. Sus danzas son mímicas y escénicas, comparables á los juegos espontáneos de nuestros niños; los danzantes imitan y reproducen sobre todo los incidentes de sus cazas de kanguros, de casobars, etc.; las mujeres se complacen en demostrar por sus ademanes cómo trepan á los árboles para coger el didelfo, cómo se sumergen para extraer conchas, erizos de mar y langostas; cómo cavan el suelo para desenterrar raíces comestibles; cómo amamantan sus hijos ó se querellan con sus maridos. A veces sus danzas son lúbricas y destinadas á excitar los deseos amorosos de los hombres ³; pero danzas y dibujos suplen á la imperfección del lenguaje australiano; en el fondo debe considerárseles como una especie de literatura primitiva ⁴.

VII. — DE LA INTELIGENCIA DE LOS AUSTRALIANOS

Es probable que las primeras invenciones, tan importantes á pesar del estado embrionario en que

1 Woods, *Native Tribes*, pp. 200-201.

2 *Ibid.*, p. 260.

3 Bonwick, *Daily life*, pp. 35-37.

4 Véase mi *Evolution littéraire*.

as encontramos entre los salvajes más inferiores, no se han producido en todas partes. Acaso ciertos clanes, mejor dotados que los otros, ó bien contando en su seno uno ó varios individuos más inteligentes y más observadores, hayan tenido la idea general de esas creaciones primordiales, que, una vez realizadas, no sólo no se pierden ya, sino que, por el contrario, se propagan al azar de las relaciones pacíficas ó guerreras entre las pequeñas sociedades. Los enjambres salidos de los clanes para formar nuevos grupos, las llevarían consigo, como precioso viático, y en todas partes, en razón de su extremada utilidad, se aplicarían á conservarlos, mas sin atreverse á introducir el menor cambio.

Es cierto que los australianos, tales como eran á su primer contacto con los europeos, dieron pruebas de una notable torpeza intelectual: sin la menor sorpresa aparente vieron el barco de Cook, el *Endeavour*, que, como dice muy bien la relación de su viaje, « no hubiera debido parecerle menos maravilloso que hubiera sido á los europeos una montaña cubierta de bosque flotando sobre las aguas ¹. » A bordo no manifestaron la menor sorpresa, como no se asombraron sus congéneres sobre el puente de Dampier ². Para ellos, las telas, los clavos, las cristalerías, etc., no tenían ningún atractivo, y aceptaron con indiferencia esos regalos, abandonándolos después en montón ³. Lo que

1 Cook (primer viaje).

2 H. Spencer, *Sociologie*, t. I, p. 129.

3 *Premier voyage du capitaine Cook*, t. IV, pp. 39-55.

les interesó fué un pececillo que se les dió, y sobre todo doce tortugas que hasta pretendieron tomar á la fuerza ¹. Un cuchillo, después de haberle examinado pasándosele de mano, lo devolvieron, no comprendiendo probablemente su uso ².

Testimonios mucho más recientes han confirmado estas primeras impresiones de los navegantes: los australianos parecen tener la mayor dificultad para comprender lo que difiere de lo que conocen. Por eso, aunque como otros primitivos cubren las rocas con sus dibujos infantiles, apenas pueden comprender un dibujo europeo, hasta el punto que se ha visto tomar el retrato de uno de los suyos, ora por un barco, ora por un kanguro ³. En las escuelas mixtas los pequeños tasmanios eran inferiores á los blancos, sobre todo en lo referente á la aritmética y á la gramática; elevándose un poco en la escritura, la geografía y la historia ⁴; pero tenían una excelente memoria, una memoria fotográfica para todo lo referente á las personas, á los lugares y á las cosas; no olvidando tal árbol, tal rama tronchada, etc. ⁵. Por el contrario, como muchos otros indios pertenecientes á razas inferiores, comprendían difícilmente las ideas abstractas y complejas. Por último, su inteligencia parecía declinar desde la edad de veinte años ⁶.

Otro carácter de inferioridad infantil es también

1 *Premier voyage du capitaine Cook*, pp. 39-48.

2 *Ibid.*, p. 54.

3 Oldfield, *Ethnol. Soc.* (nueva serie), vol. III, p. 237.

4 Bonwick, *Daily life of the Tasmanians*, p. 4.

5 Waitz, *Anthropology*, p. 38.

6 H. Spencer, *Sociologie*, t. I, p. 133.

ordinaria entre los australianos; una especie de inquietud motriz, una gran dificultad de permanecer inmóviles; sin cesar ejecutan movimientos automáticos, rápidos, violentos ¹. Un observador refiere que mientras hablaba con unas mujeres tasmanias, no cesaban de hacer contorsiones, contracciones de cejas y párpados y movimientos diversos con sus miembros ²; en resumen, gasto de fuerza motriz sin objeto, como observamos comunmente en los monos de nuestros parques. Esa organización de niño explica el gusto de los australianos por la diversión y su repugnancia por todo trabajo sostenido y la imposibilidad en que se hallan de aplicarse á él ³. También como á los niños les gusta imitar lo que han visto, dándose á sí mismos ese espectáculo.

Ya he hecho la misma observación describiendo las danzas de las mujeres; pero esa inclinación á la mímica es común á los dos sexos: así en la Nueva Gales del Sud, los indígenas, después de haber asistido á los servicios religiosos de los blancos, se divertían parodiando todos los detalles de la ceremonia, los ademanes y gesticulación del ministro, etc. ⁴, sin duda porque esto les era más fácil que relatarlo de viva voz. En efecto, por instinto recurren á los signos, á los movimientos de las manos y de los dedos cuando no hallan palabras para expresar lo que han de decir ó cuando conversan con

1 Cunningham, *Histoire universelle des voyages*, vol. XLIII, p. 101.

2 Bonwick, *loc. cit.*, p. 140.

3 Brough-Smyth, *Aborigines of Victoria*, pp. 22-25.

4 *Ibid.*, p. 29.

indígenas que no hablan el mismo dialecto, recurriendo especialmente á los movimientos para indicar los números ¹.

Esta necesidad de mímica procede psicológicamente del acto reflejo; en el salvaje, como en el niño, existe una naturaleza mental aún indisciplinada, la ausencia ó la debilidad de la comprobación voluntaria de los actos. Efectivamente, la movilidad moral de los australianos iguala á su movilidad expresiva y está llena de contrastes. Según las ocasiones y con la misma facilidad pueden ser impulsivos ó flemáticos, buenos ó malos, sencillos ó astutos, generosos ó feroces ². En resumen, son el juguete dócil de las circunstancias y de sus impresiones.

VIII. — EL BALANCE PSICOLÓGICO DEL AUSTRALIANO

Para terminar este corto estudio sobre el hombre de Australia y su clan, réstanos clasificar psicológicamente este humilde tipo del género humano, refiriéndonos á la escala de las necesidades, cuyo plan general he dado al principio de este capítulo, desde las necesidades nutritivas, hasta las intelectuales. Evidentemente el indígena australiano es por excelencia el hombre de las necesidades nutritivas, debido á que está mal armado aún, y á que vive además en un medio físico cuya flora y fauna son poco liberales para la especie humana. No

1 Brough-Smyth, *Aborigines of Victoria*, p. 29.

2 *Ibid.*, t. 1, p. 22-29.

podría hacerse comprender mejor á la vez la tiranía y la grosería de las necesidades nutritivas en Australia, que citando un pasaje bien conocido de una relación inglesa en que el autor describe una orgía nutritiva en Australia. Se trata de una fortuna inesperada, de una sobreabundancia alimenticia llegada á un clan del litoral por haber barado en la playa una ballena muerta: «Unos fuegos encendidos inmediatamente extienden á lo lejos la noticia de tan dichoso acontecimiento; los hombres se untan de grasa todo el cuerpo y hacen lo mismo con sus esposas favoritas, después de lo cual fraguan un paso á través de la grasa hasta llegar á la carne, que comen, ora cruda, ora asada sobre palos puntiagudos. A medida que llegan otros indígenas, sus mandíbulas trabajan sin cesar en la ballena, y se les ve trepando de aquí para allá sobre la hedionda osamenta en busca de los trozos exquisitos. Permanecen dos días enteros cerca de aquellos restos, frotados de pies á cabeza de grasa fétida, repletos de carne podrida hasta la saciedad, impulsados á la cólera por sus excesos y enzarzados en pendencias continuas, afectados de una enfermedad cutánea que les da ese alimento de gran gusto, ofreciendo un espectáculo asqueroso. Nada hay en el mundo más repugnante que ver una joven indígena de graciosas formas saliendo del esqueleto de una ballena en putrefacción ¹.»

Para nosotros civilizados, á quienes el hambre,

1 Cap. Grey, *Exploration dans l'Australie du Nord-Ouest et de l'Ouest*, p. 263 (citada por Lubbock), *Homme avant l'histoire*, pp. 348 349.

el hambre feroz es casi desconocido, una orgía nutritiva tan grosera es á la vez horrorosa é inconcebible; pero el hombre de la Australia pasa su existencia bregando con famélicas estrecheces, y aun en este caso es de notar su altruismo, ya que antes de atracarse glotonamente enciende fuegos para anunciar la buena nueva á los clanes amigos y convidarlos al festín.

Aparte de este altruismo que se puede llamar cívico y al cual le ha enseñado el clan, el australiano no es muy cariñoso; sus necesidades afectivas están muy poco desarrolladas. Dícese que entre los jóvenes hay pasajeras uniones amorosas, y en cuanto al matrimonio australiano, excluye casi todo sentimiento moral. Entre clanes conyugales este matrimonio es, como hemos visto, colectivo; entre clanes extranjeros, lo que se llama matrimonio es solamente el rapto brutal de las fieras, rapto siempre seguido de violación de la mujer previamente más ó menos aporreada ¹.

En uno y en otro caso no hay sitio para el amor.

El australiano no se eleva apenas del lado de la vida estética; sus danzas mímicas, sus groseros dibujos, que tanto se parecen á sus danzas, son de un niño, y niño queda por su animismo mítico, por su lenguaje y por su numeración. Sin embargo, tiene ya una mentalidad humana, que seguramente existía cuando sus antepasados pitecoides fundaron la primera forma de sociedad humana, el clan primitivo, grosera escuela en que, ellos y

1 Brough-Smyth, *loc. cit.*, introd. XXIV.

su descendencia, se civilizaron un poco y hasta crearon todos los elementos de las civilizaciones futuras. El clan de Australia es el menos alejado de la forma original, pero no es el único que haya sobrevivido hasta nuestros días. Encontraremos otro de un tipo menos rudo y, sobre él, podremos apreciar más exactamente cuáles han sido la influencia y la importancia del clan en la civilización primaria.

CAPITULO V

La mentalidad en el África negra

SUMARIO. — I. *Los Bochimanos*: predominio de las necesidades nutritivas; la horda anárquica; imperfección del lenguaje y de la numeración; instinto de sociabilidad. — II. *Los Hotentotes*: clanes organizados; gran sociabilidad; abandono de los débiles; movilidad é imprevisión; memoria especial; la lectura cantada. — III. *Los verdaderos negros africanos*: desaparición de los clanes republicanos; glotonería negra; cinofagia y canibalismo; las hazañas de los negros; sentimientos afectivos y amor maternal; un caso de heroísmo paternal; moralidad infantil; imprevisión; debilidad intelectual; totemismo y respeto á los animales. — IV. *La vida sensitiva y estética*: la pasión del canto y de la danza; canto primitivo de los bengos; dibujo y escultura. — V. *La vida intelectual*: cría y agricultura; edad de hierro; caracteres inferiores del lenguaje; gusto por las metáforas; numeración; incompleta evolución mental.

I. — LOS BOCHIMANOS

El África negra, el África retrosahariana, contiene razas más ó menos negras, pero mentalmente muy desiguales: los menos desarrollados de esos indígenas habitaban la región más meridional del continente, al norte del cabo de Buena Esperanza, y constituían una raza especial, la raza hotentote, muy inferior, pero subdividida en hotentotes, pastores y bochimanos, más inferiores aún, que han de colocarse todavía por bajo los fuegianos, siendo

verdaderos tipos primitivos, y á este título tienen interés para nosotros.

Desde el punto de vista intelectual, los bochimanos son los últimos de los hombres. Su vida se pasaba y se pasa aún errando, como animales, en busca de un alimento difícil de encontrar. Inhábiles para construirse el menor abrigo artificial, dormían en una caverna, bajo una roca, en una hendidura de la misma ó al aire libre, y en este caso abrían un hoyo cada noche en el suelo, reunían toda la hojarasca que tenían á mano y allí se cubrían como podían.

Su comida ordinaria se componía de langostas, de plantas bulbosas que desenterraban sus mujeres y de larvas de hormigas; á veces, gracias á su arco y á sus flechas envenenadas, invención cuyo mérito no ha de atribuírseles, se procuraban una pieza mayor de caza, por ejemplo, un antílope. Accidentalmente solía proporcionarles un viajero ó cazador europeo un hipopótamo ó un rinoceronte; pero tales inesperadas fortunas eran acontecimientos rarísimos en la miserable existencia de los bochimanos; y así se les veía abalanzarse á su presa y cebarse en ella como bestias: «No bien había sido abierto el vientre del hipopótamo, dice Burchell refiriendo una de esas escenas, devoraban sus entrañas, limpiándose en sus piernas y en sus brazos la grasa de sus dedos; cada uno se regocijaba por la parte obtenida y todos estaban chorreando sangre y repugnantes de suciedad ¹.»

1 Burchell, *Hist. univ. voy.*, vol. XXVI, p. 249.

En esas ocasiones tan felices como raras, la glotonería de los bochimanos era animal é insaciable; comían y comían sin cesar á dos carrillos ¹. Durante esos días de regocijo era extremada su sobreexcitación: charlaban, danzaban y cantaban sin pensar en el día de mañana.

Como los fuegianos, los bochimanos no tenían aún ninguna organización social; vivían en hordas poco numerosas, á modo de grandes monos. Su desarrollo intelectual era extremadamente escaso, y, por consiguiente, su animismo era grande: despreciaban las flechas que no habían hecho blanco y no querían servirse ya de ellas; creían que los carros más pequeños que usaban los europeos eran hijos de los más grandes ². En numeración, no poseían más que tres nombres de números, y sólo repitiéndolos llegaban á decir: «cuatro, cinco ó seis ³.» Para designarse entre sí no tenían nombres propios ⁴. Su lenguaje, que no se refiere á ningún otro, es tan pobre, que para hacerse comprender han de añadirle una mímica expresiva y no pueden hablar entre sí de noche sino acercándose á sus fuegos ⁵. Sin duda á causa de esa imperfección de su lenguaje son tan dibujantes y cubren de figuras, de dibujos groseros, las paredes de las cavernas y aun de sus calabazas ⁶.

Desde el punto de vista moral esos pobres seres

1 Burchell, *Hist. univ. voy.*, vol. XXVI, p. 337.

2 Lichtenstein, *Travels in South Africa*, t. II, 27.

3 Thompson, *Hist. univ. voy.*, vol. XXIX, p. 158.

4 Lichtenstein, *loc. cit.*, I, 119; II, 49.

5 Lubbock, *Orig. civil.* 409.—Brace, *Man. of ethnology*, p. 233.

6 Brace, *loc. cit.*, p. 232.

se elevan un poco; son sin duda impulsivos, como todos los primitivos, y, lo mismo que los fuegianos, muy capaces de matar sus hijos en un acceso de furor; lo hacen además sin vacilar en caso de hambre ó si su vástago es contrahecho ¹; pero tienen ya instintos de sociabilidad. El misionero Moffat refiere que un día, estenuado y pereciendo de hambre, debió la vida á una mujer bochimana que le dió generosamente larvas de hormigas ². Si se les regala alimentos, lo reparten en seguida entre todos, y el que distribuye cuida de reservar para sí la parte más pequeña. Por último pueden ser honrados y guardar fielmente un depósito ³.

Para la psicología comparada de las razas humanas son preciosos tales hechos, que demuestran que desde el más remoto origen de la domesticación humana, de la civilización, no existe ninguna relación necesaria entre el lado moral y el lado intelectual de la mentalidad, y que el desarrollo de los sentimientos afectivos precede con mucho al de la inteligencia.

II. — LOS HOTENTOTES

Preciso es considerar los hotentotes como bochimanos devastados que han hecho algunos progresos notables en el sentido de la civilización. No

¹ Moffat, *Ving-trois ans dans l'Afrique australe*, pp. 40-42.

² *Ibid.*, p. 39.

³ *Ibid.*, p. 42.

eran sin duda aún agricultores, pero tenían rebaños cuya vigilancia era hasta una función pública ¹, aunque esos animales fuesen ya propiedades individuales, desigualmente repartidas, de donde, ya en los clans, se encuentra la existencia de ricos y pobres. Los hotentotes eran nómadas; pero á la manera de los pueblos pastores, se abrigaban bajo chozas ó cajas portátiles, análogas á las de los tártaros y formando grandes villas, que pueden considerarse como clanes. Los hotentotes sabían adiestrar sus bueyes para servirse de ellos para montar ó para el combate; poseían además el arte de la cacharrería, etc., etc.

Sus pequeñas aglomeraciones no eran ya hordas anárquicas, como las de los bochimanos y fuegianos: eran grupos organizados que hasta tenían jefes que conducían sus compañeros á la guerra y los presidían cuando la aldea administraba justicia ². Las cualidades sociales de los hotentotes se habían desarrollado mucho: se les veía aprovechar y aun buscar todas las ocasiones de ayudarse mutuamente, aunque fuese á costa de privaciones individuales; para ellos, dar, era un verdadero placer; pero esa sociabilidad no había abolido ciertos rasgos de sus costumbres todavía bestiales: así sacrificaban sin dificultad sus hijos y sobre todo sus ancianos cuando llegaban á ser una carga para la comunidad, porque para ellos la necesidad les imponía la ley. En tanto que un hombre ó una

1 Kolbe, *History of the Cape of Good-Hope* (passim).

2 *Ibid.*

mujer podía salir de la choza, aunque fuese arrastrándose, y traer á ella algo útil, una planta, una raíz, ó un trozo de madera, se les trataba con humanidad; pero si se hacían impotentes, sus amigos y parientes, hasta sus mismos hijos los mataban, porque el modo de vivir de los hotentotes no admitía inválidos. Como la inteligencia de los hotentotes había sacudido ya un poco la torpeza primitiva, justificaban su inhumana conducta, diciendo, que entre dos extremos, ser muerto por sus amigos ó devorado por las fieras, lo primero era preferible ¹. Por lo demás, los ancianos así sacrificados ó abandonados encontraban la cosa muy natural. Una anciana de la tribu de los namaqueses, abandonada é inevitablemente destinada á ser devorada por las fieras, rehusó ser recogida en el carro del misionero Moffat, diciendo: «Ya estoy casi muerta; no quiero morir otra vez ²». En caso de gran apuro, los hotentotes se volvían sin dificultad al salvajismo primitivo de los bochimanos ³, con los cuales habían conservado más de un rasgo de semejanza, atracándose de carne, como ellos cuando la ocasión se presentaba; así despedazaban y devoraban las piezas de caza, como las bestias ⁴, chupando y sorbiendo la médula de los huesos sobre los miembros todavía palpitantes del animal muerto ⁵.

1 Kolbe, *loc. cit.*, p. 175.

2 Moffat, *loc. cit.*, pp. 90-91.

3 Thompson, *loc. cit.*, p. 175.

4 Burchell, *Hist. univ. voy.*, vol. XXVI, p. 277.

5 Thompson, *loc. cit.*, p. 81.

Por muchos aspectos de su mentalidad, los hotentotes habían quedado bochimanos; habían conservado la movilidad infantil ¹, la imprevisión, que les hacía agotar en un día todas sus provisiones sin pensar en el día siguiente ².

Tampoco eran mejor aritméticos que los bochimanos, ya que como ellos no tenían más que tres nombres de números y también como ellos contaban con los dedos no pudiendo pasar de cinco, y no vendían sus carneros sino el uno después del otro ³. Se ha citado frecuentemente el caso de un hotentote Damara, que habiendo vendido cinco carneros por cinco paquetes de tabaco, no quiso recibir los paquetes en junto y exigió que se les colocase exactamente al cabo de cada uno de los dedos de su mano extendida. Por último, no conocen aún otra medida del tiempo que los meses lunares ⁴.

Sin embargo, los hotentotes tenían una memoria especial, hasta una memoria tenaz para todo lo concerniente á su ganado: reconocían sin vacilar los animales en las numerosas yuntas ó tiros de los carros boers, y les bastaba oír una vez sus nombres para retenerlos siempre ⁵. No sin mucha dificultad llegaron á comprender lo que era la escritura, y á admitir que esos rasguitos negros pudiesen ser traducidos en palabras; les parecía

1 Burchell, *loc. cit.*, p. 81.

2 Cowper Rose, *Hist. univ. voy.*, vol. XXIX, p. 27.

3 Galton, *Tropical South Afric. Expl.*, p. 132.

4 Levailant, *Hist. univ. voy.*, vol. XXIV, p. 178.

5 Burchell, *loc. cit.*, p. 410.

eso imposible, á menos de ser producto de un encanto mágico ¹. Sin embargo, aprendieron á leer fácilmente, pero lo hacían gritando las letras; llegando un día ciertos hotentotes Corannas á pedir á Moffat que les enseñase el alfabeto cantando, y cumpliendo su deseo el misionero adaptó las letras á la música de una vieja canción ², porque era preciso que el oído de los discípulos viniese en ayuda de su vista. Pero esta particularidad mental no es especial á los hotentotes: he tenido ocasión, como muchos otros, de ver gentes poco cultas, algunos de nuestros campesinos, por ejemplo, que habían aprendido un poco á leer sin llegar á ser maestros en este arte, y para quienes la lectura silenciosa sólo con la vista era imposible: necesitaban pronunciar las palabras en alta é inteligible voz.

III. — LOS VERDADEROS NEGROS AFRICANOS

Las aldeas nómadas de los hotentotes pastores están aún muy cerca del clan primitivo, toda vez que la solidaridad ha permanecido grande en ellas, y que el jefe no es más que un caudillo en la guerra y un presidente de consejo en la paz; pero los hotentotes constituyen una variedad muy especial de las razas negras de Africa, y difieren de éstas por el matiz poco obscuro de su piel, por caracteres anatómicos especiales y, por último, por su lengua, que

1 Burchell, *loc. cit.*

2 Moffat, *loc. cit.*, p. 378.

no tiene parentesco alguno con las otras lenguas africanas ¹. Se les considera como restos de una antiquísima raza que acaso haya precedido en Africa á los negros actuales, y podría ser pariente de poblaciones enanas, actualmente casi extinguidas; de esos *negritos* de que se encuentran aún algunos restos en el Africa tropical, los akkas, que he tenido ocasión de examinar en Italia, así como de esos otros negritos que encontró Stanley en el gran bosque africano, y cuyo lenguaje era más mímico que vocal.

Las otras variedades negras de Africa han sufrido muchos contactos extraños, muchas invasiones y mezclas, y esto desde una antigüedad remotísima. En la aurora de los siglos históricos, los egipcios, los etíopes y los fenicios tuvieron con los negros relaciones de comercio, de conquista ó de vecindad. Aun allá mismo donde no ha habido contacto directo, los grandes focos civilizadores de Egipto ó de Etiopía han radiado más ó menos lejos en el continente negro; hasta todo el Africa oriental, desde la Nubia á la Cafrería, está hoy poblada de variedades negras que se refieren á la vieja raza etiópica. Es, pues, natural que la evolución política y social no esté ya en esas comarcas en su estado primitivo del clan igualitario, cuya antigua existencia apenas está atestiguada por sobrevivencias; por ejemplo, la de la monarquía electiva entre los bambaras. Casi en todas partes, los clanes y tribus de forma republicana é igualitaria han des-

1 Hovelacque, *Linguistique*, p. 68.

aparecido, constituyéndose casi en todas partes, sea la tribu monárquica, sea la pequeña monarquía despótica en exceso, ó al menos la tribu aristocrática. Al mismo tiempo la propiedad individual ha sustituido á la propiedad común; el comercio y la pasión de la ganancia se han desarrollado mucho, y por último, en todo el continente negro la poligamia individual ha sucedido al matrimonio exogámico ó comunitario de los primeros clanes, y la mujer ha sido más ó menos reducida al estado de esclava ó de bestia de carga. Ahora bien, esas transformaciones políticas y sociales no datan de ayer: han influido mucho sobre la mentalidad de los negros, sobre su carácter, sobre su manera de sentir y de pensar, etc. Vamos á buscar en qué dirección y en qué medida han debido modificar esas influencias el corazón y el espíritu de los negros africanos.

El progreso realizado ha sido escaso; á decir verdad, más ha sido industrial que moral; los primitivos que hemos examinado hasta aquí se rebajaban al nivel de los animales por la energía de sus apetitos nutritivos y la repugnante grosería con que les daban satisfacción. El negro de Africa no parece haberse refinado mucho bajo esa relación; el del Senegal, por ejemplo, está dotado aún de un apetito verdaderamente formidable; en buena salud, consume unos dos kilogramos de alimentos á cada comida, ó sea seis kilogramos diarios¹. Los cafres, que son, no obstante, negros de raza superior, se

1 Raffenel, *Nouveau voy. dans le pays des nègres*, t. I, p. 34.

comen á bocados, y varios á la vez, un gran trozo de carne, como perros hambrientos; después, cuando han hecho presa, cortan el trozo mordido al ras de la boca con un cuchillo ó con el hierro de su lanza ¹. No son exigentes sobre la calidad de los alimentos. Los cafres y los bongos del Africa oriental hacen también gran caso de la carne podrida; sobre todo los bongos, que hasta razonan sus gustos, la aprecian porque es tierna, y la declaran por esto más nutritiva y de digestión más fácil, llegando hasta disputar á los buitres los restos putrefactos abandonados por los leones ².

Sin embargo, esos bongos, tan poco delicados, tienen escrúpulos de otro género: en primer lugar no son caníbales, como sus vecinos los mombutus y otras muchas hordas africanas, y además tienen tanta repugnancia por la carne del «amigo del hombre,» el perro, como por la del hombre mismo, y por esto también se distinguen honrosamente de sus vecinos ³; porque la cinofagia suele coexistir con la antropofagia en todo país salvaje.

Ya he tenido ocasión de observar que, á lo menos en las razas primitivas, no hay relación necesaria entre el lado intelectual y el lado moral ó afectivo de la mentalidad: el estudio del canibalismo en Africa lo confirma plenamente. Así, en el Africa oriental, el pequeño pueblo de los mombutus, de raza etiópica, es intelectualmente superior á sus vecinos, en su mayor parte de raza inferior y

1 Burchell, *loc. cit.*, p. 456.

2 Schweinfurth, *The Heart of Africa*, t. I, p. 274.

3 *Ibid.*, p. 272.

mucho menos civilizados. Por esa misma razón, los mombutus desprecian profundamente esas poblaciones demasiado salvajes; sólo que su desprecio va tan lejos, que los tratan como animales de caza, hasta el punto de organizar batidas contra ellos con el único fin de proveerse de carne, y sobre el mismo campo de batalla descuartizan y acecinan la carne de los muertos para llevársela, y los prisioneros, agrupados como rebaños de carneros, los conducen, reservándolos para el matadero ¹.

El mismo contraste moral, interesantísimo para la psicología de las razas humanas, se ha observado en el Africa occidental, en los fans, también de raza etiópica, como los mombutus. Se les describe como siendo de hermosa raza, altos, robustos, inteligentes, pero caníbales tan determinados que compran para comerlos los muertos de las tribus vecinas ².

Hay otros países aún, donde costumbres de un salvajismo más que bestial coinciden con cierta civilización material, pero que no impide en nada el más repugnante desprecio de la vida humana; como los achantis, por ejemplo, que vivían bajo el régimen de la pequeña monarquía y cuya civilización industrial estaba tan adelantada, y comían aún el corazón de sus enemigos vencidos ³, y sus jefes militares se envanecían con nombres pintorescos, cada uno de los cuales pintaba la manera que tenía de matar á sus prisioneros: uno se llamaba « corta

1 Schweinfurth, *The Heart of Africa*, t. II, p. 93.

2 Du Chaillu, *Voyages dans l'Afrique équatoriale*, p. 142.

3 Bowdich, *Hist. univ. voy.*, vol. XXVIII, p. 430.

dor de brazos;» otro «aplastador de cabezas con una piedra;» un tercero, «cortador de piernas ¹.» En el Africa ecuatorial, según Du Chaillu, las hazañas de que ordinariamente se alaban consisten en haber sorprendido y matado mientras dormían hombres, mujeres y niños; de haber asesinado, en emboscada y sin que pudiera defenderse, un hombre solo en el bosque ó una mujer que iba á sacar agua. Por el contrario, casi los únicos, los fans, esos aficionados á la carne humana, de quienes he hablado hace poco, combaten con lealtad y atrevimiento ²; mientras que otros negros, también de raza etiópica, los cafres bechuanas, á pesar de ser más civilizados, tenían costumbres feroces; viéndoseles en ocasión de una invasión de su país, después de haber dejado cobardemente á una tropa de hotentotes griquas el cuidado de rechazar los enemigos, arrojarse como lobos sobre los vencidos para acabar los heridos y matar los niños primeramente, y después las mujeres, que imploraban piedad descubriendo su seno y gritando: «¡Soy mujer! ¡soy mujer!» ³

En lo concerniente á la afección familiar de los negros, los hechos observados son por sí mismos muy contradictorios, aunque sin duda igualmente verdaderos: de la mayor parte de ellos se deduce que los sentimientos afectuosos entre los padres no son muy fuertes, exceptuando quizá el cariño de la madre por sus hijos cuando son muy niños: «Hay en la negra, nos dice un buen observador, un ver-

1 Bowdich, *Mission to Aschantees*, p. 300.

2 Du Chaillu, *loc. cit.*

3 Thompson, *Hist. univ. voy.*, vol. XXIX, p. 10.

dadero y profundo amor á sus hijos, que corresponden con ternura filial, siendo difícil expresar los cuidados, caricias y niñerías de esas madres, cuya figura y aspecto parecen tan poco á propósito; unas veces cantando canciones de un ritmo dulce y tierno, otras con risas y zalamerías infinitas ¹. » Pero muchas hembras de animales hacen lo mismo, y, como entre los animales, el amor maternal de las negras es de corta duración; puesto que en cuanto sabe andar y puede abandonar la chozá, la madre no se inquieta ya por él y le deja criarse solo y hacer á su riesgo todas las experiencias de la vida, peligrosas ó no ². No obstante, se ha visto, entre los ribereños del Níger, mujeres cuyos hijos pequeños habían muerto, que llevaban sobre su cabeza figuritas de madera, en que sin duda suponían que podía residir aún la sombra ó el doble del niño muerto; porque á ningún precio querían desprenderse de aquellas groseras esculturas, y á la hora de las comidas les ofrecían alimentos como á seres vivientes ³. Burton afirma que en país negro y en cuanto pasa la primera infancia, el padre y el hijo se vuelven hostiles, á la manera de los animales ⁴. No se crea por esto que el negro sea insensible; lejos de ello, es muy impresionable; la muerte de un amigo, por ejemplo, suele inspirarle extremado dolor ⁵: lo que falta á sus impresiones morales, no es la violencia, sino la duración.

* 1 Mondière, *Mariage des nègres sénégambiens*.

2 Labat, *Nouvelle relation de l'Afrique Occidentale*, t. II, p. 302.

3 R. et J. Lander, *Hist. univ. voy.*, vol. XXX, p. 61.

4 Burton, *Voyage aux Grands Lacs*, p. 637.

5 *Ibid.*

Sabido es que en casi toda el Africa negra, los padres venden voluntariamente á sus hijos, y hasta se ha visto cafres, negros de raza superior, cebar con sus propios hijos las trampas para cazar leones, bajo cuyas trampas, formadas con grandes piedras, se ocultaba el niño para atraer con sus lamentos á los leones, que casi siempre sacrificaban al niño ¹. Semejantes hechos, horribles para los civilizados, ni siquiera son una falta en país salvaje, donde el hijo es la propiedad absoluta de los padres, ó del padre sólo en cuanto la familia paternal está más ó menos bien instituída. Solamente que hay que reconocer que esos padres tan prácticos de la Cafre-ría, de quienes hablo en este momento, sienten escasísimo amor hacia su primogenitura. Por el contrario, otros cafres, los bechuanas, por ejemplo, aman mucho á sus hijos; entre ellos, los padres hasta toman el nombre del primogénito, al cual añaden solamente el afijo *ra* para el padre y *ma* para la madre; pero en general, si eran benévolos para su progenitura, obedecían más á razones políticas que sentimentales; debíase á que entre los cafres meridionales, el espíritu y hasta las costumbres de la tribu republicana sobrevivían aún en gran parte, y cada hijo, sobre todo cada varón, era considerado por ellos como un futuro guerrero que aumentaba las fuerzas de la comunidad. Por eso, cuando un niño se acercaba á un grupo de hombres durante la comida, volvía siempre con las manos llenas ².

1 Layland, *Journal of Ethnol. Soc. London* (1869, vol. I, p. 79 (*Cave cannibals of south Africa*).

2 Livingstone, *Explorations*, p. 143.

Por lo mismo el amor, el amor tal como lo entienden los civilizados algo delicados, apenas es conocido en Africa, quedando frecuentemente reducido á su más simple expresión, á la satisfacción sensual de una necesidad, al celo animal. Para el hombre los celos es la expresión del derecho del propietario sobre la cosa poseída; pero ese propietario presta ó alquila su ó sus mujeres ¹. Nunca llega el marido á dar á su mujer la menor señal de cariño, y en el lenguaje hasta no existe palabra para designar lo que nosotros llamamos « amor » ².

Sin embargo, á esta regla de insensibilidad se han hallado algunas excepciones, porque el Africa es grande y las variedades étnicas son allí numerosas. Schweinfurth refiere un caso de amor natural heroico: entre los dinkas del alto Nilo, dice, los padres son bien tratados, los hijos no son abandonados jamás, los hermanos se ayudan mutuamente, y refiere la afectuosa acción de un padre que en el espacio de quince ó dieciséis leguas llevó sobre sus espaldas un hijo adulto é impotente ³. Pero, en resumen, la impresión general que se desprende del conjunto de los testimonios recogidos, es que el negro de Africa está mal dotado respecto de la vida afectiva.

De otra multitud de informes puede deducirse también que el sentido moral, tomando la expresión en su más amplio sentido, en la mayor parte de los negros africanos es nulo ó débil. Los prime-

1 Wake, *Evolution of morality*, p. 164.

2 H. Spencer, *Sociologie*, t. II, p. 293.

3 Schweinfurt, *Cœur de l'Afrique*, t. I, p. 168.

ros misioneros no encontraron en el lenguaje de los cafres expresión para decir «pecado,» debiendo contentarse con la palabra *boleo*, que significa propiamente «defectuoso, malo,» en su sentido concreto, como «mal cuchillo, mala arma»¹. Por otra parte, el negro es avaro y poco seguro; el respeto á un compromiso y la veracidad son en él raras excepciones, y habría que considerar como una anomalía extraordinaria un hecho contradictorio, observado por Mungo-Park, el de un joven negro de la Senegambia, que retiraban herido de un tiro de una refriega, y del cual su madre hacía el elogio diciendo y repitiendo: «Jamás decía una mentira; no, jamás»².

En resumen, se está en derecho de afirmar que, salvo raras excepciones, el negro conserva toda su vida gran número de rasgos de los que caracterizan la infancia. Especialmente permanece ligero, versátil, aturdido, incapaz de previsión; vive al día, preocupado sobre todo de satisfacer sus necesidades del momento, sin sentir lo pasado ni cuidarse del porvenir³. Un príncipe de Karagüé, Rumanika, de quien Speke ha elogiado la inteligencia relativa, que pertenecía á la raza etiópica, deseaba que al volver á sus Estados los viajeros le trajeran cierta tela bordada de oro y plata, juguetes de niños, cajas de sorpresa, soldados de plomo, muñecas y figuras de movimiento⁴.

1 Moiffat, *Vingt-trois ans*, etc., p. 244.

2 Mungo-Pak, *Histoire universelle des voyages*, vol. XXV, p. 121

3 Hovelacque, *Les Nègres*, p. 421 et passim.

4 Speke, *Sources du Nil*, p. 199.

Con frecuencia la imprevisión de los negros es extremada: los sereres van cada año á las factorías europeas á vender cacahuete, cuyo precio gastan en seguida en chucherías; algunos meses después han de volver avergonzados á comprar á precios exorbitantes los granos necesarios para las siembras del año; pero la lección no les aprovecha jamás, y siempre vuelven á empezar ¹. Del mismo modo, las tribus de la costa senegámbica, cuyo alimento principal es la banana, se ven frecuentemente reducidos á vivir de frutos ó de raíces salvajes, aunque su suelo sea muy fértil y que el banano viva allí casi sin cultivo ². Más aún, para crear plantaciones sería necesario abstraerse del momento presente, evocar el cuadro de posibilidades molestas, emprender trabajos fatigosos y de largo plazo; en resumen, hacer una vida de hombre, de hombre mentalmente maduro, capaz de recordar y de querer; pero esto son operaciones psíquicas de que la mayor parte de los negros son incapaces, al menos en su país y en estado natural, porque yo disto mucho de creer incurable la debilidad mental de las razas actualmente inferiores. Las razas hoy superiores distan mucho de serlo respecto de todos los lados de su naturaleza y de su civilización. Por último, la historia científica del género humano proclama que todas las razas han principiado por el más bestial salvajismo y que el progreso mental resulta de una larguísima educación, de que verosímilmente todos los tipos de la

1 Bérenger-Féraud, *Peuplades de la Senegambie*, p. 432.

2 Du Chaillu, *Voy. Afrique équatoriale*, pp. 116-157.

humanidad son más ó menos susceptibles; y ahora, bajo el beneficio de estas reservas, puedo continuar mi exposición general de la mentalidad actual de los negros de Africa, llevando particularmente la investigación sobre la vida intelectual.

De este lado aún, los resultados de la información serán poco favorables. Casi en todas partes el espíritu de los negros ha quedado infantil: los cafres, negros superiores, sin embargo, son, al decir de uno de sus amigos, inaccesibles al razonamiento, incapaces de reflexión ¹. «El espíritu humano, asegura también Livingstone hablando de los cafres, ha quedado aquí en estado de estacionamiento completo respecto de las operaciones de la naturaleza... Ningún asunto ha ocupado jamás la inteligencia de estos pueblos fuera de los que tienen relación íntima con las necesidades del estómago ².» En efecto, los cafres pensaban que el misionero Moffat y su compañero Hamilton impedían caer la lluvia con sólo mirar las nubes ³. Los barcos les parecían casas vivientes que brotaban sobre el mar para sustentarse ⁴. No se citará demasiado á Burchell, quien, hablando del cafre, su maestro de lengua, dice: «Su vida contiene tan pocos incidentes, sus ocupaciones y sus pensamientos se fijan en tan pocos objetos, que sus ideas han de ser necesariamente limitadas y escasas: á veces me veía obligado á despedir á Mochaulka,

1 Moffat, *loc. cit.*, p. 195.

2 Livingstone, *Explorations*, p. 14.

3 Moffat, *loc. cit.*, p. 195.

4 *Ibid.*, p. 239.

mi maestro de lengua, cuando apenas me había indicado una docena de palabras, porque evidentemente ese ejercicio de la facultad de pensar agotaba en seguida su poder intelectual y le incapacitaba para dedicar más tiempo su atención al asunto; su fisonomía perdía toda expresión y parecía reducido al estado de un niño cuya razón dormita aún; entonces se quejaba de dolor de cabeza, y como era inútil insistir, le dispensaba la lección de aquel día ¹.»

En otra obra, tratando de la educación, he resumido la opinión de los misioneros que han fundado escuelas en país negro, quienes, como los viajeros, piensan que el niño negro está dotado de una viva inteligencia, más precoz aún que la del blanco, pero que esta inteligencia no madura; de acuerdo en este punto con buenos exploradores laicos ². Por otra parte, la abstracción, en el sentido filosófico de la palabra, parece inaccesible al espíritu del negro salvaje: necesita hechos concretos, y es impotente para generalizar y para sistematizar ³. Otro observador nos dice que jamás ha visto uno de nuestros libros en manos de un negro adulto al salir de las escuelas del Senegal ⁴. Hay, sin embargo, excepciones que contradicen la unanimidad de esos testimonios. En general, y en tanto que no han aprendido á leer, la lectura parece á los negros cosa sobrenatural ⁵; mas, no obstante, un negro que sa-

1 Viajes de Burchell.

2 Baker, *Albert-Nyanza*, p. 200.

3 A. Hovelacque, *Les Nègres*, p. 454.

4 Corre, *Revue d'Antropologie*, p. 97.

5 Livingstone, *loc. cit.* p. 214.

bía leer á la europea, logró crear un alfabeto para su lengua natal; y, hecho muy curioso, este alfabeto se asemejaba mucho á los primeros alfabetos imaginados por las razas blancas: en parte era silábico y en parte fonético; debiendo haber hecho previamente el autor un estudio analítico de su idioma ¹; es decir, realizar un acto de iniciativa y de originalidad intelectual.

Tales ejemplos son estimulantes, pero raros en el Africa negra. Generalmente, la repetición rutinaria y diaria de las mismas prácticas ha creado entre los negros salvajes costumbres mecánicas que han adquirido una potencia análoga á la de los instintos animales, siendo las ideas de progreso, aun las de simple cambio, antipáticas á los africanos. He ahí por qué todos los viajeros en Africa han encontrado en las diversas tribus tipos de habitación, en apariencia invariables, como lo son los nidos de las aves. (Burton; *Ethnol. Trans.*, 1867) ². En la relación de su primer viaje en Africa, Livingstone refiere también que no podía obtener de los cafres la construcción de una choza de forma cuadrangular, y, en efecto, en toda el Africa negra, las chozas son circulares y en forma de colmena. En el Africa oriental, las excepciones de esta regla, por ejemplo, la de los mombutus, deben de ser ó una tradición de la antigua Etiopía ó una importación árabe. El mismo viajero refiere lo que sucedió cuando dió á los negros cucharas de hierro, utensilios que les eran completamente desconocidos: tomaban

1 Peschel, *Races of man*, p. 479.

2 H. Spencer, *Sociologie*, t. I, p. 132.

dócilmente un poco de leche con la cuchara, como los blancos; pero después lo vertían en el hueco de la mano y bebían en seguida, según su costumbre. Cito de paso, y á título de ejemplos, estos curiosos hechos, que son preciosos por cuanto nos explican el primer origen del espíritu de reacción, de resistencia al progreso, con que todas las sociedades, aun las más civilizadas en apariencia, han debido contar y deben aún seguir contando.

Otra particularidad mental se observa en los negros, y que les es común con todos los primitivos; algunos pueblos de raza superior se atribuyen un origen especialmente distinguido, hasta divino. Los negros, y esto honra su buen sentido, no tienen esas ilusiones megalomaniacas; pero van más lejos en el sentido opuesto; les ha admirado, por el contrario, el estrecho parentesco del hombre y del animal; tienen animales por *totems* y, en el Africa oriental, ciertas tribus, cafres probablemente, denominan á los monos «el pobre pueblo» y piensan que son hombres que han sufrido desgracias; creen que una tribu zulú llegó á transformarse toda en babuinos ¹. Además, cuando sucede que los cafres matan un elefante, le presentan excusas en seguida, explicándole que su muerte ha sido un accidente imprevisto, y, para más seguridad, le cortan la trompa, cantando en coro: «El elefante es un gran jefe; su trompa es su mano ².» Escenas análogas ocurren en el Africa occidental cuando logran

1 E. B. Tylor, *Civil. prim.*, p. 433.

2 Cowper Rose, *Histoire universelle des voyages*, vol. XXIX, p. 293.

matar un leopardo: se alaba la belleza del animal y hasta se burlan de su impotencia actual, diciéndole: «¡Ya no matarás á nadie! ¡Ya no saltarás sobre tu presa! ¡No comerás más cazadores! etc. ¹» Todo esto concuerda además con los diversos rasgos infantiles del negro, cuya existencia hemos expuesto, lo mismo que con el carácter de su inteligencia. Réstame terminar esta exposición de psicología por un rápido examen de las obras ó adquisiciones especialmente sensitivas é intelectuales en los negros.

IV.—LA VIDA SENSITIVA Ó ESTÉTICA

En el Africa tropical, yendo de Oeste á Este, puede observarse una evolución progresiva bastante marcada de las aptitudes musicales, desde las groseras tribus del litoral de la Senegambia hasta las pequeñas monarquías negras, donde se han hecho sentir las influencias y las mezclas de la raza etiópica y árabe.

En el negro inferior, sobre todo en el negro occidental, el amor del canto y de la danza tiene el carácter de una pasión, que no se satisface jamás y que frecuentemente se une á las ideas eróticas ó cónicas. «Es curioso, dice un viajero, ver qué exaltación produce en Africa el son del tam-tam... En cuanto lo oyen, pierden los negros el dominio de sí mismos; cuanto más resuena ese horrible timbal

1 Du Chaillu, *Africa équatorial*, p. 74.

con golpes enérgicos, más ardor ponen los hombres en sus salvajes brincos, y las mujeres más indecencia en sus contorsiones ¹.» Y esas fiestas coreográficas se verifican cada tarde en toda el Africa media y parece que hacen olvidar instantáneamente todas las miserias públicas y privadas ². El tam-tam, el tambor negro, varía en su forma y en su construcción á través del Africa; pero es siempre el instrumento preferido, uniéndosele, á medida que las poblaciones son más orientales, flautas y hasta diversos instrumentos de cuerda, como guitarras, arpas y violines de factura más ó menos primitiva, y cuya primera idea ha podido prevenir de las antiguas civilizaciones de Etiopía y hasta de Egipto. No me es posible, sin excederme demasiado de mi propósito, describir aquí todos esos instrumentos musicales, por lo que me limito á indicar su existencia; observando únicamente que la música de conjunto no es ni siquiera sospechada, y que si se reúnen alguna vez en orquesta esos diversos instrumentos, cada uno vibra por su cuenta, cuidándose sólo los músicos de hacer el mayor ruido posible ³. Conviene notar, como excepción única, la extraordinaria emoción que produjo sobre un jefe, en Konka, una caja de música que tocaba le *Ranz des vaches*: «Se cubría la cara con las manos y escuchaba en silencio; después, habiendo roto el encanto uno de los asistentes con una exclamación, le dió un fuerte golpe que hizo temblar á los

1 Da Chailu. *Africa équatoriale*, p. 223.

2 R. et J. Lander, *loc. cit.*, p. 331.

3 Laing, *Histoire universelle des voyages*, vol. XXVIII, p. 53.

otros ¹.» En el Africa oriental existe el mismo amor de la danza, del canto y del tam-tam, habiéndose notado que esos negros tienen en tan alto grado el sentimiento coreográfico de la medida, que centenares de danzantes hieren la tierra con el talón en un conjunto perfecto ². Pero en esos placeres ruidosos la inteligencia toma escasa parte; las palabras, siempre improvisadas, se limitan á algunas frases sin rima ni razón, y que se repiten hasta la saciedad, sólo para hacer ruido ³.

Entre los negros del Africa oriental, que proceden más ó menos de la raza etiópica, aun siendo todavía muy salvajes, los bongos parecen ser los mejor dotados para la música, á pesar de que su canto ha quedado muy primitivo, mal desprendido aún del grito, ó á decir verdad, no siendo más que un conjunto de palabras entrecortadas, de sonos que imitan el ladrido del perro, el mujido de la vaca ⁴, etc.; en resumen, ese canto ha permanecido siendo lo que debió de ser el canto original, es decir, un modo de expresión imitativo, destinado simplemente á exteriorizar impresiones ó imágenes mentales. Mas para la música, los bongos se elevan mucho, porque, quizás los únicos en el Africa negra, poseen una guitarra correctamente construída desde el punto de vista acústico, y todos son más ó menos músicos ⁵. En la misma región los niam-niam,

¹ Denham et Claperton, *Histoire universelle des voyages*, vol. XXVII, p. 130.

² Burton, *Voyage aux Grands Lacs*, pp. 312-313.

³ *Ibid.*, p. 341.

⁴ Schweinfarth, *The Heart of Africa*, t. I, p. 289.

⁵ *Ibid.*, t. I, p. 287.

mucho peor dotados, tienen el mismo gusto determinado por la música, y, acompañándose de una grosera mandolina, cantan con voz gangosa unos recitados monótonos que les sumergen en una especie de éxtasis. Ya he mencionado la extrema voracidad de la mayor parte de los negros: bajo este respecto, los niam-niam, aunque melomanos, son notables, aun entre sus congéneres; devoran como animales, y, sin embargo, son capaces de hacer música á su manera, durante días y noches, olvidándose de comer y beber; de tal modo les cautiva placentemente esa ocupación ¹. Conviene retener el hecho, porque tiene su importancia para la psicología de los primitivos, y sobre todo por la participación que ha podido tener la música en el origen y en la lenta civilización de las razas humanas mal desprendidas aún de la animalidad.

Hemos visto los tipos más inferiores del género humano servirse ampliamente del dibujo y aun del colorido como medio de expresión; los negros del Africa media parecen haber excedido esta fase, porque gustan con exceso del adorno, de los colores vistosos y de los peinados complicados. Los hermanos Lander han visto una pareja de reales esposos disputar como niños sobre la posesión de botones de metal estampado y brillante que se les había dado ². No solamente esos negros dibujan poco, sino que, como sucede á nuestros niños pequeños,

1 Schweinfurth, *The Heart of Africa*, t. II, p. 29.

2 R. et J. Lander, *Histoire universelle des voyages*, vol. XXX p. 168.

son incapaces de comprender nuestros dibujos de paisaje; necesitan, igualmente que los niños, figuras de hombres ó animales ¹, si bien que estas últimas excitan á menudo su admiración, y á veces les dan la ilusión de la realidad, viéndose en e Africa oriental que las mujeres tomaban por seres vivos las fotografías de europeos y creían que tenían necesidad de dormir y de comer ².

La escultura agrada más que la pintura á los negros africanos. Los indígenas del Yurriba adornan con esculturas sus puertas, los pilares de las galerías de sus viviendas, etc., representando esos groseros bajo-relieves escenas de caza ó de guerra; por ejemplo, una boa estrujando un carnero, hombres capturando enemigos ó conduciendo esclavos. En las mismas poblaciones se encuentran también informes estatuas de madera ³; lo que constituye un gusto general, puesto que en el Africa oriental se encuentran las mismas esculturas decorativas, ora como simples ornamentos, ora como recuerdos ⁴. La mayor parte de esos negros están convencidos de que por la belleza de los rasgos y de las formas su raza es muy superior á las razas blancas. Mungo-Park refiere que las negras de la Senegambia explicaban la blancura de su piel diciendo que en su infancia se les había lavado en leche, y en cuanto á la forma tan ridícula de su nariz, decían

1 Denham et Claperton, *Histoire universelle des voyages*, vol. XXVII, p. 77.

2 Thompson, *Au Pays des Masaï*, p. 299.

3 Clapperton, *Second voyage*, p. 94.

4 Schweinfurth, *loc. cit.*, t. I, p. 284.

que para obtenerla, se les había apretado diariamente hasta dejarla como estaba ¹.

Esta admiración de sí mismo, de su raza, de su país, es una debilidad que la mayor parte de los civilizados no tienen derecho de censurar en los pueblos salvajes: nada es más universal que la infatuación.

V. — LA VIDA INTELECTUAL

En nuestros países civilizados, cuando se habla de obras intelectuales se entienden sobre todo las creaciones artísticas, literarias, científicas y filosóficas; pero entre los salvajes ha de darse á la palabra « intelectual » un alcance más modesto y más amplio á la vez, y aplicarla á todo lo que pueda resultar de un esfuerzo cualquiera de la inteligencia y de la razón. Es preciso, pues, comprender todo lo que denota algún espíritu de invención y, por consiguiente, las prácticas industriales, sin exceptuar la agricultura; es decir, la industria que por excelencia supone la previsión á largo plazo, la observación y el ingenio.

Las tribus africanas no siempre tienen ganados; lo mismo ocurre en la mayor parte de las poblaciones caníbales (fans, mombutus, etc.); pero todas, excepto los hotentotes, son más ó menos agrícolas. Sin embargo, el arado, siquiera en su forma más rudimentaria, sólo está en uso en ciertas tribus del

1 Mungo-Park, *Histoire universelle des voyages*, vol. XXV, p. 76.

Sahara meridional, que más bien son berberiscas que negras. Los verdaderos negros, aun los de raza superior, ignoran aún el arado y labran á la azada, una azada especial en forma de media luna cuyo borde convexo es cortante ¹. Otros indígenas, por ejemplo, los de Darfour, de raza nubia no obstante, se han estacionado en el modo agrícola más primitivo; depositan granos de mijo en agujeros abiertos á algunos pies de distancia unos de otros ². Algunos etiofes del Africa oriental, los oua-teita del país de los Massai, por ejemplo, tienen, por el contrario, una agricultura relativamente sabia: hasta en la vertiente de las montañas, donde quiera puede haber un poco de tierra, han creado parcelas de tierra donde cultivan bananas, batatas, casabe y caña de azúcar. Como se hacía en la antigüedad, de donde procede sin duda su ciencia agrícola, utilizaron el menor hilillo de agua por un ingenioso sistema de canalizos que pasan de una roca á otra por medio de acueductos formados con estipos de banano ³. Toda esa industria agrícola puede provenir de la Etiopía de los antiguos, que á su vez había recibido lecciones de Egipto.

La industria propiamente dicha está muy desigualmente desarrollada en Africa; pero un gran hecho domina en ello, y es que desde tiempo inmemorial todo el continente negro ha llegado á la edad de hierro y aun parece haber ignorado siempre la edad de bronce. En todas partes se trabaja el

1 Raffenel, *loc. cit.*, t. I, p. 413.

2 Browne, *Histoire universelle des voyages*, vol. XXXV, p. 401.

3 Thompson, *Au pays des Massais*, p. 52.

hierro, únicamente que los procedimientos varían, perfeccionándose cada vez más á medida que se acercan al Nordeste, es decir, á las regiones donde floreció la antigua civilización etiópica. En muchas comarcas africanas el herrero goza de una estimación particular y á veces constituye una casta aristocrática. No describiré aquí la industria africana en sus diversas ramas, recordaré solamente que hay en Africa una zona particularmente industrial, la que se aproxima al Sahara, donde los árabes y los berberiscos han penetrado ampliamente en todo tiempo: allí se encuentran prácticas y costumbres que se asemejan mucho á nuestra pequeña industria medioeval y que he descrito en otro lugar; me limito, pues, á recordarlas. Si esta zona es privilegiada desde el punto de vista industrial, débese sin duda á que está ampliamente mezclada; porque no lejos de ella, los nubas del Sennaar se sirven aún para procurarse del fuego de un procedimiento extremadamente primitivo ¹, del cual se sirven también los australianos. Por último, en el Africa del Sur, los cafres bechuanas, negros de raza superior, eran tan poco industriales, que no comprendían que los blancos se diesen tanta pena para procurarse una multitud de objetos completamente inútiles en su concepto. «¿A qué perder sebo en velas en lugar de comérselo ó de frotarse con él el cuerpo para ponerse reluciente y bello? ¿A qué afanarse tanto para fabricar cofres, sillas, mesas, etc., objetos de que es tan fácil prescindir ²?»

¹ Bruce, *Histoire universelle des voyages*, vol. XXIII, p. 479.

² Moffat, *Ving-trois ans*, etc., p. 319.

La aptitud y la habilidad industriales están, pues, muy desigualmente desarrollados en el vasto continente negro, y no es siempre á causa de una desigualdad mental. Los cafres bechuanas, por ejemplo, no ceden en inteligencia á los mandingas; pero su destino ha sido otro, han vivido en un estado de segregación relativa; ninguna raza más envejecida en civilización ha venido á tentarlas ni á turbarlas; en resumen, no han tenido motivos determinantes para cambiar.

EL LENGUAJE Y LA NUMERACIÓN

Las lenguas y la numeración de una raza pueden, mejor aún que su industria, dar la medida de su potencia intelectual. No habiendo de hablar como lingüista de las lenguas africanas, recordaré sólo que se relacionan con la gran familia de las lenguas aglutinantes, limitándome á notar en ellas algunas particularidades propias para darnos idea de las facultades intelectuales de los negros. En primer lugar el negro no gusta de acumular las consonantes, y la mayor parte de las palabras y sílabas de sus lenguas terminan en vocales¹; he ahí además un carácter infantil. En la lengua del hontote, tipo humano más primitivo que los negros propiamente dichos, se ha conservado un carácter muy inferior; las palabras van acompañadas de chasquidos variados, llamados *clicks*, ruidos singu-

1 A. Lefèvre, *Les Races et les Langues*, p. 115.

lares que tienen algo de bestial y pertenecen por completo á la familia del grito ¹. En la misma lengua de los hotentotes, muchas palabras son lo que los lingüistas llaman *homofonas*, aunque tengan sentidos diferentes, y no se distinguen las unas de las otras sino cantándolas sobre entonaciones variadas ².

Los hotentotes ocupan el último lugar en la jerarquía negra. Por el contrario, los bantus, los cafres son de raza relativamente superior; y su lengua ha conservado huellas muy numerosas de las fases evolutivas por que ha pasado, pudiéndose notar en ellas la filiación de gran número de palabras que es aún fácil volver á sus raíces muy concretas. Así en los dialectos bantus la palabra «pegar» se toma también en el sentido de «castigar» y «juzgar». Del mismo modo «hormiga alada» quiere decir «destreza, rapidez». La palabra «perro» puede significar «inferior,» etc., etc. ³, es decir, que, gradualmente, de denominaciones que designan objetos ó seres del medio exterior, han sabido, por comparación y por analogía, sacar palabras de alcance general y simbólico. Semejantes modificaciones de las palabras y de su sentido acusan una evolución mental y correlativa de la raza, y se las encuentra también, aunque menos visibles, en los idiomas flexionales de las razas blancas.

Muchas expresiones bantus son también metafóricas, y esa necesidad de imágenes se manifiesta

1 A. Lefèvre, *Les Races et les Langues*, p. 117.

2 *Ibid.*

3 *Ibid.*, pp. 119-120.

también en la manera de hablar, en las frases. En general, el negro de toda raza no aprecia sino el lenguaje figurado ¹, y es además de una locuacidad infatigable; para él, el asunto menos importante no puede resolverse sino después de muchas horas de *palabre*; tiene necesidad de hablar para no decir nada, y, en las caravanas, los faquines distraen la fatiga pronunciando palabras sin objeto durante cuatro ó cinco horas ². Pero esos dos rasgos, el gusto, ó, por mejor decir, la necesidad de metáforas, de comparaciones pintorescas propias para dar cuerpo á un pensamiento vacilante, y, más aún, esa imposibilidad de callarse, son caracteres que todo el mundo ha podido observar en nuestros niños. Por último, el examen de la numeración rudimentaria, en uso entre los negros del Africa, va á sugerirnos una observación del mismo género.

No obstante, en lo concerniente á la ciencia de los números, los negros de Africa están infinitamente más desarrollados que los australianos; primero porque son más inteligentes, y luego porque, en general y de larga fecha, son muy aficionados al comercio, hasta el punto que los negritos se entretienen en contar *cauris* y que, entre los yorubas de Abeokuta se injuria á un hombre diciéndole: «ni siquiera sabes cuanto hacen 9×9 ³.» Pero la numeración no ha tenido en Africa origen diferente al de otros países, prescindiendo de los hotentotes. Entre los cafres zulús, por ejemplo, la expre-

1 Speke, *Sources du Nil*, p. 270.

2 Burton, *Voy. aux Grands Lacs.*, p. 641.

3 E. B. Tylor, *Civil. prim.*, p. 279.

sión empleada para decir «seis» significa literalmente «tomar el pulgar de la otra mano ¹.» Es este un hecho tan característico, sobre todo en un raza relativamente superior, que me abstengo de citar otro.

Concluyamos, pues, que el negro de Africa, estudiado en su país no ha pasado aún los estadios inferiores de la evolución mental, y sobre todo que ha conservado en su carácter, en su inteligencia y en su impresionabilidad cierto número de rasgos que en las razas más desarrolladas son especiales de la infancia. Aun una vez más, no quiere esto decir que jamás podrá el negro franquear ese grado inferior. Pero ¿se le permitirá hacerlo? Ese mercantilismo brutal de las naciones que abusan de su civilización, ¿se corregirá lo suficiente para inspirarle, respecto de las razas rezagadas, una conducta verdaderamente humana, una misión de tutor bienhechor y paciente? Por desgracia es permitido dudarlo.

1 Lubbock, *Orig. civil.*, p. 435.

ÍNDICE

	<u>PÁGS.</u>
PREFACIO.	5

CAPÍTULO PRIMERO

La evolución mental en los animales

El problema de la conciencia.	9
De la motricidad.. . . .	12
La génesis del deseo.	15
Las sensaciones.	17
Las impresiones y los sentimientos.	19
La inteligencia y la razón.	24
Domesticación y civilización.	31

CAPÍTULO II

La mentalidad del niño

La voz de los antepasados.	37
La voluntad y el deseo.. . . .	42
Sensaciones y sensibilidad.	45
De la memoria y de la imaginación.	47
De la vida afectiva en el niño.	51
La vida intelectual del niño.. . . .	53
El lenguaje del niño.	57
La vida estética del niño.	61
Génesis de las ideas generales en el niño.	66
La psicología animal y la del niño.	69

CAPÍTULO III

La vida de conciencia en el hombre

	<u>PÁGS.</u>
La esencia de «el Espíritu» ó de «el Alma».. . . .	71
Las marcas nerviosas.	76
Las sensaciones y los recuerdos.	83
Del deseo y de la voluntad en el hombre.	85
Los sentimientos y los afectos.	88
Del pensamiento..	89
Influencia de la intuición en la evolución social. . .	96

CAPÍTULO IV

La mentalidad del hombre primitivo

La psicología de los salvajes..	99
Las fases de la evolución mental.	103
La educación moral del australiano.	105
De las obligaciones morales y sociales.	111
De las manifestaciones industriales de la inteligencia en Australia.	115
De las creaciones puramente intelectuales.. . . .	118
De la inteligencia de los australianos.. . . .	123
El balance psicológico del australiano.	127

CAPÍTULO V

La mentalidad en el Africa negra

Los Bochimanos.	131
Los Hotentotes.	134
Los verdaderos negros africanos.	138
La vida sensitiva ó estética.	153
La vida intelectual.	158
El lenguaje y la numeración.	161

La enseñanza libre resultará estéril mientras los programas no tengan por fundamento una biblioteca formada expresamente.

Atendiendo á esta importantísima consideración, la **Escuela Moderna**, tanto para sí como con el propósito de ayudar á las que se establezcan con análogo propósito, ha fundado su biblioteca, para lo cual ha publicado ya las obras siguientes:

OBRAS PUBLICADAS

Cartilla. Primer libro de lectura.

Aventuras de Nono. Segundo libro de lectura.

Patriotismo y Colonización. Tercer libro de lectura.

Cuaderno Manuscrito. Pensamientos humanitarios.

Origen del Cristianismo. Cuarto libro de lectura.

Epítome de Gramática Española, por Fabián Palasí.

Resumen de Historia de España, por Nicolás Estévanéz.

Compendio de Historia Universal, por Clemencia Jacquinet.

Tomo I. Tiempos prehistóricos hasta el Imperio Romano.

Tomo II. Edad Media y Tiempos Modernos.

Tomo III. De la Revolución francesa hasta nuestros días.

Nociones de Idioma Francés, por Leopoldina Bonnard.

La Substancia Universal, por A. Bloch y Paraf-Javal.

Geografía Física, por el Dr. De Buen. Prefacio de Eliseo Reclús.

León Martín, por C. Malato.

Cantos de Escuela Moderna

Los Juguetes. Letra de N. Estévanéz. Música de A. Codina.

¡Empecemos! Letra de F. Salvochea.
La Vida. Letra de Jaime Bausá. Música de Pedro
Enrique de Ferrán.

Próximamente a publicarse

Botiquín escolar, por el Dr. Martínez Vargas.
Nociones sobre las primeras edades de la huma-
nidad, por J. Engerrand.
Psicología Etnica, por Ch. Letourneau, tomos II,
III y IV.

En preparación

Aritmética, Geometría y otras.

Para cada volumen 2 pesetas. Cartilla y Cantos
1 peseta. A los señores corresponsales 25 % des-
cuento. A los envíos del exterior se carga el fran-
queo. A las escuelas descuento especial.

BOLETIN DE LA ESCUELA MODERNA. —
Publicación mensual, á excepción de Julio y Agus-
to, dedicada á la difusión de las novedades pedagó-
gicas y al estudio de los importantes temas que
abren amplia vía al progreso de la humanidad; uti-
lísima á los profesores y á cuantas personas deseen
estar al corriente de la moderna orientación del
pensamiento.

Precio: 2 pesetas anuales; exterior, 2'50 pesetas

ESQUER MODERNA
CALLE DE BOHIA BARCELONA
1904

